

Georges Simenon

EL ENTIERRO

DEL SEÑOR BOUVET



Un tranquilo hombre de clase media, M. Bouvet, ha muerto a orillas del Sena mientras hojeaba un libro en el puesto de un librero. Nada de sospechoso en esta muerte, pero como no se le conoce familia se publica su foto en la prensa. Esta publicación provocará una cascada de revelaciones sucesivas, que sumergirán al inspector Beaupère, encargado del proceso, en una perplejidad creciente. ¿Cómo se llamaba realmente M. Bouvet? ¿Quién era? ¿Un aventurero americano? ¿Un parisino ligado desde antiguo a los ambientes anarquistas? ¿Un espía? ¿O todas esas cosas a la vez?

Nadie mejor que Simenon para hacernos descubrir los misterios ridículos o terribles que se esconden tras las apariencias más vulgares. Cuando, por fin, se puede proceder al entierro de M. Bouvet, con gran alivio de su portera, habremos hecho un amplio viaje a través de los acontecimientos del siglo y descubierto uno de esos personajes fuera de lo común con el que quizás nos codeemos a diario sin saberlo.

SIMENON

EL ENTIERRO DEL SEÑOR BOUVET



Georges Simenon

EL ENTIERRO DEL SEÑOR BOUVET

Título original: L'enterrement de Monsieur Bouvet

Traducción: B. Losada

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

I

Pasó la barredora, con el chirrido de su escoba giratoria que removía el agua sobre el asfalto, y era como si hubieran pintado de negro la mitad de la calzada. Un perro canelo montaba a una perrita blanca, que se mantenía inmóvil.

El anciano caballero llevaba una chaqueta clara, casi blanca, como los que regresan de las colonias, y se cubría con un sombrero de paja.

Las cosas parecían ir ocupando su lugar como para la apoteosis final de un espectáculo. Las torres de Notre-Dame se alzaban con una aureola de calor, y los gorriones, allá arriba, comparsas casi invisibles desde la calle, se asomaban a las gárgolas. Un tren de barcazas, con un remolcador de triángulo blanco y rojo, había atravesado todo París. El remolcador inclinaba su chimenea para saludar a los transeúntes al pasar bajo el puente de Saint-Louis.

El sol se difundía, craso y lujuriente, fluido y dorado como aceite, poniendo reflejos en el Sena, en el adoquinado regado por el coche-cuba, en las buhardillas y en los tejados de pizarra, en la isla de Saint-Louis. Una vida sorda, vigorosa, emanaba de la materia. Las sombras tomaban tonos violeta como en los cuadros de los impresionistas, los taxis parecían más rojos sobre el puente blanco, los autobuses más verdes.

Una brisa ligera comunicó un estremecimiento al follaje de un castaño, y la vibración fue pasando a lo largo de los muelles de árbol en árbol, voluptuosa, con un aliento refrescante que alzaba los grabados sujetos con pinzas en las cajas de los librereros de viejo.

Había venido gente de muy lejos, de los cuatro puntos cardinales, para vivir este minuto. En la fachada de Notre-Dame se alineaban los autocares, y un hombre hablaba a los turistas por medio de un megáfono.

Cerca del anciano señor, cerca de la gorda librera vestida de negro, un estudiante americano miraba el mundo a través del visor de su Leica.

París estaba inmenso y calmo, casi silencioso, con haces de luz y lienzos de sombra en los mejores lugares, con ruidos que desgarraban el silencio en el momento más oportuno.

El anciano señor de la chaqueta clara había abierto una carpeta llena de grabados y, para verlos mejor, se apoyaba en la baranda del muelle.

El estudiante americano llevaba una camisa a cuadros rojos y no llevaba chaqueta.

La librera, sentada en un taburete plegable, movía los labios sin mirar a su cliente, habiéndole como el agua que fluye. Seguía haciendo punto, y la lana roja se deslizaba entre sus dedos.

La perra blanca se curvaba bajo el peso del grueso macho, que jadeaba sacando la lengua húmeda.

Y entonces, cuando todo estuvo en su sitio, cuando la perfección de esta mañana, alcanzó un grado casi asombroso, el viejo señor murió, sin decir nada, sin una queja, sin una contorsión, mirando sus grabados, escuchando la voz de la librera, una voz que seguía fluyendo entre el gorjeo de los pájaros y las bocinas dispersas de los taxis.

Murió de pie, con un codo sobre el reborde de piedra y los ojos azules llenos de asombro. Osciló y cayó sobre el arroyo,

arrastrando consigo la carpeta de los grabados, que se esparcieron a su alrededor.

El perro no sintió miedo, no se detuvo tampoco. La mujer dejó caer el ovillo de lana roja y se levantó precipitadamente exclamando:

—¡Señor Bouvet!

Había más libreros en los puestos, sentados en taburetes plegables, y algunos estaban acomodando aún los libros en los estantes, pues eran sólo las diez y media de la mañana. Se veía la hora en la esfera blanca del reloj, en medio del puente.

—¡Señor Hamelin! ¡Venga rápido!

Era el librero vecino, hombre de grandes bigotes, vestido con una blusa gris. El estudiante de la Leica apuntó su máquina sobre el anciano señor caído entre los grabados.

—No me atrevo a tocarlo, señor Hamelin. ¿Quiere ver usted si...?

Era curioso que, de pronto, sintieran miedo de aquel anciano a quien tan bien conocían y a quien trataban desde hacía tiempo.

Era, quizá, porque no parecía muerto. Tampoco tenía aire de hombre enfermo. Su rostro estaba tan tranquilo como cuando miraba los grabados, y sus labios delgados continuaban sonriendo. Ya no sonreiría más. Justo un ligero temblor en las comisuras.

Y siempre lo habían conocido con la piel tan blanca, de un blanco marfileño de papel de lujo.

Se detuvo un taxi y el conductor miró sin apearse. Tres, cuatro personas, a las que nadie había visto llegar, formaban un cerco de piernas en torno al cuerpo caído.

—Hay una farmacia ahí enfrente.

—Agarradlo por los pies.

— ¿No será peligroso moverlo?

¿De dónde salía esta gente? El joven americano alzaba al señor Bouvet por los hombros. El pequeño grupo atravesó la calle, y el farmacéutico los vio acercarse desde el umbral.

— ¿Qué pasa? —preguntó un joven policía. Los músculos, bajo el uniforme, tensaban el tejido. Tenía aspecto de atleta.

—Un señor que se encuentra mal...

Y en el momento en que hacían entrar el cuerpo en la sombra olorosa de la farmacia, un chiquillo a quien su madre llevaba de la mano preguntó con voz chillona :

— ¿Está muerto ese señor?

* * *

La librera, la señora Poncet, que tenía sesenta y cinco años, permanecía en primer plano.

—Voy a pedir por teléfono una ambulancia municipal —dijo el agente.

—No vale la pena. Vive a dos pasos de aquí.

— ¿Le conoce?

—Desde hace años. Es el señor Bouvet, un buen cliente. Vive ahí cerca, en el Quai de la Tournelle, en una casa blanca donde hay una tienda de instrumentos musicales...

Estaba a unos trescientos metros.

—Voy a telefonar.

Intentó recordar el reglamento, pero como no lo veía muy claro decidió llamar al secretario de la comisaría.

— ¿Está muerto?

—Sí. Lo ha dicho el farmacéutico.

— ¿Está solo?

—Sí, desde luego.

— ¿Qué es lo que has hecho?

—Nada. Estamos en la farmacia.

El americano se había ido. Quedaban sólo cinco o seis personas en la acera esforzándose en ver lo que pasaba en el interior, donde el viejo estaba aún tendido en el suelo.

—Ahora vienen —anunció el policía—. Ellos se encargarán de llamar al médico.

— ¿Qué le pasa?

—Está muerto.

La ambulancia llegó casi inmediatamente. Tumbaron al señor Bouvet en una camilla, y los dos perros, fuera, aún unidos entre sí, se volvieron de espaldas mientras la barredora mecánica pasaba su escoba rotatoria por el otro lado de la calle.

—No hay pérdida. Una casa grande, blanca, junto a la esquina de la calle de Poissy.

Era una casa que tenía al menos dos siglos de existencia, pero a la que, regularmente, cada diez años, daban una capa de pintura.

Casi todos los postigos estaban cerrados, con los inquilinos de vacaciones, y las otras ventanas estaban abiertas sobre el verano.

La puerta de la derecha, en el vestíbulo, tenía vidrieras azules y rojas, y de ella salían olores de cocina. La portera estaba en la escalera, una escalera sin alfombra pero con los escalones tan pulidos por el uso que tomaban reflejos como los viejos muebles.

—¡Portera!

— ¿Qué pasa?

—La policía.

Bajó gruñendo, se secó las manos en el delantal de cuadros y se echó el pelo hacia la nuca.

— ¿Y qué pasa ahora?

—Un señor viejo...

— ¿El señor Bouvet? ¿Está enfermo? ¿Ha tenido un accidente?

—Ha muerto.

Entró en la portería y habló a alguien que estaba en una habitación invisible desde el portal.

—Levántate rápido, Ferdinand. El señor Bouvet ha muerto.

— ¿Hay alguien en su casa? —preguntó el agente, con un cuadernillo en la mano, pero sin escribir aún nada en él.

—Claro que no. Vive solo.

— ¿Sabe usted la dirección de algún familiar?

— ¿Familiar?

La portera no lloraba, pero tenía los ojos brillantes y se notaba que estaba desolada.

— ¿Qué le ha pasado?

—Allí, en el muelle, mientras miraba unos grabados.

—Hay que llevarlo a su cuarto.

— ¿Qué quiere decir?

Fue entonces cuando la portera se dio cuenta de que un muerto molesta más que un vivo, y que hay que hacer con él demasiadas cosas.

—Nosotros... Yo... —respondió.

— ¿Está segura de que no tiene familia en París?

—Nadie, que yo sepa.

—Entonces, lo mejor sería llevarlo al depósito.

— ¿Al depósito? Se enfadó.

— ¿Le gustaría a usted que lo llevaran al depósito? ¿Eh? ¿Le gustaría? Mientras estaba vivo era yo quien me ocupaba de él. Era yo quien le arreglaba la casa. Puedo seguir haciéndolo durante algunos días...

Apareció el marido en la puerta, con el pantalón colgando y la chaqueta de pijama, los párpados rojos, el aire estúpido.

— ¿Qué pasa?

—Ha muerto el señor Bouvet. Una voz decía en la escalera:

—Vuelve aquí, Vincent. No abras la puerta.

—Baje un momento, señora Sardot. El señor Bouvet ha muerto y quieren llevárselo al depósito.

—Mire, señora, no he dicho que quisiera llevarlo allá. Sólo propuse...

—Súbanlo a su casa.

A cada revuelta de la escalera había que inclinar la camilla, y la portera, cada vez que esto ocurría, temía que el cuerpo se cayera. En el tercer piso se adelantó y abrió la puerta, cuyo hueco se llenó de sol.

—Tiéndanlo en su cama. Espere, será mejor que le ponga sábanas limpias.

—Creo que lo mejor sería que esperáramos a que venga el médico.

Y alguien dijo:

—Lo van a poner todo perdido. Los hombres de la ambulancia se iban ya. El policía se quedó allá, en el cuarto, sin saber qué hacer.

— ¿Qué espera?

—Tienen que venir de la comisaría.

— ¿El comisario?

—Quizá.

El piso de los Sardot estaba en el mismo relleno, al otro lado, y la señora Sardot iba de una puerta a otra porque tenía que seguir vigilando al chiquillo y a un bebé.

¿Había que dejar la ventana abierta sobre la vida exuberante de París? Se veía la isla de Saint-Louis, enfrente, y un remolcador hacía maniobras para enganchar una barcaza y llevársela a Charenton.

El policía no se atrevía a encender un cigarrillo, y el marido de la portera seguía en el rellano, blandurrón y flotante.

Era guarda nocturno en un garaje de la calle Saint-Antoine, y a veces tenía ataques de epilepsia.

—Mejor sería que fueras a acostarte. No sé por qué te has levantado.

Luego, mientras el hombre bajaba lentamente la escalera.

—Y te prohíbo que te escapes a la taberna, ¿entendido?

Porque sin duda habría intentado aprovechar la ocasión. Cuando no estaba dormido había que vigilarlo como si fuera un niño, y esto no era fácil, con una escalera de cinco pisos que había que limpiar todos los días.

—Viene el comisario personalmente —dijo el policía mirando por la ventana.

Pocas veces había visto un piso tan tranquilo, tan ordenado como éste. Hacía pensar más bien en la celda de un monje, o mejor, en un cuadro antiguo. Los muros eran de un blanco lechoso, muy suave, con sólo algunos grabados de colores vivos. En el dormitorio, había sólo la cama de roble barnizado y

un enorme armario Luis XVI. Un pequeño cuarto que daba al patio servía de cuarto de baño.

En cuanto a la sala principal, con baldosas de un rojo oscuro, estaba iluminada en toda su amplitud por tres ventanas que daban al Sena. Antes hubo allí dos cuartos y, dada la diferencia de nivel, habían tenido que poner un escalón entre las dos partes de la sala.

Un sillón recubierto de terciopelo verde, otro de tela gruesa; en dos mesas largas se amontonaban cajas abarrotadas de grabados. Un velador servía de mesa cuando el señor Bouvet comía allí.

—Apuesto a que mi marido está contándole la historia ésta al comisario, a su manera —se impacientó la portera al ver que no subía nadie.

—Quizá es que el comisario le ha interrogado.

El comisario subió al fin, secándose el sudor porque empezaba a hacer calor.

—Por lo visto, se trata de una muerte repentina en la vía pública, ¿no?

—Sí, señor comisario.

— ¿No tiene familia?

—No sé de nadie —dijo la portera.

—El médico vendrá en seguida para certificar la defunción. Supongo que está muerto...

Fue a echar un vistazo al rostro del señor Bouvet.

— ¿Sabe si tenía dinero?

—Seguramente lo bastante para vivir bien.

—Va a haber que poner sellos en las puertas. Debe de haber herederos en alguna parte.

—Nunca me habló de nadie.

— ¿Desde cuándo lo conoce usted?

—Alquiló el piso antes de la guerra, hacia el año 1936.

— ¿Y siempre vivió aquí desde entonces? Maquinalmente, el comisario había abierto una de las carpetas de grabados y se sorprendió un poco al no ver más que imágenes de Epinal, estos grabados ingenuamente iluminados que los buhoneros de antaño vendían por los pueblos.

—Durante la guerra no estuvo aquí.

—¡Ah! ¿Y sabe adonde fue?

—A la zona libre. A algún sitio, en el campo. Los alemanes vinieron varias veces a preguntar por él, y registraron la casa.

— ¿Era judío?

—No creo. No lo parece, al menos.

— ¿Sabe usted dónde solía guardar sus papeles?

Había sólo una cómoda en la habitación, entre dos ventanas, y los cajones no estaban cerrados con llave. Había allí también grabados de Epinal, de todos los formatos, pero no documentos oficiales ni cartas.

—Vivía muy sencillamente, de una manera muy regular. Yo me cuidaba de la casa.

—Mire si lleva una agenda en el bolsillo, agente.

Éste hizo una mueca, pero obedeció. Metió la mano en el bolsillo del muerto y sacó una cartera que contenía unos centenares de francos y una tarjeta de identidad.

—Rene Bouvet, nacido en Wimille, Paso de Calais, el 15 de diciembre de 1873.

Un automóvil se detuvo junto a la acera, y Ferdinand, abajo, debía de estar reteniendo al médico, que acababa de llegar.

La señora Sardot, al otro lado del descansillo, había dejado la puerta entreabierta y se oía el rumor de las cebollas friéndose.

El médico y el comisario eran poco más o menos de la misma edad, de cuarenta a cincuenta años.

— ¿Qué hay? ¿Cómo te va?

— Bien, ¿y tú?

— A ver qué pasa...

— Murió hace media hora, en el muelle, cuando estaba mirando unos grabados.

El médico abrió el maletín y se quedó un momento en la habitación mientras el comisario hacía unas preguntas a la portera.

— Me sorprendería mucho que no aparezcan herederos. ¿Sabe si tenía alguna pensión?

— Nunca me habló de ella.

— ¿Recibía correo?

— Ni siquiera prospectos de propaganda.

— ¿Y periódicos?

— Los compraba en el kiosco.

— ¿Era rico?

— Vivía bien. No tiraba el dinero, pero no le faltaba nada.

— ¿Dónde comía?

— Generalmente aquí. Le gustaba cocinar. Hay una cocinita detrás de esa puerta, con un fogón de gas. Otras veces, comía en un restaurante de la isla de Saint-Louis, *La Belle Etoile*.

El médico volvió con aire de decir que todo estaba perfecto.

— Voy a firmar el permiso de inhumación.

— ¿El corazón?

— Exactamente. ¿Quién se va a ocupar de todo?

La portera los miró y tomó una decisión.

—Nosotros.

— ¿Quién de ustedes?

—Yo y los inquilinos. Todo el mundo lo apreciaba. Hay algunos que están de vacaciones, pero ya lo arreglaremos.

— ¿Y el dinero?

— ¿No basta con el que llevaba en la cartera?

—Creo que no va a tener que cargar usted con todo. En cuanto aparezca la noticia en los periódicos, se presentará la familia.

Debía de tener una idea muy clara de lo que iba a pasar, pues se limitó a encogerse de hombros.

— ¿Quiere coger del armario la ropa que necesite? Luego vamos a poner sellos en las puertas.

El médico se iba. El comisario dudaba en guardar los grabados de Epinal también bajo sello, pero al fin decidió que no valía la pena.

—Mandaré a alguien esta tarde o mañana por la mañana para darle instrucciones.

Era la hora del aperitivo y todos los pequeños cafés de París olían a anís. Se veían siluetas minúsculas en lo alto de las torres de Notre-Dame, y seguían los autocares alineados ante la fachada.

En la calle Réaumur, el joven americano salía de un ascensor y se perdía en los pasillos de un gran diario de la noche. Le enviaron de una puerta a otra sin entender exactamente lo que se esforzaba en explicar, pero al fin, testarudo, llegó ante un hombre apresurado que examinó la fotografía que le tendía.

El joven se lanzó a su vez hacia otros despachos, y el

americano no volvió a verlo hasta media hora después.

—Bueno, vamos a ver, le firmaremos un bono. Venga conmigo.

En otro piso, al extremo de un pasillo, le dieron un bono de cien francos, pagable en caja, en el entresuelo, en un vestíbulo sobrecargado de dorados.

No era la primera vez que la señora Léliard, la portera a quien todos llamaban señora Jeanne, arreglaba a un muerto.

Era baja, pero el señor Bouvet no era ni más alto ni de más peso que ella. La señora Sardot había enviado al chiquillo a jugar fuera y, de vez en cuando, lo vigilaba por la ventana.

—¡Al depósito querían llevárselo...!

La mancha blanca y roja de los sellos sobre los muebles la humillaba como un insulto.

Había subido al quinto para decirle al señor Francis que no tocara el acordeón aquel día. Era un joven de pelo negro, muy gentil, muy bien educado, que tocaba por la noche en un baile de candil y que ensayaba durante horas.

— ¿No quiere venir a verle? Está muy limpio, parece como si durmiera.

Bajó un momento para complacer a la portera. Luego enviaron al chiquillo de la señora Sardot con una botella a buscar un poco de agua bendita a la iglesia más próxima. Tenía once años y estaba acostumbrado a hacer recados. La señora Sardot tenía una ramita de hierba bisagra en su habitación, y la había traído.

—Es mucho mejor así que en el depósito. Voy a hacer una lista.

Cuando un inquilino muere, es costumbre que todos den algo

para comprar la corona. También darían algo los librereros del Sena, pues el señor Bouvet era cliente y pasaba el día de charla con ellos.

—Espero que no aparezca ahora una nuera pizpireta o una cualquiera a arreglar las cosas a su modo...

Había advertido a la señora Ohrel, que no salía nunca de su piso, el segundo, a causa de la hinchazón de sus piernas.

—Llevaremos su silla de ruedas hasta la ventana, y lo podrá ver todo.

Los inquilinos que no iban de vacaciones o que no habían salido aún iban volviendo uno tras otro del trabajo. Todo estaba dispuesto, y la habitación muy limpia, las contraventanas cerradas y, sobre el velador, cubierto con un mantel blanco, había una taza de agua bendita y la hierba bisagra entre dos velas que bastaban para iluminar la entrada.

La fotografía no apareció en la primera edición del periódico a la una y media, ni en la de las tres, sino en la tercera, que salía casi inmediatamente. Como era una fotografía impresionante, la pusieron en primera página.

El señor Bouvet aparecía tumbado en la acera, con un brazo replegado, y a su alrededor estaban extendidos los grabados de Epinal, tan claros que hasta se reconocía el dibujo.

— ¿Ha visto, señora Jeanne?

— ¿Tendría usted valor para fotografiar a un hombre que acaba de morir, que quizá aún no está del todo muerto?

El señor Rene Bouvet, viejo bibliófilo muy conocido en los puestos del Sena, ha sido sorprendido por la muerte cuando estaba ojeando unos grabados.

En un lado de la foto se distinguían la falda de la librera e incluso su ovillo de lana.

A las cinco, hacía calor y la bandera colgaba sin vida ante las piedras grises de la comisaría de la calle Poissy, se detuvo un taxi azul y el agente de guardia vio salir a una dama de cierta edad que parecía muy agitada.

—Deseo ver al comisario inmediatamente.

La dejaron pasar. El guardia sabía que el comisario acababa de salir, pero eso no era cosa suya. En el despacho esperaban algunas personas sobre un banco adosado a la pared adornada con carteles administrativos.

— ¿Quiere hacer el favor de anunciarme al comisario?

Iba muy bien vestida, llevaba joyas al cuello, en las orejas y en los dedos, pero el agente apenas levantó la cabeza del libro donde iba escribiendo algo con minucia.

—No está.

— ¿Quién lo sustituye?

—Su secretario. Está ocupado. Siéntese.

No se sentó porque aquella gente que estaba en el banco le parecía de una limpieza dudosa. Se quedó de pie, tamborileando con los dedos sobre una especie de mostrador que la separaba de los escribientes.

Esperó media hora, tan impaciente al fin que todo el mundo se divertía, sobre todo porque era el tipo de mujer que divierte a cualquiera, una mujer que ya ha doblado ampliamente el cabo de su edad, que ha sido hermosa y que se esfuerza aún en ostentar los restos de su belleza.

— ¿De qué se trata, señora?

— ¿Es usted el secretario? ¿Puedo hablarle a solas?

Vaciló. Al fin la hizo pasar a un despacho vecino.

—Usted dirá...

—Soy la señora Mary Marsh.

Tenía un leve acento extranjero, muy ligero, y el secretario se limitó a inclinar un poco la cabeza en gesto de cortesía.

—La escucho —dijo indicando un sillón.

—Usted habrá visto este periódico...

Le tendía uno con la fotografía, en primera plana, del señor Bouvet.

—No. No lo había visto —dijo el secretario con indiferencia.

—Este hombre no se llama Bouvet.

— ¿De verdad?

—Es mi marido, Samuel Marsh, de las minas de Uagi.

¡Había visto tantos casos semejantes!

—Bien... Así que es su marido. ¿Y usted desea... ?

—No se ha llamado jamás Bouvet...

— ¿Está segura de que no se equivoca? Las fotos de los periódicos, como usted bien sabe, no siempre son muy claras...

—Estoy segura, pero lo estaré más aún cuando lo haya visto.

—Es decir, que lo que usted desea es ver el cuerpo, ¿no?

—Quiero decirle también algo que permitirá la identificación sin posibilidad de error. Tiene una cicatriz en forma de estrella en la pierna derecha, un poco más abajo de la rodilla. Es una señal muy clara.

— ¿Hace mucho que no le ha visto?

—La última vez fue en 1932.

— ¿En París?

—No. En el Congo Belga, donde se cuidaba de la mina.

— ¿Se separaron?

—Jamás hubo separación entre nosotros. Desapareció de la noche a la mañana sin dejar rastro, y después me las vi y me las deseé, luchando y arruinándome entre abogados para que mis derechos fueran reconocidos.

El secretario suspiró, abrió la puerta, llamó a un inspector de paisano que se había quitado la chaqueta.

—Atiende a esta señora. Irás con ella. Espera que te dé la dirección. Es en el Quai de la Tournelle. Encontrarás el número en el informe. Se trata de reconocer a un anciano que murió esta mañana.

Intentó corregir lo de «anciano», pero era ya demasiado tarde, y, además, la señora ni se había filado en la expresión.

—Vuelvo inmediatamente —anunció el inspector—. Si quiere venir conmigo, señora, es aquí muy cerca.

—Tengo un taxi a la puerta.

—Muy bien.

Se puso la chaqueta, cogió el sombrero al vuelo.

—¡Al Quai de la Tournelle!

Era un día de verano tan perfecto que parecía absurdo ocuparse de cualquier cosa.

Vieron la casa blanca, cuya blancura estaba un poco azulada ahora que el sol no le daba de lleno.

—¡Estoy segura de que es él! —afirmó la señora Marsh—. Y lo más curioso es que vivíamos en la misma ciudad, quizá desde hace tiempo, y sin saberlo. Lo buscamos por todas partes. ¡Si usted tuviera la mitad del dinero que gasté buscándolo!

El inspector esperó hasta salir del coche antes de volver a encender el cigarrillo que llevaba pegado a los labios.

La mujer miró la casa de arriba a abajo y se precipitó al vestíbulo, pero retrocedió porque una mujer enorme le cerraba el paso, y tuvo que dejarla salir antes de volver a entrar.

Al principio no se cuidó de ella. Era una vieja vestida de negro, una vieja de aspecto pobre, como se encuentran a menudo en ciertos barrios. Tenía el pelo blanco y una cara lunar.

El instinto hizo que la señora Marsh se volviera cuando ya la vieja andaba por la acera pegada a las casas como una sombra monstruosa.

— ¿Quién es?

—No lo sé, señora. No soy de la casa —respondió el inspector.

La portera salió desafiante.

— ¿Adonde va? ¿Por quién pregunta?

—Por el muerto —dijo el policía—. Esta señora dice que es su mujer. Lo reconoció por la foto del periódico.

Se habría dicho que del choque de ambas iban a salir chispas.

—Está equivocada.

—Y yo estoy segura de que no me equivoco.

—Sígame.

La delgada señora Jeanne subió delante la escalera. Nunca en su vida la había subido tantas veces como aquel día. De vez en cuando se volvía para mirar a la recién llegada con aire de desafío.

— ¿No voy demasiado rápida para usted? Jadeaban los tres cuando llegaron al tercer piso.

—Espere un momento. Voy a encender las velas.

Desde por la mañana llevaba expresamente una caja de

cerillas en el bolsillo del delantal, y habían puesto ya dos ramos al pie de la cama, de modo que la habitación empezaba a tener aspecto de cámara mortuoria.

—Venga.

La nariz del señor Bouvet parecía más aguda y el rostro estaba demacrado. La piel parecía aún más blanca, como diáfana y la vaga sonrisa que flotaba en sus labios cuando lo recogieron para llevarlo a la farmacia, se había precisado y, cambiando de cualidad, se había convertido en una mueca sarcástica.

La señora Marsh no dijo nada, impresionada quizá por la penumbra, por las dos velas y por la ramita para extender el agua bendita. La cogió maquinalmente y trazó una cruz en el vacío.

—Bien... —dijo el inspector con aire interrogativo.

La mujer vaciló.

—Estoy segura de que es él —dijo al fin con voz vacilante.

Y se apresuró a añadir:

—Mire la pierna derecha. A ver si tiene la cicatriz en forma de estrella...

II

En el momento de levantar la sábana el inspector se sintió molesto por esta atmósfera de capilla y por la presencia de aquellas dos mujeres que unos minutos antes no se conocían y que ahora eran ya feroces enemigas.

— ¿No sería mejor abrir la ventana?

Y la portera respondió con una mirada de desafío dirigida a la señora Marsh:

—No creo que sea correcto.

El inspector encendió la luz eléctrica y fue peor, pues la llama de las velas continuaba danzando como una falsa luz. El inspector tenía treinta años, una hijita de tres, y su mujer esperaba un chiquillo de un momento a otro. Quizá le hubieran llamado ya a la comisaría dándole la noticia del nacimiento.

La más agresiva de las dos era la portera, y se deslizó entre la extraña y la cama cuando el policía descubrió al muerto.

¿Era ella quien lo había vestido con una camisa de noche blanca y un pantalón negro que parecía de smoking? Estuvo a punto de equivocarse de pierna y quedó sorprendido del trabajo que le costó levantar el pantalón, pues el hombre, que parecía menudo y flojo, tenía realmente unos músculos asombrosos.

—Tiene una cicatriz debajo de la rodilla —anunció.

— ¿Qué le había dicho? ¡Y en forma de estrella! La forma podía ser la de una estrella. Era una cicatriz de varias ramificaciones. La portera no decía palabra, pero, como para mostrar que ella no iba a quedar tan fácilmente al margen, apagó la luz eléctrica y volvió a poner la sábana.

—Debe de haber papeles por aquí —siguió la señora Marsh dirigiéndose al salón, también en penumbra, con sólo algunas rayas luminosas en las contraventanas.

La señora Jeanne se precipitó tras ella.

—No se puede abrir nada. Han puesto sellos...

— ¿Quién ha puesto los sellos? ¿Por qué los ha puesto? Es mi marido. No nos divorciamos nunca. En consecuencia...

La otra, pequeña y flaca como el muerto, parecía, tras haber apagado las velas, a punto de barrerlos del piso a los dos, al inspector y a la extranjera. Ya en el rellano, al ver que estaba entreabierta la puerta de la señora Sardot, dijo en voz alta:

—Pues bien, por ahora, sigue siendo el señor Bouvet, como consta en sus papeles.

Volvió a subir minutos después, como para asegurarse de que todo estaba en orden en la habitación. Luego, otra vez, para acompañar a una inquilina del cuarto y a un empleado de correos que acababa de llegar.

—Yo hago lo que puedo. Espero que no vayan a venir a llevárselo.

Era increíble hallar fuera el sol deslumbrante que hacía llamear los tejados, y los muelles, con su olor a polvo recalentado.

— ¿Cuándo cree que podré ver al comisario?

—No creo que pueda hablar hoy con él, señora. Es posible que pase por el despacho para la firma, pero no sé a qué hora lo hará, y, desde luego, será sólo un momento.

—Pues voy a ver a mi abogado.

—Como quiera.

Se alejó el taxi y el inspector fue a pie hasta la calle de Poissy,

donde bebió una cerveza antes de ir a la comisaría.

Las terrazas, en el Boulevard Saint-Michel y por todo París, estaban llenas de una multitud perezosa, y el olor agrillo de la cerveza flotaba en el aire. Algunas calles tenían el alquitrán recalentado y se veían huellas de ruedas.

La lista, en la portería de la señora Jeanne, se fue cubriendo de nombres y cifras. Pasaron el músico, los librereros más cercanos.

—Lo hice lo mejor que pude. Querían llevarlo al depósito. Mañana habrá que venir a verlo.

No sabía aún qué pensar de la otra visita que había recibido, poco antes de la señora Marsh. Había visto a la mujer de negro, gruesa ella, dando vueltas en torno a la puerta, con aire vacilante, con el periódico de la tarde y un ramo de violetas en la mano.

Era el tipo de persona que habría podido vivir en aquella casa. En más grueso, en más blando, se parecía a la señora Ohrel, que no salía nunca de su piso, y llevaba incluso ropa semejante, limpia y reluciente de puro gastada desde años.

Ferdinand, que como había previsto su mujer había logrado hacer una escapada a echar un trago, se había tumbado, sin desnudarse, en la especie de alcoba que le servía de dormitorio y que olía a vinazo.

Por la ventana, la señora Jeanne vigilaba a la vieja. Ésta se decidió al fin a avanzar hacia el umbral, y, sin decir nada, se quedó allí, esperando, como una mendiga.

— ¿Qué desea?

—Perdón. Me he enterado de que...

Sonreía, como excusándose. grande como era, hasta casi

llenar todo el vestíbulo, hubiera querido disminuir, y quizá por aquella humildad la señora Jeanne le abrió la puerta de la portería. Podía hacer entrar a cualquiera: estaba limpia. El suelo cuidadosamente encerado, igualmente los muebles Enrique II con los ángulos ornados con cabezas de león esculpidas. Sobre un mantelito de encaje había un florero de color blanco y rosa.

— ¿Conoce usted al señor Bouvet?

No era desconfianza, o al menos no la desconfianza que había mostrado ante la extranjera, que había entrado allí mirándola de arriba a abajo como si la casa fuera suya.

—Sí. Creo que sí.

— ¿Lo conocía de antes?

—Creo que sí. ¿No ha sufrido?

Abrió el periódico, para mostrar que se refería al artículo.

—Nada, absolutamente nada. Murió sin darse cuenta.

—Le he traído este ramito.

— ¿Quiere subir a verlo?

—Será difícil. Por mis piernas, ¿sabe?

Llevaba zapatillas de fieltro negro, porque no habría encontrado zapatos para ella, y los tobillos formaban rodetes de grasa bajo las medias de lana.

—Llevaré las flores yo. Ha quedado muy bien. Hasta parece como si sonriera. ¿Hace mucho que lo vio por última vez?

Pareció como si la vieja fuera a responder, pero no es seguro. Los labios y los dedos se le movían siempre, como si recitara un rosario en voz baja. Vio que se detenía el taxi.

—Viene gente. Tengo que irme.

—Vuelva a verme. No tenga miedo de venir, no me molesta.

Fue entonces cuando la señora Marsh tropezó con ella en el vestíbulo.

* * *

Ahora, la extranjera descendía del taxi en el Boulevard Haussmann, a la puerta del despacho de su abogado, que se llamaba Rigal. Pasó del sol a la sombra del portal, entró en el ascensor, llamó a una puerta que, al abrirse, dejó ver maletas amontonadas.

— ¿Está fuera el señor Rigal?

La sirvienta vaciló. Viendo la espalda de un hombre en el pasillo, la señora Marsh avanzó hacia él.

— ¡Qué bien que no se haya ido!

— Salgo dentro de una hora para Arcachón.

— Pero tengo que hablarle antes. He encontrado a mi marido.

Entonces, su mujer, que escuchaba detrás de la puerta, supo que su marido no iba a ir a Arcachón. Iría ella sola con los niños.

* * *

El sol acabó de morir, esplendoroso y bello, tras haber lanzado unas llamaradas rojas que se reflejaron en los rostros de los transeúntes dándoles un aire extrañamente excitado. La sombra de los árboles se hizo más densa. Se oía fluir el Sena. Los ruidos alcanzaban más lejos y las personas que ya se hallaban acostadas notaban, como todas las noches, el estremecimiento del suelo al paso de los autobuses.

La señora Jeanne subió cuatro veces al piso del señor Bouvet, tranquilo en su cuarto cerrado. Y siempre experimentó la misma satisfacción, porque estaba segura de que el señor Bouvet estaba como le hubiera gustado estar. Por la mañana, quitaría el polvo, pasaría una bayeta sobre las baldosas rojas, abriría un poco una ventana, sólo un momento.

Cada vez que subía llevaba con ella a uno o varios inquilinos,

pero el viejecito no atravesó la calle, y ella no se atrevió a irle a preguntar qué es lo que quería.

Fue hacia las nueve cuando le vio por primera vez. Aún no había caído por completo la noche. El viejo estaba al otro lado de la calle, junto al muelle, apoyado en la barandilla de piedra mirando a la casa.

Era tan pequeño como el señor Bouvet, pero más ancho, más macizo, con barba de un blanco amarillento que le comía la cara, ojos rojizos y un sombrero deformado que había debido de recoger de la calle.

Parecía un vagabundo. Lo era quizá. Se veían muchos como él por el barrio cuando iban a pasar la noche a los refugios de la plaza Maubert.

Pero no estaba aquí por casualidad. Llevaba un periódico arrugado en el bolsillo y no quitaba ojo de las ventanas del tercero.

La señora Jeanne se adelantó hasta el umbral esperando que le dirigiera la palabra, lo miró con aire de esperar, pero el viejo se limitó a volver la cabeza hacia las barcazas amarradas.

Ya la visita de la gorda del día antes la había preocupado un poco. No de la misma manera que la de la señora Marsh, desde luego. Ésta era una enemiga, alguien contra quien ella tendría que defenderse. La otra, con su rostro lunar, parecía haber conocido muy bien al señor Bouvet, y ante la portera se mostraba humilde, como si temiera molestarla.

También el vagabundo se mostraba humilde. Esperó a que ella hubiera vuelto al interior del portal, y se puso de nuevo a mirar las ventanas del tercero. Ahora la oscuridad era casi total, el cielo iba tomando un tono azul sombrío, ya con

estrellas.

Ferdinand se había marchado. La mujer echó un vistazo afuera y vio al viejo que se alejaba como contra su voluntad, arrastrando la pierna izquierda y volviéndose de vez en cuando.

Corrió las cortinas, apagó la luz, fue a desnudarse a la alcoba y entreabrió de nuevo las cortinas para mirar afuera por última vez. La luna iluminaba ya el paisaje casi como el pleno día, recortando en blanco lechoso las gárgolas de Notre-Dame.

El viejo estaba allí, en la barandilla, con una botella en la mano y, a su lado, sobre la piedra, un papel quizá con la comida.

No tuvo valor para volver a vestirse e ir a preguntarle qué quería. Todos los inquilinos habían vuelto a casa, salvo el señor Francis. Las luces se iban apagando una tras otra. Los ruidos se hacían más borrosos, y la señora Jeanne dio la vuelta al conmutador y se durmió. Hacia las tres de la mañana se despertó a medias para tirar del cordón y abrirle la puerta al acordeonista, que volvía del trabajo y que le dijo buenas noches en voz baja.

El sol volvió a levantarse de nuevo por el lado de Charenton; Ferdinand, con los párpados hinchados, entró en casa con la fiambarrera de lata en la que llevaba la cena.

La mujer arrastró los cubos de basura por la acera, anunció la noticia al repartidor de la leche y no esperó a que el café estuviera preparado para ir a echar una ojeada al señor Bouvet, que no se había movido y que parecía sonreír aún.

A las diez, se detuvo un taxi en el Boulevard Haussmann, frente a la casa del abogado. Éste bajó a toda prisa y saludó a la

señora Marsh, que le estaba esperando.

—¡Al Quai des Orfèvres!

Estaba al lado del Quai de la Tournelle. Casi hubieran podido ver la casa blanca.

El señor Rigal era un hombre importante, no uno de los abogados de más fama, pero sí un hombre importante.

—Tenemos que ver al director general de la Policía Judicial.

Apenas les hicieron esperar. La señora Marsh se había vestido de negro de pies a cabeza, pero iba violentamente perfumada y llevaba joyas.

—Entre, por favor. Entre, señora. Siéntense. Las ventanas estaban abiertas sobre el Sena, sobre el puente Saint-Michel, por donde los transeúntes, pequeñísimos, parecían andar de manera acelerada, como en las películas de 1910.

—Mi cliente, la señora Marsh, acaba de encontrar a su marido, que había desaparecido hace unos veinte años más o menos...

—Enhorabuena, señora.

—Está muerto.

El director expresó su pesar con un gesto lleno de vaguedad.

—Ha muerto bajo otro nombre, y por eso, señor director general, necesitamos su ayuda.

—¿La muerte ocurrió en París?

Porque si el señor Bouvet hubiera muerto fuera del departamento del Sena, ya no sería cuestión de la P. J., sino del Ministerio del Interior, y se habría visto desembarazado de aquella señora que, sin haber abierto la boca, parecía incómoda allí. Rigal tenía también reputación de ser un tipo pesado.

—La muerte ha ocurrido a unos pasos de aquí, en el Quai de la Tournelle, donde vivía el esposo de mi cliente desde, por lo visto, hacía catorce años, bajo el nombre de Rene Bouvet.

—No es fácil entonces hablar de amnesia.

—Habrá que saber por qué desapareció sin dejar rastro, por qué cambió de nombre, y cómo. Lo más urgente es que el acta de defunción se redacte con su verdadero nombre y que mi cliente entre en posesión de sus derechos.

— ¿Es rico?

—Lo era.

— ¿Cómo vivía en el Quai de la Tournelle?

—Como un modesto jubilado. Posiblemente habrá visto usted su fotografía ayer, en un diario de la tarde. Gracias a esa foto...

— ¿No se habrá engañado usted, señora?

—Fue luego a la casa con un inspector del distrito V. Por indicación de la señora Marsh inspeccionaron la pierna derecha del muerto y encontraron la cicatriz, muy particular, que mi cliente había descrito previamente.

Hacía ya calor. El abogado se secó el sudor. El director exhaló un suspiro.

—Es indispensable hacer la identificación oficial cuanto antes, y, desde luego, nos reservamos todos nuestros derechos...

—Por favor, señora, ¿quiere darme alguna información sobre su marido? ¿Era francés?

—Norteamericano. Lo conocí en Panamá en el año 1918. Yo era entonces muy joven.

— ¿Qué profesión ejercía?

—Era rico. Yo también lo era. Mis padres tenían plantaciones de cacao en Colombia.

— ¿Y luego?

—Nos casamos. Viajamos durante un año por América del Sur, y tuve una hija.

— ¿Vive aún?

—Debe de estar en Francia ahora.

— ¿No se ven?

—Lo menos posible.

Tomaba notas o hacía como que las tomaba.

— ¿Cómo era su marido en esta época?

—Un hombre asombroso. Todas las mujeres se enamoraban de él.

— ¿Qué edad tenía?

—Cuarenta y cinco años. Conocía el mundo entero, hablaba tres o cuatro lenguas.

— ¿El francés también?

—Perfectamente. Sin acento. Yo soy medio francesa por mi madre. Mi padre era colombiano.

— ¿Y no sabe usted nada de la actividad de su marido antes de conocerla?

—Ya le he dicho: viajaba mucho. Creo que vivió durante mucho tiempo en San Francisco. Conocía muy bien Oriente. Estuvimos en Luisiana, donde nació mi hija.

— ¿Y desapareció entonces?

—No inmediatamente. Se encontró con un individuo, un belga cuyo nombre no recuerdo, que le habló del Congo y de sus minas. Decidió ir allá personalmente a ver si se podía montar un negocio.

— ¿Fue solo?

—Sí. Me escribía regularmente. Se instaló en la frontera de Kenia y del Sudán, en una provincia que se llama Uelé, y explotó una mina de oro.

— ¿No volvió a verle?

—Fui a verle dos o tres veces.

— ¿Dos veces o tres veces?

—Espere: dos. La segunda fue en 1932, con mi hija, que tenía entonces catorce años. Fuimos en avión.

— ¿Las recibió bien?

—Nos instaló en el único hotel del lugar, un sitio horrible lleno de mosquitos donde teníamos que llevar casco en la cabeza de la mañana a la noche. Por la noche los leopardos llegaban hasta nuestras ventanas, y se comieron a mi perrito.

—Permítame una pregunta, señora. ¿Le envió su marido dinero durante todo este tiempo?

—Todo el que yo quería.

—Es decir, mucho, ¿no?

—Lo suficiente para vivir como estoy acostumbrada hacerlo.

— ¿Dónde vivía usted?

—En la Riviera, en París, en Londres, en Capri.

— ¿Con su hija?

—Mi hija fue educada en un convento de los alrededores de París, en el Sacré-Coeur, que usted conocerá, claro.

— ¿No se interesaba su marido por ella?

—Había cambiado.

— ¿Qué quiere decir?

—Que el hombre a quien encontré en el Congo la primera vez que fui allí, sin avisarle...

— ¿Fue a sorprenderle?

—Sí. Hacía un año que no me había escrito...

— ¿Y nunca le propuso el divorcio?

—¡Nunca! Yo no lo habría aceptado.

—Decía usted que el hombre con quien se encontró allí...

—Debe usted saber que Samuel era un hombre de mundo en el más amplio sentido de la palabra, refinado, incluso para América del Sur, donde los hombres lo son más que en otras partes. Tenía al menos cincuenta trajes en su guardarropa, y sólo su criado personal podía limpiarle los zapatos...

— ¿Se llevó a su criado al Congo?

—No. En África encontré a un Samuel vestido con una especie de viejo pijama, con un gorro en la cabeza, conduciendo un automóvil destartado por aquellos caminos. La mayor parte del tiempo no dormía en el hotel, sino en las cabañas indígenas. Tenía su cabaña en la mayor parte de los poblados de por allá...

—Siga.

—En cada cabaña tenía una o varias negras, y algunas tenían hijos café con leche.

— ¿Le hizo usted una escena de celos?

—No. Lo comprendí todo y quedamos como buenos amigos. Yo un poco triste al verlo reducido a aquel estado.

— ¿Seguía ganando mucho dinero?

—Mucho. La mina de Uagi trabajaba a pleno rendimiento y Samuel había fundado incluso una pequeña ciudad, un centro importante, con hospital, escuela...

— ¿Quedaron, pues, ustedes en buenas relaciones?

—Sí.

— ¿Y no se interesó por su hija, que usted había llevado consigo?

—La encontró muy bonita, me dijo que el clima no le iría y que sería mejor que la llevara otra vez rápidamente al Sacré-Coeur.

— ¿En qué condiciones desapareció?

—Desapareció, simplemente. Le escribí y no recibí respuesta. Envié varias cartas. También mi banco, que no recibía el dinero. Nos dirigimos al administrador de Uelé, que nos dijo que Samuel Marsh había abandonado el país sin dejar dicho a dónde iba.

— ¿Y la mina?

—Pues bien —intervino el abogado—. ¡Ya estamos con la mina! Hace dieciocho años que mi cliente y yo estamos intentando entrar en posesión de la mina. Es una cuestión complicada y pasaría horas para poder explicárselo con cierto detalle. El negocio era una sociedad anónima, y Marsh tenía la mayoría de las acciones. Intentamos comprobar si había habido un accidente en la selva, cosa que no tendría nada de sorprendente, pero nos dijeron que en El Cairo, semanas antes de su desaparición, había hecho una retirada masiva de fondos bancarios.

— ¿No investigó la policía belga?

—Conozco la cuestión bastante bien, aunque no fui allá. En aquellas tierras se necesita viajar varios días en una silla de manos para poder ir de un poblado a otro. El administrador blanco más próximo vivía a ciento cincuenta kilómetros.

— ¿Y...?

—Pues, bien. La señora Marsh, hoy día, aún no ha logrado

entrar en posesión de la fortuna que le corresponde.

— ¿No me ha dicho que ella por su parte era también rica?

—Lo eran sus padres. Al morir, su padre había perdido en el juego la mayor parte de sus bienes. Además, hace unos años, la peste del cacao hizo estragos en Colombia y acabó con tres cuartas partes de las plantaciones.

— ¿Carece de recursos ahora?

—No. Pero tampoco le sobra nada.

— ¿Dónde vive usted, señora?

—En el Hotel Napoleón, en la avenida Friedland. Es más barato que tener una casa puesta.

Un asunto como éste, en pleno agosto, cuando la mitad del personal estaba de vacaciones, era más desagradable que un crimen sensacional. Los visitantes miraban al director con ojo severo, como para cortarle toda retirada.

—Abriremos una investigación, naturalmente. Esto, en el lenguaje profesional, se llamaba investigación en interés de los familiares.

— ¿Tiene usted la dirección de su hija?

—No sé dónde vive ahora.

— ¿Qué edad tiene?

—Treinta o treinta y dos años. Está casada.

— ¿Con quién?

—Con un botarate. Un tal Frank Gervais que vive a salto de mata. Desde el principio me mataban a sablazos.

—Supongo que su hija heredará de su padre, ¿no?

—Eso es cosa del señor Rigal.

—Lo que le pedimos, querido director, no es que entre en estos detalles, que ya serán estudiados a su debido tiempo,

sino que impida que el señor Marsh, cuya identidad estableceremos de manera indiscutible, sea enterrado bajo un nombre que no es el suyo.

— ¿Han traído ustedes pruebas?

Estaba seguro. El abogado tenía su cartera de cuero.

—Ésta es el acta de matrimonio. Adjunto copia de dos cartas escritas por el señor Marsh en los primeros años de su matrimonio.

— ¿Y las que envió desde el Congo?

—Mi cliente no creyó necesario conservarlas. La mayoría estaban escritas a lápiz, en cualquier trozo de papel.

—Le tendré informado, señor Rigal. Supongo que tendré que dirigirme a usted, ¿verdad?

—Será lo más sencillo. Tenía que salir hoy de vacaciones, pero he enviado a mi mujer y a los chicos a la costa sin mí. Iré con ellos más tarde. Es de importancia primordial que...

—Sí, ya sé.

Se iban ya, completamente tranquilizados, y Rigal se prometía no dejar en paz al director de la P. J.

Para impedir que echaran tierra al asunto, se llevó inmediatamente a la señora Marsh a la Avenida Réaumur, al periódico que había publicado el día anterior la foto del señor Bouvet rodeado de grabados de Epinal.

—Anúnciame al redactor-jefe. Dígale que le traigo una información sensacional.

Sacó de la cartera una tarjeta de visita en relieve, y se aseguró con un vistazo de que su cliente estaba en forma.

—Hable lo menos posible de la época congoleza, pero extiéndase sobre su vida en América del Sur. No olvide lo de los

cincuenta trajes, lo del criado, todo lo que pueda resultar sensacional.

* * *

—Siéntese, señor Beaupére.

Era el único inspector del Quai des Orfèvres a quien no llamaban jamás por su nombre sin añadir lo de «señor», quizá por su edad o por el aspecto de triste dignidad de viejo empleado de confianza lleno de cargas y preocupaciones.

Iba vestido de negro, incluso en agosto, y quizá iba otra vez de luto, e incluso es posible que estuviera acabando de gastar el traje de su luto anterior.

Se había identificado de tal modo con aquellas «búsquedas en interés de las familias», que a nadie se le ocurriría encargarse a otro un asunto como aquél.

—Un tal Rene Bouvet murió ayer por la mañana ante el puesto de un librero de viejo, junto al Sena.

—Vi la foto en el periódico.

—Parece que no se llama Bouvet, sino Marsh; en realidad, es norteamericano y pasó parte de su vida en una mina de oro del Congo, como director.

El señor Beaupére no pestañeaba. Continuaba fumando su pitillo de regaliz, pues no fumaba ni bebía, y se pasaba el día con un cigarro de aquellos en la boca, hasta dejar amarillentos sus largos dientes de caballo viejo.

—Vaya a la alcaldía del distrito V. Es la policía del barrio la encargada de las comprobaciones.

—Comprendido, señor director.

—Hay una mujer en París, una tal señora Marsh, que vive en el Hotel Napoleón. Tiene también una hija casada con un

individuo llamado Frank Gervais, cuya dirección no conocemos.

—Está bien, señor director.

Se fue, lúgubre. Entró en el despacho de los inspectores para descolgar su sombrero de paja negra, y emergió poco después, con su pinta de cuervo enorme, en el sol que inundaba el muelle.

El señor Beaupère era sin duda, de toda la policía judicial, el que recorría más kilómetros a pie. Jamás tomaba taxis y muy pocas veces autobuses, para evitar engrosar las notas de gastos. Sólo iba en metro cuando la cosa era indispensable.

No echó una ojeada a las terrazas de los cafés, ni a las floristas, ni a las mujeres que se paseaban con vestidos claros y ligeros.

En la Plaza del Panteón, en las oficinas del distrito V, le sorprendió la penumbra. Las alcaldías no tenían secretos para él. No necesitaba flechas rojas ni otra indicación, para llegar a las oficinas. Sin molestar a los empleados, rebuscaba personalmente en los pesados archivos negros del estado civil.

Boulevard... Bouvat-Martin... Bouveau... Bouverat...
Bouvet... Bouverie... Bouvet...

Bouvet, Albert... Bouvet, Armand... Bouvet, H... Bouvet, M...
Bouvet, P... Bouvet, Rene...

Sin fiebre, sin impaciencia. Su hijo era sargento del ejército. Su hija estaba casada. Su casa, en Puteaux, era de su propiedad.

Para obtener su tarjeta de identidad, Bouvet Rene Hubert Emile había proporcionado un extracto del certificado de nacimiento firmado por el secretario de la alcaldía de Wimille, Paso de Calais, presentándose como hijo de Bouvet, Jean,

agricultor, y de Marie-Ernestine Méresse, sus labores.

La alcaldía del distrito V no le había proporcionado cartillas de racionamiento durante los años 1940, 1941, 1942 y 1943, pero sí en 1944, cuando Rene Bouvet volvió de una estancia en Langeac, por Sarlat, en Dordoña.

Era mediodía cuando el señor Beaupère, que no se había detenido para echar un trago y refrescarse, ni siquiera para beber un vaso de agua, entró en la casa blanca del Quai de la Tournelle. Ni por curiosidad miró las ventanas verdes del tercero, tras las cuales reposaba el señor Bouvet en un silencio tal que el vuelo de algunas moscas hacía el efecto de un clamor.

Entró en la portería antes de que le invitaran a hacerlo, pero se quitó cortésmente el sombrero y se sentó en una de las sillas Enrique II mientras la señora Jeanne, que sabía a qué atenerse, se sentaba al otro lado de la mesa.

—No hable muy alto, mi marido está durmiendo. Trabaja por las noches.

Hizo un signo indicando que había entendido, y la conversación se desarrolló en cuchicheos. Desde fuera, viéndoles a través de los cristales de la ventana, parecían dos peces y podía esperarse que de un momento a otro empezaran a salir burbujas de sus bocas.

El señor Beaupère comió en un autoservicio de los alrededores de Chatelet, el mismo al que iba siempre, hasta el punto de que tenía su servilleta en el casillero. Luego volvió a la oficina y pidió una comunicación telefónica con la alcaldía de Wimille.

Eran más o menos las tres de la tarde cuando el secretario,

que era al mismo tiempo el maestro del pueblo, le comunicó que el señor Bouvet había muerto hacía dos años en Indochina, donde vivía desde hacía más de cuarenta años, sin aparecer por Francia más que muy de vez en cuando.

— ¿Cuándo le expedieron ustedes por última vez un certificado de nacimiento?

El otro rebuscó en la oficina, desde cuyas ventanas probablemente se vería el mar, mientras los alumnos aprovecharían la pausa para divertirse en clase.

—En 1939, Bouvet nos escribió desde París pidiéndonos uno y, como de costumbre, le enviamos el certificado por duplicado.

Era la época en que empezaban a ser imprescindibles las tarjetas de identidad. Hasta entonces el hombre no la había necesitado.

— ¿Está seguro de que murió hace unos dos años?

—Recibimos de Saigón el certificado de defunción hace exactamente dieciocho meses. No tenía herederos en la comarca.

—Gracias.

El periódico había salido ya, y se difundía por la ciudad con la misma fotografía de Bouvet, más pequeña que la del día anterior, pero con un largo artículo debajo:

El misterio del millonario norteamericano

A las cinco, un taxi se detenía ante la casa blanca del Quai de la Tournelle, y una pareja bastante excitada bajaba a toda prisa. La señora Jeanne los vio llegar por la acera con una mirada fría y llena de reserva.

Seguro que eran otros que venían a birlarle su muerto.

III

Antes incluso de que hubieran entrado en el portal, la señora Jeanne fue a abrir la puerta y se quedó de pie, mirándolos, con la mirada clavada en ellos y los labios apretados.

Era sin duda la pareja más elegante que jamás había puesto los pies en la casa. Los dos tenían aspecto de salir de una película americana o de un restaurante de los Campos Elíseos.

Muy morena, la mujer llevaba un traje de seda crema contra el que el bolso rojo ponía una mancha de color, al igual que sus labios la ponían sobre la piel mate de su rostro.

Él la dejó pasar. La mujer vaciló, parpadeó con sus grandes pestañas que debían de ser artificiales. Como los otros, mostraba torpemente un periódico que llevaba en la mano.

—Es aquí, ¿no?

—Es aquí.

—Y usted es la portera, claro.

—Soy la portera.

Miró un poco desalentada hacia su compañero, a quien pareció intentar decirle que era más difícil de lo que había previsto, o que la portera resultaba coriácea. ¿Puedo hablar con usted unos minutos?

¿Habría preparado el golpe de antemano? ¿O bien improvisaba en vista de la acogida inesperada? Abrió el bolso como si fuera a ponerse una mano de polvos, y sacó un billete que casi escondió en la mano.

—Bien. Dígame. La escucho.

La joven echó un vistazo hacia la escalera donde Vincent, el hijo de los Sardot, estaba sentado en un peldaño.

— ¿Me permite que entre un momento?

—Sí. Pero tiene que hablar en voz baja. Mi marido está durmiendo.

—Mi madre vino a verla, pero yo no tengo relación con ella. Le presento a mi marido.

—Encantada.

—Comprende, ¿no? Soy la hija del señor... del señor...

—Del señor Bouvet. Aunque no se le parece mucho, la verdad. Se parece más bien a su madre.

— ¿Me permite que me siente?

Su marido era alto, de pelo negro como ella, vestido como no suelen vestir las gentes del barrio, todo de gris, un poco encorvado.

—Hace cerca de veinte años —dijo— que mi mujer no tiene noticias de su padre. Puede imaginar su emoción cuando, hace un rato, leyó el periódico.

— ¿No vio el de ayer?

—Estábamos en el campo, en casa de unos amigos. Esta tarde, al volver...

La señora Jeanne continuaba en pie, mirándolos a uno y otro, intentando adivinar lo que venía a pedirle.

—Supongo que no se le puede ver...

— ¿Y quién va a prohibirlo? Soy yo quien tiene las llaves. Soy yo quien se ocupó de arreglarlo todo, con algunas vecinas...

—No lo sabía. Creí quizá que, dadas las circunstancias...

Echó una mirada a su marido, como pidiéndole consejo.

—Mi mujer quisiera que nos permitiera hacerle algunas preguntas. Está muy emocionada y no sabe cómo empezar.

Había abierto la mano y el billete estaba ya sobre la mesa.

—Por el periódico sabemos que era usted quien se cuidaba de la casa. Estoy segura de que tenía confianza en usted y que le hablaba con toda libertad. ¿No le ha hablado nunca de mí?

—Nunca.

— ¿Ni de mi madre?

—Ni de su madre ni de nadie.

— ¿Quiere decir que no hablaba?

—Hablabo como todo el mundo, del sol, de la lluvia, de París, de las cosas que pasan por el mundo, de los inquilinos, del joven Vincent, a quien usted ha visto en la escalera.

— ¿Era un hombre triste, huraño?

— ¡Qué va! Parecía muy feliz.

— ¿Recibía muchas cartas?

—Nunca. .

—Y... ¿Cómo diría yo? ¿Vivía pobremente?

Al pronunciar esta palabra no pudo evitar lanzar una mirada a la portería. Ferdinand acababa de levantarse en la alcoba y se le veía en calzoncillos dirigiéndose a la palangana. La portera fue a correr la cortina.

—No le faltaba nada. Era feliz. Por la mañana yo iba a prepararle el desayuno, que tomaba en la cama leyendo el diario. Luego se vestía, bajaba, me decía buenos días al pasar, y salía a dar una vuelta. Mientras estaba fuera, yo le arreglaba la casa. Era ordenado y no daba mucho trabajo. Desde la ventana podía verle casi siempre en los muelles, con los libreros. Los conocía a todos y pasaba muchos ratos de charla con ellos.

— ¿Compraba libros raros? —preguntó el marido.

—Nada de libros. Sólo grabados, que no le costaban muy caros, grabados de esos que vendían en la tienda de mi pueblo

cuando yo era pequeña. A veces iba hasta el Saint-Michel para comprar algo en una charcutería y volvía con un paquetito , subía y se lo comía junto a la ventana.

— ¿Bebía vino?

—Ni vino ni alcohol. Sólo agua. Y café. Nunca más de dos tazas al día.

— ¿Estaba enfermo?

—Tomaba unas píldoras y llevaba siempre la cajita en el bolsillo, pero nunca le vi enfermo, a no ser de reuma, que le tuvo hace dos años en la cama tres días. Después de comer dormía la siesta, luego, en verano, iba a pasearse de nuevo junto al Sena y a veces cenaba en la Isla de Saint-Louis. A las nueve, casi siempre estaba en casa.

— ¿No recibía visitas?

—Nunca.

— ¿Está segura de que jamás habló de mí? Me llamo Nadine.

—No, señora.

— ¿Y no vio entre sus cosas mi foto de pequeña?

—No, señora.

— ¿Pero echó usted alguna vez un vistazo a sus papeles?

— ¿A qué papeles?

—Todo el mundo tiene papeles, documentos, viejas cartas, qué sé yo...

—No tenía.

— ¿Subió mi madre al piso?

—Con el inspector de policía. Sí.

— ¿Nos permitiría subir también?

¡Desde luego! La señora Jeanne estaba incluso contenta de mostrarles la habitación del muerto, pero se engañaban si

creían que iban a poder poner la mano sobre algo.

Subió delante de ellos por la escalera. Se había convertido en un rito. Luego los hizo esperar en el rellano mientras iba a encender las velas.

Los pasó al fin al salón, de donde había sacado el polvo por la mañana, y se quedó ante la puerta de la habitación. Seguían allí las tres moscas que había intentado atrapar en vano. Empezaba a reinar un olor soso.

No le molestaba que vieran que se encontraba como en su casa, que el muerto no la asusta, que eran amigos los dos.

—Está tranquilo. Es como si sonriera.

Sorprendió sus miradas a los muebles, cuyas puertas y estantes estaban cruzados por los precintos.

—Estoy segura de que mi padre intentó ponerse en contacto conmigo. ¡Cuando pienso que vivíamos en la misma ciudad!

La señora Jeanne se dio cuenta de que la joven señora no se santiguaba ni hacía la señal de la cruz con el agua bendita y la rama, cuyo uso parecía ignorar. El marido tampoco. Se frotaba inútilmente los ojos con el pañuelo, a riesgo de dejarse allí una de sus largas pestañas postizas.

— ¿Sabe cuándo será el entierro?

—Lo teníamos todo dispuesto para mañana. Un entierro modesto, pero bien, con responso en la iglesia, pero la policía vino a decirme que esperara.

Se miraron. Tenían prisa por salir de allí, por encontrarse otra vez al sol, en el aire puro de fuera; pero al mismo tiempo estaban decepcionados y no se decidían a salir, como si siguieran esperando que ocurriera algo.

—Supongo que, como mi madre, tengo que ir a presentarme

a la policía, ¿no?

—Quizá; qué sé yo...

— ¿Está segura de que era feliz?

—Sí, señora.

—Gracias.

Bajaron mientras la portera cerraba la puerta con llave y se la guardaba en el bolsillo de la falda. Se pararon un momento en la escalera pasaron ante el chiquillo sentado, que les miró de arriba a abajo con mirada aún más desconfiada que la de la portera.

En el vestíbulo se detuvieron, vacilantes.

—Si por casualidad recordara algún detalle que pudiera interesarnos...

El marido tenía en la mano una tarjeta de visita y se disponía a tendérsela. Fue él quien habló:

—... Es decir, que pudiera interesar a mi mujer... Hace tiempo que está reñida con su madre y, si usted la ha visto, lo comprenderá. Por culpa de su madre mi mujer apenas conoció a su padre. Es imposible que no se haya acordado de ella y que no intentara encontrarla.

Le entregó la tarjeta.

—Se lo agradecería infinitamente. De día, puede usted telefonarme a mi despacho. A la derecha está nuestra dirección particular.

Se fueron, ella encaramada en sus altos tacones, él con las espaldas un poco encorvadas, sacando un pitillo de un estuche de plata. Se cerró la portezuela del taxi.

El auto no se había puesto aún en marcha cuando ya pareció que empezaban a disputar, como para reprocharse

mutuamente su torpeza.

La portera leyó en la tarjeta:

FRANK GERVAIS Y WILLY GOLDSTEIN

Cuadros antiguos

135 bis, rue Saint-Honoré

Habían tachado Goldstein. Al otro lado habían añadido la dirección particular: *62, Quai de Passy*.

París estaba tan radiante como la víspera, con las mismas ventoleras cálidas, el mismo estremecimiento en el follaje pesado de los árboles, la misma polvareda fina y olorosa, las mismas manchas de sol en los cristales y en los tejados.

Un hombre de aspecto tristón, con aire de agente de seguros o de vendedor de aspiradores, golpeó discretamente en los cristales de la portería mientras Ferdinand estaba cenando en la cocina antes de salir para el trabajo. Era el señor Beaupère.

— ¿La molesto, señora Léliard?

—Entre. Siéntese. ¿Tiene noticias?

—No muchas. Más bien diría que he venido a buscarlas.

La miraba como si supiera que ella tenía algo que decirle.

—Acaba de pasar por aquí su hija, acompañada del marido. Me dejaron su tarjeta, y cien francos sobre la mesa.

— ¿No dijo nada?

—Habló de papeles, de fotos. Subieron al piso.

— ¿No ha venido nadie más?

El señor Beaupère iba anotando cuidadosamente la dirección en un cuaderno negro que cerraba con ayuda de una gomita.

—No; aparte de los vecinos, claro.

—Ya ve, señora Léliard: esta gente tiene, razón.

— ¿En qué tienen razón? —se revolvió la portera.

—El verdadero Bouvet murió hace dos años en Indochina.

— ¿Y no puede haber dos Bouvet?

—No con la misma documentación. Me gustaría saber si alguien anduvo rondando por aquí, pues es probable que haya

gente que sepa la verdad. ...

—Aparte de la solterona...

— ¿Qué solterona?

—Le dije «señora» y me cortó diciendo que era señorita, pero tiene al menos setenta años.

— ¿Por qué dice esta edad?

—Porque la gente que haya conocido al señor Bouvet tiempo atrás ha de tener esta edad, poco más o menos.

—No se me había ocurrido.

— ¿Cuándo vino?

—Ayer por la tarde. Fue la primera. Creía que venía a preguntar si había un piso libre o una habitación. Es del tipo de gente que busca habitaciones que den al patio.

— ¿Quiere decir que iba vestida modestamente?

—Pobremente. No se atrevía a entrar. Le hablé yo.

— ¿Y qué le dijo?

—Casi nada. Primero el labio parecía temblarle tan fuerte que apenas podía decir palabra. Es muy gorda, con la cara redonda y pálida y unos ojos de niño. Me enseñó el diario, como hacen todos, y murmuró:

— ¿Es aquí?

Vi que llevaba un ramito de violetas, y el detalle me conmovió.

Le pregunté:

— ¿Le conocía?

Me parecía que debía de vivir por el barrio y que habría hablado alguna vez con él cuando el señor Bouvet daba su paseo por la mañana o después de la siesta.

— ¿Le gustaría verlo?

Dijo que no con la cabeza. Estaba a punto de echarse a llorar.

— ¿Es verdad que no ha sufrido?

Luego me preguntó algo más:

— ¿Tienen dinero para el entierro?

Le dije que sí, que él tenía dinero, y que además había empezado a pasarles la lista a los vecinos, y buscó en el bolso como si quisiera darme algo.

Pero no le dio tiempo, porque en aquel mismo momento llegó la vampira.

— ¿La qué?

—La vampira. ¿No se dice así? La mujer que vino con el inspector y que habría sido capaz de romper los muebles para ver qué había por allí, si la hubiera dejado sola un momento.

— ¿Está segura de que no ha visto nunca a esa señorita ya mayor de que me habla?

—Conozco a casi todo el mundo en el barrio. Hace cuarenta años que estoy aquí. Pero no la recuerdo.

— ¿Se fue a pie?

—En zapatillas. Me fijé en las zapatillas. Eran iguales que las mías.

— ¿Y fue hacia el Boulevard Saint-Michel?

—No, hacia el puente de la Tournelle.

— ¿Es la única persona que vino por aquí?

—Aparte del viejo, pero él no me dirigió la palabra siquiera.

El señor Beaupère le inspiraba confianza. No tenía en absoluto aire de policía, y seguro que tenía niños. Se notaba que era un tipo que se ganaba la vida honradamente, con dureza. No intentaba atraparla en contradicciones ni se portaba como los otros policías.

— ¿Qué viejo?

—A éste le vi en alguna parte; es una especie de vagabundo como hay muchos por aquí. Era también ayer, pero más tarde. Mi marido se había ido ya. Le vi justo de frente, ahí, en la barandilla, mirando la casa, las ventanas del señor Bouvet especialmente. Le miré durante un rato preguntándome si al fin iba a decidirse a cruzar la calle.

— ¿No lo hizo?

—No. Se fue. Luego le vi comiendo algo en el mismo sitio, con una botella de litro al lado ¿Cree que me lo van a dejar?

— ¿A quién?

—Al señor Bouvet. He sido yo quien lo ha arreglado todo, con los vecinos de la escalera. Todo el mundo se ha portado muy bien. —Luego, de golpe—. ¿Cree que de verdad era el marido de esa mujer?

—No sé.

—De todos modos, la dejó, ¿no? Y por algo sería. ¿Por qué vienen ahora dándole la tabarra después de muerto? Él estaba muy bien ahí arriba. ¿Quiere subir un momento?

El señor Beaupère no tenía tiempo. Tenía que telefonar aún a la alcaldía de Langeac, donde no había encontrado antes a nadie para responderle. Tenía que efectuar otras comprobaciones, lenta, cuidadosamente, como lo hacía todo. Chupando su cigarrillo de mentol y moviendo la cabeza con aire triste.

—Si vuelve a ver a esa señorita o al vagabundo, intente sacarles su nombre, su dirección. Eso podría quizá ayudarnos.

— ¿Toma una taza de café?

—Gracias, no tomo nada entre comidas.

La tarde fue tranquila para la señora Jeanne. Algunos momentos de charla con los inquilinos que volvían y a quienes ella ponía al corriente. A las nueve, subió, sola, al piso de Bouvet, como para decirle buenas noches. No tenía miedo de quedarse allí, frente a frente con el cadáver. Trazó la cruz con el agua bendita moviendo los labios como si le hablara.

Todo estaba en orden. Logró atrapar una de las moscas, pegada al montante de la puerta, pero no encontró a las otras dos, que habían debido de esconderse.

Cierra la puerta con llave, entra en casa de los Sardot donde el chiquillo está acostado y el marido lee el diario mientras la mujer lava. La ventana está abierta sobre la tarde azul. Todas las ventanas de París estaban abiertas. En algunos barrios, había gente que dormía en el balcón, y, por la noche, se oían los pitidos de los trenes en las estaciones.

—Está casada con un vendedor de cuadros antiguos. Creo que debe de estar tuberculoso. Ella sacó el pañuelo de su bolso, pero la miré a los ojos y miedo asegurar que no lloraba.

—Desde luego, si es su padre, no se puede decir que haya tenido mucho trato con él.

El acordeonista sale de la casa. La señora Jeanne baja a preparar su cena, cierra las cortinas, se desnuda, mira el hueco dejado en medio de su boca por un diente que falta y se dice que habría que ponerse uno postizo.

Se duerme, y no pasa nada hasta la vuelta del músico. No mira la hora, pues sabe que siempre vuelve entre las dos y las tres de la madrugada.

Tiene sueños complicados en los que el señor Beaupère representa un papel importante e incluso es su marido y ella se

siente un poco molesta y le pregunta cómo es posible, pues no es viuda y Ferdinand sigue trabajando como guarda nocturno en el garaje de la calle Saint-Antoine.

Entonces el señor Beaupère responde con una sonrisa que no encajaba en su carácter.

—Precisamente por eso.

Precisamente, ¿qué? ¿Había vuelto ya el acordeonista? No lo recordaba. Estaba despierta y le pareció que las agujas luminosas del despertador marcaban sólo la una.

Hacía calor en la alcoba y pasó una mala noche. Al despertarse, por la mañana, tuvo la intuición, Dios sabe por qué, de que había ocurrido algo desagradable, que las cosas no estaban como debían estar, y se sintió culpable, sin saber exactamente de qué.

* * *

El cielo estaba un poco más velado que los días precedentes, con una ligera bruma que flotaba sobre el Sena, donde las barcazas empezaban a ponerse en movimiento.

Fue a buscar los cubos de basura al patio, los colocó al borde de la acera, entró a prepararse el café y se peinó mientras el agua se calentaba.

Jamás había tenido suerte, pero tampoco se quejaba. Cuando se casó con Léliard, que entonces era sargento del ejército, no sabía que era epiléptico, y aún no se había dado a beber. No era un hombre. Tres veces la había dejado encinta y tres veces había nacido muerto el niño. La última vez estuvo a punto de morir también ella, y el médico le recomendó que no volviera a las andadas.

Pasaba de los cincuenta y no se sentía vieja. Pequeña y delgada como era, no le costaba ningún esfuerzo arrastrar los grandes cubos de basura.

Suspiró pensando en el piso que iba a ser alquilado a nuevos inquilinos y, como presa del pánico, experimentó el deseo de subir inmediatamente.

Tuvo que bajar cuando ya estaba en el primero, porque había olvidado la llave. Volvió a subir, metió la llave en la cerradura, se preguntó si le había dado ya una vuelta sin darse cuenta o si la víspera se había olvidado de cerrar, pues le pareció que la puerta se abría con demasiada facilidad.

Atravesó el salón sin mirar, entró en el cuarto y, de pronto, sintió que algo había cambiado.

El cuerpo del señor Bouvet estaba en su sitio, en la cama, pero estaba segura de que su posición no era exactamente la misma, que estaba más a la derecha o más a la izquierda, o

más alto o más bajo. No había podido moverse solo. Alguien había estado allí. Alguien había tocado la cama. Había plumas por el suelo que procedían o del colchón o de las almohadas. Volvió la cabeza y vio que los sellos habían sido rotos.

Habían vuelto a cerrar las puertas de los armarios, los cajones.

Entonces ya no se sintió tan segura. Fue al rellano y llamó a media voz:

— ¡Señora Sardot...! ¡Señora Sardot...!

Olvidaba que eran las seis de la mañana y que los Sardot estaban durmiendo aún.

Fue el marido quien abrió la puerta después de ponerse un pantalón oscuro. Iba descalzo.

— Han entrado en casa del señor Bouvet. Apareció la mujer, luego el chiquillo, que parecía mucho mayor en pijama.

— Alguien ha arrancado los sellos y ha tocado la cama.

Entraron en el piso, temerosos, más respetuosos de pronto.

— Hay que avisar a la policía.

Nadie tenía teléfono en la casa.

— ¿No podría ir usted, señor Sardot?

Se vistió a toda prisa, se puso una gorra mientras la madre intentaba en vano hacer retroceder al chiquillo.

— ¿No abre los postigos?

— Creo que es mejor no tocar nada.

Se sentía culpable. Recordando la mala noche que había pasado, estaba casi segura ahora de haber tirado dos veces del cordón para que entrara el músico.

— ¿Quiere quedarse aquí un momento?

Subió al quinto, despertó al acordeonista, que le habló

primero a través de la puerta.

—Perdone que le moleste. Ha pasado algo en la casa, y necesito saber a qué hora volvió usted.

—Hacia las dos y media.

Bajó también él al rellano del tercero. Inmediatamente llegó un agente ciclista seguido de Sardot.

—Que no entre nadie en el piso. Tengo órdenes. ¿Es usted la portera? Vuelva a la portería y no deje que entre nadie en la casa. Quiero decir nadie que no tenga algo que hacer aquí.

No fue el inspector de antes el que vino en seguida, sino uno alto que se sentó en la portería y, por las preguntas que hizo, se notaba que no estaba al corriente del caso.

—La Policía Judicial está avisada. Llegarán de un momento a otro.

Tampoco vino esta vez el señor Beaupère, que debía de estar durmiendo aún en su casa de Puteaux.

Bajaron primero cuatro de un coche, con aparatos enormes, sin duda aparatos fotográficos. Luego, un cuarto de hora después, mientras los otros estaban aún arriba, donde no se cuidaban lo más mínimo de hacer menos barullo, aparecieron otros dos en un taxi.

— ¿Es usted la portera? Suba conmigo.

¡Al fin! Estaba sufriendo por estar retenida allá abajo cuando tanta gente se agitaba en torno al señor Bouvet. La sangre se le subió al rostro cuando vio lo que estaban haciendo.

Las tres ventanas estaban abiertas de par en par. Un enorme aparato fotográfico, más pesado que cualquier otro que ella hubiera visto, estaba instalado en un trípode. Habían sacado del armario la ropa del señor Bouvet y la tenían desparramada

por el cuarto en pleno desorden.

— ¿Cómo iba vestido cuando murió?

Les indicó la chaqueta color crema y el pantalón gris. Cuando miró hacia el interior del cuarto, un grito escapó de su garganta, pues habían quitado el colchón, y el cuerpo estaba tendido ahora en el somier, sin sábanas, sin nada.

Sentado en una silla, en un rincón del cuarto, un hombre contaba en voz baja monedas de oro.

— ¿Cuántas?

—Ando por las novecientas, jefe. Quedan más. Y volvió a ponerse a contar moviendo los labios.

Las monedas salían del colchón despanzurrado. Debía de estarlo ya antes de la llegada de la policía, pues la portera había visto por el suelo algunas plumas que debían de haber salido de allí.

Dos hombres, como si se tratara de un maniquí, estaban vistiéndolo el cuerpo. Una vez acabado su trabajo, uno se lo cargó tranquilamente a cuestas y lo llevó a la sala, a plena luz.

— ¿Cuántas veces tiró del cordón esta noche?

—Entró sólo un inquilino después de haberme acostado...

—Le pregunto cuántas veces tiró del cordón.

—Una.

— ¿Seguro?

Miró al señor Bouvet, a quien estaban colocando en una silla, ante la cámara fotográfica, y no se atrevió a mentir.

—Pero no estoy segura. Pasé una mala noche. Hacía calor. Estuve soñando. Después de tirar del cordón, volví a dormirme y más tarde, al despertarme, tuve la impresión de que no era la hora normal.

— ¿La hora normal de qué?

— De la vuelta del señor Francis. No debía de haber vuelto todavía.

— ¿Le abrió de nuevo la puerta?

— No recuerdo. Intento recordarlo. Quizá lo hice maquinalmente. Es una costumbre eso de tirar del cordón, ¿comprende?

— ¿Dónde está?

— ¿El señor Francis? En el quinto izquierda. Acaba de subir ahora mismo.

Enviaron a alguien para que le interrogara.

— ¿Las cosas de este cuarto están poco más o menos como las vio usted ayer?

— Poco más o menos, sí.

Miraba a su alrededor con aire inquieto, intentando no ver al señor Bouvet que, en su silla, tenía un aire casi de vivo. Tanto manejo le parecía un sacrilegio y tenía ganas de irse.

— Mire bien todos los muebles.

— Me parece que han tocado los grabados.

Pero no estaba muy segura. No sabía nada.

El sol le daba en la cara al entrar en oleadas por la ventana como cuando venía a arreglar el piso. Súbitamente, estalló en sollozos mientras el hombre que le hablaba le daba unos golpecitos afectuosos en el hombro.

— ¡Vamos! ¡Vamos! Tranquilícese... No fue culpa suya, al fin y al cabo. Pero es indispensable que nos enteremos de lo que pasó, ¿comprende?

Baje a beber algo. Luego iré a preguntarle unas cuantas cosas, ¿eh?

Era como una traición, y sin embargo, se sentía incapaz de quedarse allí más tiempo. En la puerta, un agente impedía que los inquilinos se estacionaran en el rellano. La puerta de los Sardot estaba abierta. Sardot debía de estar almorzando, pues era la hora de salir para el trabajo.

La vieja señora Ohrel llamó a través de su puerta hasta donde se había desplazado en su silla de ruedas.

— ¿Qué pasa?

— No sé. No me pregunte nada. Es el fin de todo. ¡Si viera lo que están haciendo ahí arriba!

El puerco de Ferdinand se había largado ya a echar un trago en la taberna, y debía de andar contándolo todo. Había gente en la acera, con el joven agente del primer día, que les rogaba que circularan.

Hasta las nueve no llegaron los primeros periodistas. Y después ya fue constante el barullo. La señora Jeanne renunció a mantenerse al corriente de lo que pasaba. No se sentía en su casa. Entraban y salían desconocidos, subían la escalera, volvían a bajar, entraban en la portería como si fuera un lugar público. Tres veces en menos de cinco minutos le hicieron estallar en las narices las luces de magnesio para fotografiarla, y ella no se cuidaba ya de lo que sería del pobre Ferdinand, que se aprovechaba de la falta de vigilancia.

Y aquello era sólo el principio. El director de la P.J. acababa de enterarse por los primeros informes telefónicos, e hizo llamar al señor Beaupère. Le esperaba en su despacho con las ventanas abiertas.

En el momento en que el inspector llamaba a la puerta, trajeron un telegrama con la indicación «urgente», e hizo

esperar un instante al señor Beaupère para leerlo.

Muy importante retrasar el entierro Bouvet alias Samuel Marsh hasta mi llegada stop llevo prueba identidad Marsh tan falsa como Bouvet stop estaré París doce cuarenta, saludos.

Joris Costermans.

El telegrama venía de Anvers, adonde el periódico que hablaba de Marsh debía de haber llegado el día antes por la tarde, casi de noche ya.

—Entre, señor Beaupère. ¿Algo nuevo?

—Sí. He encontrado al vagabundo.

— ¿Qué vagabundo?

—Al que vio la portera dando vueltas alrededor de la casa el día de la muerte. En el barrio le llaman Maubert, el Profesor.

— ¿Y qué le ha dicho?

—Nada aún. Cuando le descubrí, ayer, hacia las once de la noche, estaba completamente borracho. Lo llevamos a la comisaría. Ahora iba a verle cuando usted me hizo llamar.

No añadió que aquella noche no había dormido apenas, pero esto se veía en su rostro gris, más pálido que nunca, y en las grandes ojeras que le caían como bolsas.

IV

El Profesor estaba durmiendo aún cuando el señor Beáupère fue a buscarle al calabozo.

—¡Tú! ¡Que vas a heredar de Rockefeller! —le había gritado uno de sus vecinos al ver que se aproximaba el policía encargado de las búsquedas familiares.

El viejo miró al policía sin inmutarse, sin asombro, pero esto no quería decir que no reconociera al que le había detenido el día anterior. Se puso a buscar los zapatos por el suelo, cosa importante porque lo que más fácilmente le birlan a uno cuando anda rodeado de andrajosos son precisamente los zapatos.

Los encontró, se los puso lentamente, sin acabar de salir por completo del mundo desconocido del que venían de arrancarle tan bruscamente.

Ahora, sin preguntar adonde iba, seguía al lúgubre policía. Al pasar ante el cuerpo de guardia, firmó en el registro y luego cerró los ojos, sorprendido por el sol.

A fin de evitar el subterráneo, el señor Beau pero había preferido dar la vuelta por el exterior del Palacio, pero el aire libre no le gustaba, por lo visto, al viejo vagabundo, pese a que le seguía con la mejor voluntad. Se notaba que el sol le daba vértigo, que le pasaba algo.

— ¿Hambre?

El viejo no se atrevió a negarlo, ni a explicar que la comida, en el punto en que se hallaba, no tenía mucha importancia, pero por lo visto el inspector lo comprendió, pues en lugar de meterse inmediatamente por el Quai des Orfèvres, llevó a su

compañero a un pequeño bar de la plaza Dauphine.

— ¿Tinto?

El hombre no se mostraba más sorprendido por esta generosidad que por el hecho de que le hubieran ido a despertar al calabozo. Sabía que así, en definitiva, era la vida. Un día le caía a uno un tipo como éste que le invitaba a vino, y otro le tocaba un duro que lo molía a patadas.

El hombre del bar, sin que hubiera necesidad de pedirle nada, preguntó con un guiño:

— ¿Un litro?

El viejo agarró la botella y bebió un buen trago de gollete. Después, puso el tapón de nuevo y con gesto familiar se metió la botella en uno de sus flácidos bolsillos.

Recobraba la vida a ojos vista, como una planta recién regada. Su andar seguía siendo vacilante, pero debía de andar siempre así, y se detuvo varias veces al subir la escalera de la P.J.

El problema, para el señor Beaupère, cada vez que tenía que interrogar a alguien, era encontrar un despacho vacío, pues después de treinta años de servicio jamás había tenido una mesa propia. Llamaba a algunas puertas, al azar, y cuando oía un gruñido se iba sin insistir.

Aquel día no le costó demasiado trabajo acomodarse, pues la mitad del personal estaba de vacaciones.

— Siéntese.

No tuteaba al viejo, como otros habrían hecho. Tampoco adoptaba un aire importante o misterioso. Sacó el cuadernillo del bolsillo, como si fuera un viajante a la espera de un pedido.

— ¿Puedo? — preguntó el Profesor indicando la botella en el

bolsillo.

Esta vez, después de echar un trago, pareció exhalar en un gran suspiro las últimas confusiones de la noche.

— ¿Su nombre?

— Me llaman el Profesor.

— ¿Tiene carnet de identidad?

Sacó, no de un bolsillo, sino del sombrero, una tarjeta pringosa, un cartón agrietado en el cual apenas se podía leer el nombre: Félix Legalle.

Como profesión habían puesto trapero, sin duda porque utilizaba parte de la noche rebuscando en los cubos de basura. En contra de lo que se hubiera podido pensar, no tenía aún sesenta y cinco años.

— ¿Conocía usted a Rene Bouvet?

El viejo le miró como si olfateara, sin que pareciese comprender.

— Le pregunto si conocía a un tal Rene Bouvet.

— ¿Qué ha hecho?

— Anteayer, por la tarde... — intentó decir el inspector.

Comprendió inmediatamente que estas palabras plantearían un nuevo problema al espíritu turbio de su interlocutor, que desde hace mucho tiempo debía de haber dejado de contar por días y por noches y que los contaba más bien en litros de tinto.

— ¿Me escucha?

— Sí, señor. ¿Puedo?

Esta vez se quedó con la botella en la mano, sin volver a taparla.

— Intente seguirme. Anteayer un tal señor Bouvet murió en

los quais, ante el puesto de un librero de viejo.

Al decir esto le tendió el diario que había publicado la primera fotografía.

— ¿Le reconoce?

— Sí.

— ¿Por qué aquella misma tarde fue usted a dar vueltas ante la casa donde vivía, en el Quai de la Tournelle?

— Le apreciaba.

— ¿Tenía usted amistad con él?

A cada pregunta el vagabundo fruncía el entrecejo como si temiera no entender perfectamente el sentido de las palabras. Éstas sólo debían llegar a su cerebro como a través de una especie de bruma que las deformaba.

— ¿Sabía usted que se llamaba Bouvet?

— No.

— ¿Pero sabía al menos cómo se llamaba?

— No.

— ¿Sabía si se llamaba de otro modo?

No comprendía. El señor Beaupère había ido demasiado rápido.

— ¿Lo vio a menudo?

— Bastante.

— ¿Desde cuando lo conocía?

— No sé. Hace tiempo.

— ¿Un año?

— Más.

— ¿Diez años?

— No creo.

— ¿Cómo le llamaba él?

—No me llamaba. ¿Puedo?

Actuaba con cierta discreción, no tomaba más que un trago cada vez, se secaba la boca con el dorso de la mano, pero quedaban temblando gotitas rojas en los matojos de su barba.

— ¿Dónde le conoció? Piénselo bien antes de responder. Le estoy preguntando dónde le vio por primera vez.

El Profesor miró fijamente por la ventana y arrugó el entrecejo. Debía de estar esforzándose penosamente en reflexionar.

—Pues no sé.

— ¿Fue en París?

—Seguramente en el barrio de Maubert. Quizá estaba yo pescando y él me habló. A veces me pongo a pescar. No ahora, claro, pero hace tiempo...

— ¿Le dijo su profesión?

— ¿Por qué?

—Escúcheme. Cuando usted se enteró de su muerte por el diario, estuvo dando vueltas alrededor de la casa. ¿Es que quería entrar?

Se habría dicho que las palabras tenían que recorrer un camino inmenso para ir de uno a otro. Había en la habitación, aparte de la mesa de despacho, mil cosas que atraían la mirada del vagabundo y le hacían desviarse de sus ideas, un pisapapeles, en particular, en el que quedaba clavada sin cesar su mirada. Parecía que estuviera conteniéndose para no agarrarlo y, como un niño, moverlo para ver cómo caía la nieve en la bola de cristal.

— ¿Tenía ganas de entrar?

—Me habría gustado verle.

— ¿Y por qué no pidió permiso a la portera?

Fue la primera sonrisa del Profesor. No una sonrisa entera, sino algo parecido. ¿Es que un policía, a su edad, no sabía cómo reciben las porteras a la gente como él?

— ¿No intentó entrar sin que le vieran? ¿No estuvo nunca en aquella casa? ¿No le invitó nunca a ir allá?

Hablaban los dos en francés, desde luego, pero no era la misma lengua. El viejo empezaba a desalentarse, cuando, al principio, había parecido tan dispuesto a colaborar.

—Vamos a ver: ¿le veía usted sólo en la calle?

—En la calle, en el muelle...

— ¿De qué le hablaba?

—No sé.

— ¿Le trataba como amigo?

Era cada vez más difícil, y sin embargo, el señor Beaupère estaba, él también, lleno de buena voluntad y de paciencia.

— ¿Le dio dinero?

—Muchas veces.

— ¿Mucho dinero?

—No mucho. Para comprar un litro o dos.

— ¿Sabía que era para beber?

—Sí.

— ¿Y nunca fueron a beber juntos a una tasca?

—Él no bebía.

— ¿Cómo lo sabe?

—Porque me lo dijo. El vino lo ponía malo. Por eso...

Se calló como para guardarse para sí lo que tenía en la punta de la lengua.

—Por eso, ¿qué?

—No sé.

— ¿Se niega a responder?

—No me niego. Es que no sé.

— ¿Le contó lo que hacía antes?

—No exactamente. No.

— ¿Sabía usted que era muy rico?

—Estaba seguro.

— ¿Por qué?

—Hablabo como un rico.

—Explíquese.

—El dinero no le interesaba.

— ¿Qué es lo que le interesaba?

Miró casi de manera suplicante a su torturador y, sin pedirle permiso, echó un largo trago de la botella. Luego empezó a hablar como si lo hiciera para él solo.

—No es fácil de explicar, y no estoy seguro. Me preguntaba cosas. Me miraba, miraba a los otros...

— ¿A qué otros?

—A los otros como yo.

— ¿Qué es lo que quería saber?

—Si era difícil, si a veces se me ocurría cambiar de vida... Cómo nos recibían en la barcaza del Ejército de Salvación... Si es verdad que a veces los policías nos dan un pitillo... No sé... Es complicado... No estoy acostumbrado... Me doy cuenta de que le habría gustado ir...

— ¿Adonde?

—Con nosotros. Pero me engaño, quizá. Por sus preguntas... Y también porque era siempre él quien venía detrás de mí... A veces me esperaba una hora...

— ¿Dónde?

— En la Plaza Maubert o en cualquier sitio...

— ¿No le gustaba tratar con gente?

— ¿Qué gente?

— ¿Le habló de su mujer, de su hija, de sus negocios?

— Sé que tenía todo eso. A veces hizo alguna alusión.

— ¿Por qué lo abandonó todo bruscamente? El viejo le miró, sorprendido.

— Si no comprende...

— ¿Qué razón pudo tener para dejarlo todo y vivir discretamente en la Tournelle? Me ha dicho que no le gustaba beber...

— Porque no podía.

— ¿Y si hubiera podido beber?

— Creo que habría bebido.

— ¿Que sería también un vagabundo?

El Profesor asintió, pero con una punta de malicia en la mirada.

— Como he dicho varias veces, sólo el frío molesta a veces de verdad.

— ¿Y el hambre?

— No. La conocía.

— Es decir que, según usted, si el señor Bouvet buscaba su compañía era porque de manera más o menos consciente deseaba vivir como ustedes viven.

— Quizá. Creo que hay otros en el mismo caso.

— ¿Ha sido usted realmente profesor?

— Bueno, quizá completamente no...

— ¿Maestro?

—Queda muy lejos todo.

—Beba un trago si quiere, Legalle, pero escúcheme. Es importante, y no precisamente para la policía, sino para varias personas, descubrir el pasado del señor Bouvet. Es probable que haya vivido bajo otro nombre, quizá bajo varios nombres. Hasta ahora usted es el único a quien parece que él hablaba casi libremente. ¿Me entiende? No se trata de traicionarle. En primer lugar, porque está muerto. Pero además, nosotros no le acusamos de nada. Lo que queremos es saber quién era realmente.

— ¿Por qué?

—Porque tiene mujer, y una hija, socios, dinero, y hay que arreglar todo esto. ¿No le hablé nunca de su mujer y de su hija?

—Quizá.

— ¿En que términos?

—Hacía alusión a la «liosa». Supongo que era su mujer.

— ¿Y su hija?

—Me preguntó si había tenido niños. Le respondí que no lo sabía. No se sabe nunca, ¿verdad?

— ¿Y qué dijo?

—Que esto no cambiaba necesariamente la cuestión de saber o no saber.

— ¿Y que concluyeron?

—Todo.

— ¿Todo, qué?

—Que estaba de vuelta. Creo también que tuvo un barco, o que vivió en un barco. No recuerdo las palabras, pero tenía una manera especial de mirar las barcazas.

— ¿Cree que era desgraciado?

Hubo de nuevo una chispa de asombro en los ojos del Profesor.

— ¿Por qué?

— ¿No añoraba su vida de antes?

¡Vaya! ¡Era mejor beber! Un rayo de sol le daba en plena cara al vagabundo haciéndole cerrar los párpados sobre las pupilas, más acostumbradas a la noche.

— ¿No le vio nunca en compañía de una mujer vieja y bastante mal vestida, con una cara grande, blanda?

Movió la cabeza negativamente.

— ¿Y nunca lo vio entrar en una casa, tomar un autobús, dirigirse hacia otro barrio?

— Una vez estaba yo en un banco, en la plaza de los Vosgos, y pasó por allá.

— ¿En qué dirección?

— No me acuerdo. Estuvo un momento mirando las ventanas de una casa.

— ¿Qué casa?

— La que hace esquina entre la plaza y la calle de los Francs-Bourgeois, situada frente a un estanco.

— ¿Está seguro de que no puede decirme nada más?

— Seguro. Usted es un buen hombre, y le he ayudado lo que he podido.

El pobre señor Beaupère no había podido tomar demasiadas notas en su cuadernillo.

Y mientras tanto, la portera, en su casa, estaba a la greña con un policía, de grado superior, con aire de muchacho, y que parecía jugar con ella como un gato con un ratón.

Allá, en el tercero, le estaban poniendo al muerto el tercer traje. Un traje azul marino con el que volvían a fotografiarle. La señora Jeanne habría sin duda aullado de indignación si hubiera visto a uno de los hombres maquillar al muerto, como si fuera un actor de teatro, para darle un aire menos cadavérico.

Lo registraban todo. Lo fotografiaban todo. Aquello parecía una fábrica. Había periodistas en todos los rellanos, golpeando las puertas para interrogar a los inquilinos. Uno de ellos había intentado dar bombones al joven Sardot para sonsacarle lo que pudiera. El chico tiró los bombones a la escalera y le miró con ojos feroces:

—Era amigo mío.

A las doce cuarenta, dos hombres bajaron del tren en la estación Norte, uno muy gordo y otro menos gordo, cada uno con su cartera de cuero, y se precipitaron hacia el primer taxi.

—Quai des Orfèvres. A la Policía Judicial. Rápido.

Tenían aire de gente importante, fumaban enormes puros y hablaban flamenco entre ellos, de modo que el chofer no entendía nada de la conversación.

En la P.J. no les hicieron esperar, y fue el más gordo el que entró primero en el despacho del director.

—Joris Costermans —se presentó—. Encantado. Me acompaña nuestro abogado consejero, Cornelius de Greeg. Desgraciadamente no habla francés. ¿Ha recibido mi telegrama? ¿No le han enterrado aún?

Tenía el pelo gris cortado a cepillo, la tez cuidada, olía a crema de zapatos y tendió su pitillera al director, que se excusó diciendo que sólo fumaba en pipa.

—Esperaba esto un día u otro, ¿comprende? Porque yo soy de la vieja, ¿no?

¿De la vieja qué? No lo precisaba, pero se le notaba satisfecho de sí, incluso por su manera de arrellanarse en el sillón y cruzar las piernas.

—En primer lugar, como usted ha descubierto, de creer al periódico, ese hombre no es tal Bouvet. Bueno. Esto para empezar. Luego, como yo descubrí ya hace diez años, tampoco es Marsh. Segunda parte. Va a ver usted que es mucho más complicado de lo que parecía. Cornelius se lo podría explicar si hablara francés. Primera consecuencia, la señora Marsh no es la señora Marsh, aunque con este nombre se casó en Panamá el otro. El matrimonio contraído con falsa identidad es automáticamente nulo. Así pues, la señora Marsh no es la señora Marsh. ¿Entendido?

Esto parecía encantarle.

— ¿Me sigue?

—Le sigo, lo que quisiera saber es cómo se enteró usted de que Marsh no es su verdadero nombre.

Costermans hizo un guiño, dirigió otro a Cornelius, a quien tuvo que traducir la pregunta del director.

—Muy sencillo, pero al mismo tiempo es una historia larga. Tengo sesenta y seis años, señor. Sé que no los aparento, pero los tengo, ¿no? Y pasé veinte años de mi vida en el Congo. ¿Conoce el Congo? ¿No? Peor para usted. Fui allá cuando tenía treinta años, para trabajar en la Compañía de Metales. Me ganaba bien la vida, pero gastaba todo lo que ganaba. Estaba soltero. Vivía en plena selva, y cuando bajaba a Stanleyville era para ofrecerme una juerga que excuso decirle...

— ¿Y usted conoció en el Congo al señor Marsh?

—Marsh, que no es Marsh, pero que en esta época se hacía llamar Marsh. Exacto. Se podría decir mejor que fue él quien me conoció, pues anduvo detrás de mí porque me necesitaba. Había obtenido la concesión de una mina de oro en Uelé, donde unos que se las daban de pillos le habían vendido una mina que creían sin valor.

— ¿En qué año ocurrió esto?

—En 1920, poco después del final de la primera guerra. Tenía entonces cuarenta y siete o cuarenta y ocho años.

— ¿Qué tipo de hombre era?

—No hablaba mucho, a veces tenía acento americano, pero a veces se le olvidaba.

— ¿Bebía?

—Agua mineral. Disponía de un capital bastante importante y quería invertirlo. Creo que en realidad lo que le interesaba era vivir en la selva, encanallarse, como decíamos allá. Usted no conoce esto. Hay blancos que siguen siendo blancos, es decir, civilizados. Algunos, como los ingleses, se ponen el smoking para cenar solos en su tienda. Pero hay otros que viven con una indígena o con varias. Muchos se dan a la bebida. Los hay que se encanallan, pierden el sentido de la compostura y las buenas maneras, y al cabo de unos años se comportan casi como negros.

— ¿Marsh era de este tipo?

—Un poco por encima. Muy poco. Digamos que vivía como un rey negro. Vimos a un abogado de Stanleyville que redactó los estatutos de una sociedad anónima cuyos fondos procedían casi enteramente del que decía llamarse Marsh. La sociedad

sigue existiendo, y yo soy el presidente actual. *Société des Mines d'Uagi*. Cornelius es nuestro consejero legal.

Éste debió comprender y asintió levemente con la cabeza.

—Resultó que la mina era buena. No extraordinaria, desde luego, pero buena. Sí. No nos hicimos ricos con ella, pero era un asunto rentable, a condición de que se explotara convenientemente. Durante cinco años —me quedé allí cinco años con Marsh— lo más duro fue entrenar a un número suficiente de obreros, y luego mantenerlos. Al sexto año, de acuerdo con él, me volví a Bélgica para dirigir las oficinas de la compañía y sólo aparecí otra vez por el Congo, cuando él estaba aún allí.

— ¿Sabía usted que se había casado?

—Conocí incluso a su mujer. Una mujer espléndida. Quizá no muy cómoda, pero espléndida, amigo mío. No sé cómo estará ahora, pero entonces todo el mundo se volvía cuando pasaba.

— ¿Él la quería?

— ¿Cómo? Bueno, se ve que usted no lo ha conocido. Me pregunto incluso si no se había ido al Congo para huir de ella y de todas las mujeres como ella. Le daba todo el dinero que quería, sólo para que lo dejara en paz. Por su parte, ella era feliz así, vivía lujosamente en Europa, de un hotel en otro, siempre de lujo, claro...

— ¿Y no le habló nunca de su hija?

—Creo que no le interesaba. En cuestión de hijos, prefería la chiquillada de color café con leche que tenía de sus compañeras indígenas. Al final ya no era ni presentable. Un negro no le habría cogido el casco como decíamos allá...

— ¿Y qué sabe usted de su desaparición?

—Al principio no nos preocupamos, pensando que volvería un día u otro. Es bastante difícil allá abajo saber qué ha sido de uno. Nada hacía pensar en un accidente, pero nada indicaba tampoco que se hubiera marchado voluntariamente.

Sólo al cabo de dos años empecé a tener cierta inquietud, sospechas, y me dirigí a una agencia de investigación norteamericana para obtener informes sobre él. Sus papeles decían que había nacido en Santa Cruz, en California, cerca de San Francisco. Yo sabía que había vivido en esta ciudad. La agencia me cobró un montón de dinero para decirme simplemente que ningún Marsh había nacido en Santa Cruz ni en la región, y que el tipo aquel se había fabricado sin duda una identidad falsa.

Cornelius De Greef debía de entender el sentido general de la conversación, pues empezaba a mostrarse inquieto.

—Usted se preguntará por qué no revelamos nada entonces. Tenga en cuenta, en primer lugar, que aquello no era cosa nuestra. Nuestra sociedad es una sociedad anónima, la mayoría de cuyas acciones pertenecen a un tal Samuel Marsh. Estas acciones no nos las apropiamos. Han sido depositadas en un banco, a su nombre, el único que conocíamos, y los intereses fueron quedando bloqueados.

La señora Marsh intentó provocarnos dificultades, reclamó el dinero por todos los medios imaginables, y manejó al menos tres abogados. Los tres tuvieron que reconocer al fin que nuestra actitud era correcta. Y decirle a esa señora: "El señor Marsh no es el señor Marsh, en consecuencia, usted no es la señora Marsh..." eso no era cosa nuestra, reconózcalo.

Esperamos señor director. Usted ve que hemos actuado

correctamente, ¿no? Lo demás, es cosa de los tribunales. A usted corresponde, supongo, descubrir quién era realmente Samuel Marsh y por qué desapareció.

Cuando lo sepamos, Cornelius presentará nuestros libros, y discutiremos el caso.

Sacó el pañuelo del bolsillo, se secó minuciosamente el sudor, abrió la chaqueta para que entrara un poco de aire y sacudió la ceniza del puro.

— ¿Tienen ustedes el informe de la agencia norteamericana ?

Costermans se dirigió en flamenco a Cornelius, me abrió la cartera colocada en su regazo y sacó una carpeta amarilla.

—Son fotocopias. Comprenderá usted que no podemos prescindir de los originales. Aquí encontrará la respuesta de la alcaldía de Santa Cruz, así como la traducción jurada de ciertos documentos.

—Dígame, señor Costermans, ¿a cuánto ascendía la aportación del señor Marsh a la sociedad?

—A unos dos millones de francos belgas de entonces. Calcule lo que eso representa hoy. Cuando el asunto llegue a los tribunales y rindamos cuentas, verá que la suma depositada a nombre de Marsh asciende a unos cincuenta millones largos.

— ¿Y jamás intentó entrar en posesión de esa suma, en todo o en parte?

—Jamás.

— ¿Y no había previsto, cuando estaba en el Congo, pagos inmediatos a su mujer y a su hija?

—No automáticamente. Nos escribía para decirnos que transfiriéramos tal cantidad a la cuenta de la señora Marsh, a

París, a Londres, adonde fuera.

—Es decir, que ella no ha recibido nada de la sociedad desde 1933...

—Exactamente.

— ¿Conocía usted bien al señor Marsh? Si le parece, seguiremos llamándole así...

—Sí, es más fácil, ¿no? Pues bien, le conocí. Durante varios años le veía varias veces por semana y pasamos unos meses viviendo juntos.

— ¿Qué tipo de hombre era?

—No hablaba mucho.

— ¿Era vigoroso?

—Más de lo que su aspecto podía sugerir , sin que lo pareciera, era musculado, fuerte.

— ¿Se mostraba triste, melancólico? ¿Tenía crisis de abatimiento?

—No era ni triste, ni alegre, ni melancólico ni nada. No necesitaba a nadie. A veces pasamos tardes enteras sin decirnos palabra.

— ¿También usted?

—Cuando le hablaba, apenas me respondía.

— ¿Era instruido?

—Había estudiado.

— ¿Qué había estudiado?

—No sé. Hablaba varias lenguas.

— ¿Qué lenguas?

—Francés...

— ¿Sin acento?

—Sin el menor acento extraño. El inglés, desde luego le he

visto hablar con ingleses, en Kenya, porque estábamos en la frontera, y le preguntaban a veces si había vivido mucho tiempo en Londres.

— ¿Y qué respondió?

—Que conocía bien Inglaterra, hablaba también el turco. Me enteré por casualidad.

— ¿Y el español?

—Perfectamente.

— ¿Leía mucho?

—Nunca le vi leer más que periódicos.

— ¿Y no hablaba de su familia, de su infancia, del colegio o de la universidad?

—No.

— ¿De qué hablaba?

—Ya se lo he dicho: no hablaba, simplemente. se pasaba casi todo el tiempo con las negritas. Tenía un verdadero harén los negros le habían dado un apodo que hacía alusión a su apetito sexual y a cierta particularidad anatómica de la que otros se hubieran enorgullecido.

—En definitiva, que usted no tiene ni idea de dónde pudo salir.

—Eso es.

— ¿Y no sabe siquiera de qué país era?

—Nada. Supongo que ahora va a ser fácil descubrirlo. Por eso tenía tanto miedo de que lo enterraran inmediatamente y le telegrafié.

— ¿Piensan quedarse algunos días en París?

—Sólo hasta mañana. Cornelius tiene una cita importante en Anvers, y yo mismo tengo que ocuparme seriamente de este

asunto el director del Banco me espera mañana.

—En suma, ¿está usted seguro de haber actuado correctamente en todo este asunto?

—Eso es cosa de Cornelius. Ya lo veremos ante los tribunales. Por mi parte, estoy perfectamente tranquilo.

— ¿Puede decirme donde se van a alojar?

—En el *Hotel des Italiens*, en los Bulevares Me alojo siempre allí.

Se olvidó de que su interlocutor había rechazado va un cigarrillo, y le tendió de nuevo la pitillera. Luego salió, digno, importante, con Cornelius siempre a la zaga.

El director entró vivamente en el despacho de los inspectores y llamó a uno al azar.

— ¿No tiene nada que hacer?

—Estoy libre, señor director.

—Siga a esos dos hombres que acaban de salir de mi despacho aún no estarán en el portal. De todos modos, deben de ir al *Hotel des Italiens*...

Volvió preocupado, de mal humor, a su despacho, pues casi no tenía a nadie a su disposición en esta época del año y estaba convencido de que el muerto del Quai de la Tournelle iba a complicarle la existencia.

Descolgó el teléfono y preguntó:

— ¿Quién se ocupa del caso Bouvet?

—Lucas fue allá esta mañana con algunos inspectores.

Aún no habían pasado diez minutos cuando Lucas, precisamente, le llamaba por teléfono.

—No sé lo que tengo que hacer, jefe. Los fotógrafos dicen que no se puede trabajar seriamente aquí y querrían llevarse el

cuerpo a la Identidad Judicial.

Entonces el director, que nunca había visto la casa blanca, que ni siquiera conocía la existencia de la portera, pronunció las palabras fatídicas:

—¡Traedlo acá! Luego venga a verme.

V

La tempestad no llegó a estallar. Sólo una buena tormenta hubiera podido distender los nervios. Durante toda la mañana había estado como una gata ansiosa que da vueltas alrededor de sus pequeños.

Era cortés, respondía lo mejor que podía a las preguntas que le hacían, desde su infancia había sido acostumbrada a obedecer, y las gentes que habían invadido la casa representaban todos una autoridad cualquiera, como también la representaba su madre cuando ella era pequeña, y luego el vicario, y luego el capataz, la propietaria, y tantas otras personas de menor significación, incluidos los hombres uniformados que venían a cobrar el dinero o a revisar los contadores.

Cuando uno subió en cierto momento, ella oyó decir a su paso:

—Señor sustituto...

Porque ahora ya no se dirigían a ella para entrar en la casa. No tenía otra cosa que hacer que responder a las preguntas que le hacían e intentar acordarse.

—Haga un esfuerzo. *Intente recordar...*

Hasta es posible que piensan que les escondía algo.

—Cualquier hombre tiene papeles, notas, por pocas que sean...

Parecía lógico. También ella tenía papeles. Estaban en la sopera de los días grandes, que apenas utilizaba. Estaba allí el certificado de matrimonio y la cartilla militar de su marido, y varios papeles más, ya amarillentos.

—Les juro que nunca vi nada, emborracharon a Ferdinand probablemente fueron los periodistas que iban y venían constantemente a la taberna a telefonar. Y el imbécil se tomaba en serio su papel, y charlaba en medio de la acera, con la cara congestionada, los ojos desorbitados, creyendo que se había convertido de pronto en un personaje.

—Cuando se instaló en la casa, ¿no le dijo por qué había elegido precisamente este barrio?

—No me dijo nada.

Recordaba que la primera vez la había impresionado, tan frío, tan distante. ¡Cómo se engaña una con la gente!

Pero esto no impedía que todas aquellas preguntas le trajeran a la memoria algo que hasta entonces sólo había sentido confusamente.

Los otros, los Sardot, los Massuet, los Buteau o el acordeonista vivían todos allá por azar o por necesidad. Ella se entendía. Algunos habían nacido en el barrio y no querían abandonarlo. Otros tenían allí su trabajo. Poco más o menos ocurría lo mismo con todos los vecinos. Conocía a casi todo el barrio. Algunos habían venido sólo porque encontraron un piso libre a un precio que les convenía.

Tampoco habían elegido la vida que llevaban, como no la había elegido ella, que no había decidido ser portera cuando era niña.

La cosa aún no estaba muy clara en su espíritu, pero, sin embargo, le parecía algo así como un descubrimiento, y un descubrimiento emocionante.

Cuanto más avanzaba en su razonamiento más claro le parecía que el señor Bouvet había ido allí porque quería ir allí.

Con el dinero que tenía —tantas piezas de oro— y con su educación, hubiera podido instalarse en cualquier sitio, en una villa de la Costa Azul, en un castillo en el campo o en un gran hotel de los Campos Elíseos.

Hubiera podido vivir en un piso moderno, en una casa nueva, con cuarto de baño de aparatos niquelados y calefacción central. Hubiera podido tener incluso un criado.

Pero había ido a vivir allí, a aquel muelle, en la vieja casa blanca que ella tenía siempre lo más limpia que podía y donde no quería tener más que buena gente, gente común que no pedía más que vivir en paz y que no se detestaban demasiado.

Tenía ganas de estar sola para pensar a gusto, pero, le dejarían tiempo de pensar? Desde la mañana, desde el día anterior, iba viendo lo que se preparaba, y cuando la dejaban unos minutos en paz, corría allá arriba, volvía a bajar, hacía preguntas, ella también.

¡Habría bastado tan poco para que no ocurriera nada! El azar había querido que un estudiante norteamericano estuviera aquel día en el muelle, en el momento preciso, y que tuviera, justamente, la cámara fotográfica en la mano. Si los grabados de Epinal no se hubieran caído en torno al señor Bouvet dando un carácter tan pintoresco a la escena, tal vez al estudiante no se le hubiera ocurrido tomar la fotografía.

Si hubiese tenido más dinero, no habría ido a ofrecerla a un periódico de la tarde.

Y no se había enterado de nada. Hacía ya dos días que había salido para Roma, pues quería visitar la ciudad antes de atravesar el Atlántico. Hacía auto-stop al borde de las carreteras, y ya quizá ni recordaba al anciano de la chaqueta

clara que se había derrumbado sobre la acera, frente a las torres de Notre-Dame.

Sin esta fotografía, que nadie había previsto, y en la que el señor Bouvet ciertamente jamás había pensado, las cosas habrían ocurrido de otro modo, y ahora el caso estaría prácticamente terminado.

Porque el entierro iba a ser hoy. El señor Sardot había pedido permiso en su imprenta aquella mañana. La señora Jeanne se las había arreglado para encontrar una sustitua en la portería durante algunas horas.

Todo el mundo estaría allí, todo el mundo teniendo en cuenta que era en agosto, el mes de las vacaciones, los vecinos, los tenderos del barrio, los libreros del quai. No había tenido capilla ardiente, pero la habitación de allá arriba estaba bien arreglada, y la señora Jeanne había pedido prestados dos candelabros de varios brazos, de plata, y compró más velas. También habían encargado una corona.

Quizá a la vuelta, para seguir la tradición, la portera ofreciera un vaso de vino a los hombres.

No sólo no estalló la tempestad, sino que el cielo se mantuvo radiante, sin una nube, pese a que el calor se iba haciendo más pesado, aumentaba el bochorno y no corría un soplo de aire. A veces se veían líneas de sudor en la espalda de las mujeres que pasaban con vestidos ligeros.

Ni siquiera la avisaron. Hacia la una, cuando muchos estaban comiendo, pero había aún bastantes policías en la casa para ponerlo todo patas arriba, se detuvo un horrible vehículo ante el portal. A través de las cortinas lo vio, y estuvo a punto de darle un ataque. Era una especie de furgón pintado de verde

oscuro, cuyo destino era fácil de adivinar.

Bajaron dos tipos de aspecto enorme y brutal, cogieron del interior una pesada camilla y preguntaron al que estaba de plantón en la acera:

— ¿Es muy arriba?

—En el tercero.

Hubiera querido ver al menos cómo lo vestían, cómo lo arreglaban, pero se sentía como si le hubieran cortado las piernas, y se quedó sentada.

Uno de los policías se dirigió al chiquillo de los Sardot, que jugaba en el portal, sombrío y silencioso.

—Oye, amigo...

—No soy su amigo.

Su amigo, el suyo también, era el hombre aquel del tercero a quien todos trataban con tan poca consideración y que ahora iban a llevarse sabe Dios adonde.

Se les oía bajar como si llevaran un piano, chocando con los brazos de la camilla contra las paredes. Habían cubierto el cadáver con un horrible trapo negro que habría servido para todos los muertos que iban recogiendo por las esquinas de París.

Entreabrió la puerta, y preguntó a Lucas:

— ¿Adonde se lo llevan?

—Al Quai des Orfèvres, a la Identificación Judicial. Hay que hacer unas comprobaciones que no se podrían hacer aquí.

— ¿Y luego? ¿Cuándo lo traerán? Él miró hacia otro lado.

— ¿Es que no lo van a traer?

—No depende de mí.

— ¿Y el entierro? ¿Qué es lo que van a hacer? Cerraron el

furgón con estrépito, y el motor se puso en marcha.

—Quizá pasen unos días antes de enterrarlo. Lo tendrán en el Instituto Médico-Legal.

Ella leía normalmente los periódicos y sabía que éste era el nombre que daban ahora al depósito de cadáveres. Sabía también que no era como antes, cuando había ido allá para reconocer a un inquilino que se había tirado al río. No había ya losas con los cuerpos desnudos y grifos abiertos día y noche para refrescarlos.

Pero quizá era peor. Los metían ahora en los cajones numerados de un inmenso frigorífico.

El pequeño Sardot no lloraba, y ella tampoco lloró.

—No nos mire así. No hacemos más que cumplir con nuestro deber, señora.

Pero la señora Jeanne tenía un aire cada vez más hosco.

— ¿Puedo subir a arreglar el cuarto?

—He puesto precintos en la puerta.

— ¿Y lo dejaron todo así, en desorden?

—Eso no tiene importancia, créame. Volveré. Ya ve, es una historia muy complicada, que va a dar mucho que hablar todavía.

El señor Bouvet se fue solo en el furgón verde, ni siquiera en un coche de muertos, y la casa se quedó vacía en pocos minutos. Había aún algunos periodistas rondando por allá y haciendo las últimas preguntas con la esperanza de sacarle un detalle olvidado.

Ferdinand vacilaba por la acera y tuvo ella que salir a buscarle y llevarle a la fuerza a la cama. El hombre se debatía. Era la primera vez que veía a tanta gente tomarle en serio. Les

había hablado del señor Bouvet como si lo conociera de toda la vida, como si fueran íntimos. ¡Dios sabe qué estupideces les habría dicho! ¿Lo pondrían todo los periódicos?

—No te muevas, que te quito los zapatos. Tenía miedo a su mujer porque sabía que era capaz de pegarle, pero estaba decidido a escaparse de nuevo para seguir bebiendo y contando sus maravillosas historias por las tabernas del barrio. Estaba casi seguro —desde luego, se lo habían prometido— de que iba a aparecer su fotografía en los periódicos.

—¡Bueno! ¡A ver si te estás quieto de una vez! ¡Te va a dar el ataque!

Colocó los zapatos en el armario y lo cerró con llave, para que no pudiera salir si ella, por casualidad, tenía que dejar un momento la portería. Por la ventana volvió a ver al viejo vagabundo que pasaba lentamente, con la botella de a litro asomándole por el bolsillo de la chaqueta.

Tenía que escribir a la propietaria que estaba de vacaciones en Biarritz, y contárselo todo, pero primero tenía que comer. Lo hizo en una esquina de la mesa, y se contentó con un pedazo de pan y queso y un café. No había llegado aún a terminarlo cuando Ferdinand roncaba ya como un bendito.

* * *

La señora Marsh, que pasaba la mayor parte del tiempo por los bares de los Campos Elíseos acompañada de jovencitos, le había dicho al abogado Rigal:

—El Congo le volvió loco, ¿comprende? Estoy segura de que no sabía lo que hacía ni quién era.

Rigal no protestó, porque no valía la pena discutir con una cliente que podía convertirse en un caso interesante, pero ya tenía su idea propia sobre el caso. No una idea muy clara, sin embargo. Tenía mujer, hijos, un bufete importante en marcha. Durante mucho tiempo había tenido una amante que le había causado montones de problemas. A veces, en la cama, había sentido ganas de largarse y echarlo todo a rodar.

Pero esto era algo vago. No obstante podría ocurrirles también a otros. ¿Quién sabe si para algunos estos ensueños no tomaban formas más tangibles?

Clostermans no iba tan lejos. Tenía que probar, para empezar, que la señora Marsh no tenía derecho a la herencia, y luego se aseguraría de que Cornelius hubiera tomado todas las precauciones para que la Sociedad de las Minas de Uagi no tuviera problemas.

Lucas estaba intrigado por aquella visita al piso del muerto, durante la noche, por algún desconocido. La cosa no parecía un intento de robo normal, y había sido realizado con una elegancia poco común.

Desde luego, lo habían preparado muy bien, como lo probaba el hecho de que el visitante nocturno se hubiera hecho pasar por el acordeonista. Verdad es que la señora Jeanne no estaba segura de que hubiera dado el nombre del vecino al pasar.

Pero en definitiva daba igual. Había elegido la hora, convencido de que la portera, en pleno sueño, no iba a sorprenderse de que entrara. Había abierto la puerta del piso con toda limpieza y sin dejar una sola huella. Había descubierto las monedas de oro y no se las había llevado. ¿Se habría llevado otra cosa?

Se planteaba una cuestión a la que hubiera sido interesante poder responder: ¿Habría venido a robar realmente al señor Bouvet, nacido en Wimille, o a Samuel Marsh, de Santa Cruz y de las minas de Uagi?

—Me parece que la cosa va a ser larga, amigo Lucas —le dijo el director de la P.J.

Para él era un trabajo más, y nuevas responsabilidades, en un momento en que los servicios estaban sobrecargados a causa de las vacaciones del personal. Había ya dos abogados metidos en el asunto, el de la señora Marsh y aquel flamenco que llegó de Anvers con el señor Clostermans.

Lucas estaba explicándole:

—Los periódicos empezaron a publicar esta tarde las primeras fotos. La portera no sabe nada. En el piso no hay ni un indicio, ni un objeto que pueda ponernos sobre una pista. La ropa, los zapatos, todo ha sido comprado en París. Los grabados de Epinal los compró en los puestos de los librereros, a orillas del Sena.

—El señor Beaupère ha interrogado a un vagabundo que tampoco parece saber gran cosa.

Fueron a comer, uno a su casa, el otro a la Cervecería Dauphine, a dos pasos del Quai des Orfèvres, y el señor Beaupère, mientras esperaba que le quitaran de las manos un

asunto que empezaba a ser demasiado importante para él, seguía trabajando a su manera.

Era un detallista y no intentaba tener una visión de conjunto y mucho menos un planteamiento en profundidad sobre el caso. Había aprendido su oficio concienzudamente con sudor de su frente —y el de sus pies— y esto lo había convertido, entre la familia y en el barrio, en una especie de personaje.

De lo que el vagabundo le había dicho por la mañana, sólo le había quedado grabado un detalle, un pequeño hecho tangible, y estaba ya en la plaza de los Vosgos, ante la casa que hace esquina con la calle de los Franc-Bourgeois.

La portera no era como la del Quai de la Tournelle. Era una mujer de gafas, vestida de seda negra, con la salud quebrada y cierto aire desconfiado.

Le mostró la placa de policía.

—No creo que haya en la casa nada que le interese.

— ¿Conoce usted a un tal señor Bouvet?

—Nunca he oído hablar de él.

— ¿Y a un tal señor Marsh?

—En el cuarto vive un Marchal. Hace veinte años que está en la casa. Su hija se casó hace una semana.

Seguía valiéndose del periódico, de la fotografía tomada por el estudiante norteamericano.

— ¿Vio alguna vez a este hombre?

Examinó la foto atentamente, cambió incluso de gafas. Movi6 la cabeza negativamente.

— ¿Hay muchos inquilinos aquí?

—Treinta y dos. Casi todos est6n de vacaciones.

— ¿Hay entre ellos una se6ora o una se6orita que viste

habitualmente de negro?

— ¿La señora Lair?

— ¿Está en París?

— Hace tres años que no sale de la ciudad.

— ¿Quién es la señora Lair?

— Una señora del Norte, una señora bien, vive en un piso grande, a la izquierda, en el primero. Hace quince años que está en la casa.

— ¿Tiene la cara alargada, bastante pálida?

— Es pálida. Y más cuando tiene los dolores.

— ¿Le duelen los pies?

— Como a todas las viejas. Parece que no sólo las mujeres padecen de los pies...

Y dijo esto mientras lanzaba una ojeada a los zapatones del inspector.

— ¿Está arriba ahora?

— Prácticamente no sale nunca.

— ¿Sabe si salió anteayer por la tarde?

— No vigilo a los inquilinos.

— ¿Tiene criada?

— Cocinera y camarera. La señora Lair es rica. Tiene las hijas casadas ya. Antes de la guerra tenía también chofer.

El señor Beaupère vaciló, pero decidió al fin cumplir con su deber, a riesgo de ser recibido con un gruñido, y empezó a subir la escalera mientras se metía un cigarrillo de menta en la boca como si metiera una moneda en un tragaperras.

La escalera estaba oscura. Tenía un pasamanos de madera esculpida. La puerta era alta, vieja, muy ancha, con dos batientes, como en un ministerio. Tiró de la campanilla de

cobre y esperó. No tenía costumbre de oír venir los pasos de tan lejos. Era como si tuvieran que atravesar salas y más salas para llegar hasta él.

Y era así, efectivamente. Descubrió dos salones inmensos, luego una biblioteca casi tan grande, y la mujer de unos cuarenta años que le abrió la puerta llevaba una cofia de encaje en la frente.

— ¿Está la señora Lair?

— ¿Le ha dicho que le recibiría?

— Bueno, pues...

— La señora Lair no recibe a nadie. Lúgubre, consciente de lo que el gesto podía suponer con gentes como las que allí vivían, sacó de nuevo la placa.

— Policía.

— ¿Y quiere hablarle personalmente?

Le dejaron en el rellano mientras iban a advertir a la señora de la casa. Pasó un rato hasta que abrieron de nuevo la puerta.

— La señora estaba durmiendo la siesta. Le ruega que espere.

No le dijeron que se sentara, y él no se atrevía a poner el trasero en aquellos sillones tapizados de terciopelo, que le resultaban demasiado impresionantes. Se quedó de pie, un poco con la sensación de que estaba en una sacristía, mirando los reflejos de la luz sobre los muebles, sobre los cristales.

Aquella era la casa más rica que había visto hasta entonces. Con la altura de aquel techo se podrían haber hecho allí dos pisos. Los muros no estaban empapelados, sino cubiertos de paneles de madera esculpida, con pinturas incrustadas y apliques de bronce que sostenían las lámparas.

Oía tres tic-tacs a la vez, los de los relojes de pared de las tres

salas. La habitación donde dormía la señora Lair debía de quedar muy lejos, y más allá todavía las cocinas, pues no llegaba hasta él ningún ruido.

Tampoco llegaban ruidos de la calle. Jamás debía de oírse nada allí. Era un mundo aparte, hermético, donde incluso el sol tenía un color diferente. Sus rayos, filtrados por las cortinas, parecían más graves, majestuosos.

Se estremeció al oír abrirse a su izquierda una puerta en la que no se había fijado y al ver ante él a una anciana de cabello maravillosamente blanco.

Comprendió inmediatamente que se había engañado, que no era aquella mujer la que había ido al Quai de la Tournelle con los pies embutidos en unas zapatillas, para dejar un ramito de violetas en las manos de la portera.

— ¿Quiere usted hablar conmigo?

Le indicó, no un sillón, sino una silla cuya fragilidad le asustó un poco y que, por timidez, apenas rozó con las posaderas.

— ¿Es usted policía?

Estuvo a punto de enseñar otra vez la placa, molesto ante la posibilidad de que pudiera tomarle por un impostor, pero ella le hizo un ademán como si indicara que era inútil, que creía en su palabra.

—Siento molestarla. Estoy realizando una investigación muy delicada sobre un hombre que murió de repente en el Quai de la Tournelle y cuya identidad intentamos aclarar.

Probablemente porque no se atrevía a mirarla a la cara hizo aquel descubrimiento, pues es probable que el rostro de la mujer hubiera permanecido impasible, pero sus manos en las que él tenía clavada la mirada, y que estaban curiosamente

enguantadas de blanco con unos mitones que sólo dejaban aparecer la mitad de sus dedos, se juntaron y vio que se apretaban fuertemente.

—Quizá haya visto usted su foto en los periódicos. ..

Fue levantando la vista y la encontró turbada, vacilante. Luego bajó la mirada y vio que iba calzada con zapatillas de seda negra.

—Le ruego que me perdone, pero es mi obligación. Permítame que insista y le muestre esta fotografía.

Se levantó y le tendió el diario plegado de tal modo que la foto era lo primero que se veía.

—Vivía en una casa del Quai de la Tournelle; decía llamarse Rene Bouvet.

La mano de la dama, no temblaba al agarrar el periódico. Se hubiera dicho que había dominado su emoción.

—Es usted inspector, supongo...

—Sí, señora. Me cuido especialmente de investigaciones por cuenta de las familias.

— ¿Y este caso es uno de esos?

—Probablemente. Cuando apareció este retrato una señora dijo que era su marido, un tal Samuel Marsh, desaparecido hace muchos años...

—Entonces...

—Pero tenemos razones para creer que tampoco Marsh era su verdadero nombre.

—Dejará una fortuna importante, ¿no?

—No se sabe aún. Pero deja dinero, desde luego.

—Siéntese, ¿quiere? Me molesta hablar con un hombre de pie.

—Perdón.

— ¿Y puede decirme qué es lo que le movió a venir a verme precisamente a mí? Porque supongo que no ha venido usted por azar, que no andará llamando a todas las puertas de París.

No enrojeció, porque la sangre no circulaba nunca con bastante violencia por sus venas como para aflorar a su piel, pero le tembló el labio un poquito, y comprendió que había llegado el momento.

No tenía que dejarse intimidar. No estaba ante una portera o un vagabundo, sino ante una mujer inteligente ante la que se sentía inferior y humilde.

Si le decía la verdad, no sabría probablemente nunca nada. Y sabía que era mal mentiroso, que ella se daría cuenta.

Intentó fijar una vaga sonrisa en sus labios, como había visto hacer a algunos colegas, y alzó la cabeza sin decir nada.

— ¿No quiere responderme?

—Perdón, señora, pero no puedo divulgar los secretos de la investigación. Cumplo órdenes, compréndalo.

En lugar de enfadarse, de hacer valer su posición, la mujer le miró con curiosidad, con cierto respeto también.

—En definitiva, usted no puede decirme lo que sabe, ¿no es eso?

—Exactamente.

—Por otra parte, usted ha venido a decirme algo. Le escucho. ¿Qué desea de mí?

Era su oportunidad. Jamás a lo largo de su carrera se había visto en una situación como aquélla. Había pensado a veces cómo actuaría ante alguien tan sutil, cómo lograría ganar la partida, pero las partidas que había ganado eran realmente

fáciles, se había limitado a seguir la rutina, a utilizar su paciencia, su obstinación.

— ¿Conocía usted al señor Bouvet? Quiero decir a la persona cuya fotografía publicó el periódico.

— ¿Tiene alguna razón concreta para suponer que le conocía?

— Dígame, señora, ¿leyó usted esta tarde el periódico que tenía en la mano?

— Es posible.

— El señor Bouvet tenía en la pierna derecha, un poco más abajo de la rodilla, una cicatriz en forma de estrella que resultaba bastante característica.

— ¿Y por qué tengo que haber visto esa cicatriz?

— No sé.

— ¿Cómo es esa señora Marsh, de la que usted me habló hace un momento?

— No la he visto. Sé que es una mujer de cierta edad, que fue muy hermosa y que aún le gusta que la admiren.

— ¿Es una persona bien? Usted me entiende...

— No sé.

— ¿Tampoco ha visto a su hija?

— No me ocupo de esa parte de la investigación.

— ¿Quién le dio mi dirección?

Volvía al tema, intrigada. Se había recuperado y hablaba en voz baja, vocalizando con exquisito cuidado, como si las palabras fueran importantísimas.

— ¿Qué sabe usted de mí?

Iba a responderle que no sabía nada, que aún hacía un momento estaba convencido de que había llamado a su puerta

por error.

—Mi marido, que se llamaba Lair desde luego, murió hace quince años.

—Sí, señora.

—Entre otras cosas, era administrador de la Compañía de Ferrocarriles del Norte.

—Sí, señora.

—Mi padre se llamaba Lamblot. Desiré Lamblot. ¿Ha oído hablar de él?

—No, señora.

— ¿Su mujer no hace punto?

No se le había ocurrido: ¡Las lanas Lamblot!

—Las hilaturas, en Roubaix, las heredé yo.

—Sí, señora.

—Y ahora las dirige mi yerno. Pensé que se había informado usted antes de venir...

—Es decir...

—Le escucho.

—Nada, señora. Si he metido la pata, lo siento. Lo que yo quería saber es si usted conocía al señor Bouvet.

— ¿Qué hora es señor...? Esperaba que dijera su nombre.

—Beaupère.

— ¿Qué hora es, señor Beaupère?

En lugar de mirar el reloj de la chimenea, él sacó su reloj de plata del bolsillo, más que nada para hacer una pausa, y se aseguró de que marchaba.

—Las dos y veinticinco.

—Dentro de cinco minutos, a las dos y media, mi abogado, el señor Guichard, estará aquí.

Había ya dos abogados en el asunto, y ahora iba a aparecer el tercero.

— ¿Sabe por qué viene a verme? Logró quedarse callado.

— ¿Cómo se llama el director de la Policía Judicial?

—Guillaume.

—Pues bien, tenemos que ir, mi abogado y yo, a ver al señor Guillaume. Quizá le haya telefoneado ya mi abogado para pedirle hora.

Lo preguntó tan ingenuamente que la mujer no pudo evitar una sonrisa.

—Lo conocía, ¿no?

— ¿A quién?

—Al señor Bouvet.

—Si no me equivoco, y juzgando sólo por esa fotografía, y especialmente después de la descripción de la cicatriz, Bouvet era mi hermano.

No se movió. Un estremecimiento de alegría, de orgullo, le recorrió la espalda. Él, el señor Beaupère, había venido, solo, por sus propios medios, siguiendo el hilo de su madeja, a este piso que tanto le había impresionado.

— ¿Lo sabía usted?

—No, señora.

—Entonces, ahora, entre nosotros, dígame lo que sabía...

No podía contestar: «Nada en absoluto». Y dijo:

—Alguien ha visto al señor Bouvet parado por aquí a menudo.

— ¿Está usted seguro? ¿Hace mucho?

—Lo comprobaré. Quizá semanas.

— ¿Y eso es todo?

—Supe también que después de la publicación de la foto en el diario, usted fue al Quai de la Tournelle.

— ¿Me vio alguien?

—La portera, que habló con usted.

— ¿Me reconoció? ¿Le dio mi dirección?

—No, pero...

Sentía que estaba entrando en un callejón sin salida, pero aquello ya no tenía importancia. De un instante al otro iba a llamar al abogado poniendo fin así a su suplicio. Había descubierto al menos la identidad del señor Bouvet, que se llamaba Lamblot.

—Ya ve, señor... ¿Cómo me ha dicho que se llama?

—Beaupère...

—Ya ve, señor Beaupère, todo esto es mucho más curioso de lo que usted supone, pues nunca puse los pies en el Quai de la Tournelle ni leí el periódico hasta hoy, en la cama. Creí al principio que sólo era un parecido, pues llevaba muchos años sin ver a mi hermano. Lo vi por última vez hace veintitrés años... Sólo ayer, cuando se habló de la cicatriz, comprendí que probablemente se trataba de él y llamé a mi abogado. Vino a verme esta mañana, y decidimos...

— ¿No le llevó usted unas violetas?

Se mordió la lengua. ¿Cómo iba aquella mujer a ir pegada a las paredes, a llevar un ramito de violetas al Quai de la Tournelle y a dejarlo en manos de la señora Jeanne?

Llamaron a la puerta el abogado era por lo visto puntual.

Había en cualquier otra parte una mujer que padecía de los pies y que...

VI

Pasar de la P.J. a la Identidad Judicial, en los fondos del Palacio de Justicia, era un poco como ir, en un gran restaurante, del comedor a la cocina. Y al igual que en la cocina de un gran restaurante, el público no podía entrar. Allí se podía trabajar en mangas de camisa y hablar en el lenguaje del oficio.

Para la gente de los pisos de arriba, los de la P.J., el muerto del Quai de la Tournelle, con los problemas que planteaba y las investigaciones que iba a provocar, era un «fastidio».

Para los de la Identidad era un «paquete» que les iba a cargar de pequeños trabajos, algunos delicados, casi artísticos, que en el fondo les gustaban. Ya en la casa blanca los especialistas lo habían pasado en grande, pero allí no se sentían a gusto, no disponían de todos sus instrumentos ni del espacio necesario.

— ¿No habéis acabado aún con ese fiambre?

—preguntaba de vez en cuando el tipo de la furgoneta, que tenía que llevar al señor Bouvet al Instituto Médico-Legal.

Y cada vez que preguntaba, lanzaba una mirada inquieta porque hacía calor y tenía miedo de que le destrozaran al muerto. Desde la mañana lo habían estado fotografiando desde todos los ángulos, en todas las poses, desnudo y vestido con todos sus trajes, sentado y tumbado.

El trabajo más artístico había sido el de darle el aspecto que debía de tener unos veinte años atrás, procediendo exactamente como un maquillador y un peluquero de teatro con un viejo actor.

Y esto parecía afectar al muerto. Cuando el señor Beaupère salía de la casa de los Vosgos, le devolvieron el cadáver al

hombre de la furgoneta y la mandíbula del cadáver se había abierto una vez más, pero ya no se cuidaron de cerrarla, pues ya no había más fotos que tomar, y el cuerpo parecía desmoronarse.

Lo colocaron en una camilla y se lo llevaron, no sin que alguien dijera, sin mala idea, por otra parte:

—Empieza a apestar.

La mayor parte de los especialistas habían estado comiendo un bocado mientras trabajaban. Las primeras fotografías aparecerían en los periódicos, pero había que revelar otras, más cuidadas, una especie de reconstitución del señor Bouvet en las distintas etapas de su vida.

La señora Lair y su abogado no invitaron al señor Beaupère a seguirlos a la P.J. Sin duda, y dado que tenían hora fijada con el director, consideraban poco delicado llevarse a un simple inspector. El señor Beaupère telefoneó a su jefe desde un estanco en la esquina de la calle de los Franc-Bourgeois. No le dijo nada que éste no supiera ya, pero quería señalar que él, por su parte, y sin nadie que se lo indicara, se había puesto sobre la pista.

—La hermana acaba de salir con un abogado.

— ¿Habló usted con ella? ¿Cómo es?

—Una dama muy distinguida.

— ¿No tiene nada más que hacer?

—Tengo que dar con una vieja que debe de ser de por aquí, del barrio. A menos que usted quiera que otro se ocupe ahora del caso.

—Continúe usted, señor Beaupère.

Querían evitar molestarlo. El asunto había tornado

proporciones que exigían medidas más importantes, pero dejaban continuar su investigación al viejo inspector de la cara triste, aunque no se hacían demasiadas ilusiones sobre el resultado.

Esto le bastaba. Iba a poder de nuevo ir de un lado a otro, entrar en las tiendas, en los puestos de los remendones, tenaz, haciendo su eterna pregunta, insensible a la irritación de los otros, como si fuera un vendedor de aspiradores.

— ¿Conoce a una señora, vieja ya, muy gorda, con la cara redonda, vestida de negro, bastante pobremente, que tiene los pies malos y lleva zapatillas de fieltro?

Se encogían de hombros, o le miraban a él con curiosidad, o le enviaban a casa de una solterona al sexto o al séptimo.

A veces había seguido una pista de este tipo durante semanas enteras, sin desalentarse, y se le ocurrió preguntar también a las floristas de las carretas, por si alguna había vendido un ramito de violetas.

Todo el mundo tenía sed, salvo él. La gente se precipitaba a los bares, secándose la nuca, y bebía con fruición un vaso de blanco o de cerveza. No había ni un sitio libre en las terrazas, y los chiquillos, pegados a las faldas de sus madres, saboreaban los cucuruchos de helado.

Lo que le ayudaba, lo que le había ayudado siempre a lo largo de su vida, es que nunca tenía la impresión de estar haciendo algo inútil, por más que sólo era un rodaje mínimo y oscuro en el engranaje policíaco. Tenía por esta enorme máquina policial tanto respeto que este respeto le impregnaba a él mismo y a sus propios actos y a sus gestos. Su mujer le ayudaba cuando decía llena de orgullo hablando de él:

—Mi marido, inspector...

El abogado, señor Guichard, era un hombre maduro, de aire frío, respetable, que había besado la mano de la señora Lair al entrar. Pasaba ya de los sesenta y cinco, y el señor Beaupère, que tenía sólo cincuenta y dos, se había puesto a pensar que toda aquella gente vivía ya cuando él no había nacido aún. También el señor Bouvet era un hombre de los tiempos en que el inspector aún andaba a gatas.

La cosa era mucho más sutil de lo que parecía. Él se entendía, miraba las calles, a su alrededor, con otros ojos, imaginaba a los transeúntes vestidos de otro modo, como en 1900 e incluso antes, los coches de caballos, los ómnibus, los faroles de gas.

A sus cincuenta y dos años, el señor Beaupère no se sentía viejo del todo. Le ocurría incluso que en el fondo de sí mismo, cuando se ponía a soñar, tenía la impresión de que era aún niño.

¿Les ocurría lo mismo a los demás?

¿Tomarían a veces al señor Beaupère por un chiquillo?

Era bastante complicado. Volvería a planteárselo cuando tuviera tiempo. Ahora tenía que dar con la vieja del ramito de violetas, y era inconcebible el número de personas solas, la mayoría de condición modesta, que descubría en el barrio. Se podría decir incluso que cada casa tenía la suya, como cada casa tiene su portero, y muchas tenían un mote, un apodo, se hablaba de algunas de ellas con una sonrisa reticente, dejando entender que no estaban muy en sus cabales y refiriéndose a otras con cierta conmiseración a causa de sus dolencias.

Algunas estaban inválidas y no salían de sus habitaciones, pero había otras que, con la misma edad, se cuidaban de la

casa, fregaban pisos o guardaban niños en casas de parejas más jóvenes.

Las había también que se quedaban horas y horas en las plazas, sentadas al sol, aprovechando hasta el último rayo, sin decir palabra, sin pensar.

—Dígame, señora, conoce usted a una señorita, ya mayor, que...

Darí­a con ella, desde luego, a menos que decidieran quitarle el caso y dárselo a otro inspector.

* * *

Las fotografías, recientes aún, estaban sobre la mesa del director, y la señora Lair las miró sin creer necesario manifestar una emoción que no sentía.

—Póngase en mi lugar. Cuando le vi, por última vez tenía veintitrés años. Yo tenía dieciocho. Estoy sorprendida, no obstante, al comprobar qué poco cambia un hombre en toda una vida. Esta foto, por ejemplo, es exactamente él. Sin la cicatriz, no obstante, no me permitiría ser tan taxativa.

Le habían mostrado una ampliación de la pierna desnuda, con la cicatriz claramente visible.

—Se cayó de un árbol cuando tenía catorce años. Estaba jugando con unos compañeros. La pierna derecha cayó sobre un sarmiento y le hizo una herida muy mala. Se le infectó. Recuerdo que estuvo dos meses en cama. Creo que la tibia estaba partida. Fue él quien me lo contó. ¿Puede comprobarse esto?

—Probablemente. Lo haré si es necesario.

—Le ruego me perdone por haber traído conmigo al señor Guichard, pero más que mi abogado, es un amigo. Creí que habría que cumplimentar algunas formalidades y yo de esto no sé gran cosa.

También el director tendría unos cincuenta años. Era un poco más joven que el señor Beaupère.

— ¿Quiere hacerme el favor de hablarme de su familia? Esto quizá pudiera ayudarnos.

— ¿Qué quiere usted saber?

—Todo lo que me diga.

—Quizá haya oído hablar de mi padre. Fundó las Hilaturas Lamblot.

Casi lamentaba no haber traído su álbum de fotos para mostrar a Desiré Lamblot con levita abotonada casi hasta el cuello y la cara larga, aún más larga por efecto de las patillas.

—Tuvo sólo dos hijos, mi hermano y yo. Era un hombre severo, como todos en aquel tiempo, al menos los grandes industriales de Roubaix.

—Supongo que quería que su hijo le sucediera al frente del negocio, ¿no?

—Ni se hablaba de la posibilidad de que pudiera elegir otra carrera. Siempre es así en Roubaix, en Tourcoing, en Lille, al menos entre los industriales laneros.

— ¿Tiene usted hijos, señora Lair?

—Sólo hijas, desgraciadamente. Uno de mis yernos dirige las Hilaturas.

— ¿Qué sabe de su hermano?

—Lo que se sabe normalmente de un hermano mayor, es decir, casi nada. Me impresionaba, primero porque era mayor que yo, luego porque le encontraba guapo y más inteligente de lo que era en realidad. Y además, en mi fuero interno, tomaba partido con él contra mi padre.

— ¿No se entendía con su padre?

—Nunca se entendieron.

— ¿Y usted?

—Consideraba que mi padre era duro. Incluso en casa la vida estaba regulada como en la fábrica, y a los doce años aún no me permitían hablar en la mesa. Cuando mi hermano, ya con diecisiete años, se retrasaba un minuto en bajar a cenar, mi padre le miraba, sin decir nada, y Gastón, sabiendo lo que esto quería decir, subía a su cuarto y se acostaba sin comer.

— ¿Qué estudió?

— Fue a la escuela. Primero era un buen alumno, el mejor de la clase, mi padre lo exigía.

— ¿Lo exigía?

— Sí. También yo fui la primera. Gastón obedecía. Lo hizo, por lo que sé, hasta los dieciséis años más o menos. Luego, bruscamente, retrocedió varios lugares en la clase y tuvo que repetir un año, el último. Al fin pudo pasar el bachiller muy justo.

— ¿Tenía amigas?

— Sí.

— ¿Y le contaba sus aventuras?

— Sí. Yo era sólo una chiquilla, pero él me lo decía todo. Estuvo durante mucho tiempo enamorado de una chica que cantaba en una especie de cabaret, en Lille, cerca de la estación. Cuando se marchó a París, decidió irse con ella, y ya había hecho la maleta.

— ¿Y qué es lo que le impidió marchar?

— Mi madre entró en la habitación y vio el equipaje. No le dijo nada a mi padre, pues le tenía tanto miedo como nosotros, pero Gastón decidió quedarse.

— ¿Era violento, su hermano, arrebatado?

— Al contrario; cuando disputaba con papá, pues al fin hasta se permitía contestarle, era él quien conservaba la sangre fría. Lo que recuerdo mejor es su sonrisa, con un solo lado de la cara, una sonrisa que sólo le vi a él, con la comisura subiéndole ligeramente. Cuando me dirigía esta sonrisa, le hubiera dado de bofetadas.

— ¿La quería?

—No sé. De joven parecía bastarse a sí mismo, como si quisiera vivir al margen de nosotros y de todos los demás. Leía mucho, libros que mi padre quemaba cuando los encontraba, de modo que el pobre Gastón tenía que esconderlos en mi cuarto.

—Me dijo que le hacía confidencias, ¿no?

—Le dije que me contaba sus aventuras. Creo, sin embargo, que no era a mí a quien se dirigía realmente, y que sólo tenía necesidad de comentarlas para sí, como si quisiera acabar de formar su personaje.

Era curioso, desde hacía unos instantes, una ligera sonrisa distendía el rostro de los tres interlocutores. ¿No sería la sonrisa de los dos hombres el reflejo de la de la dama? Las ventanas estaban abiertas de par en par, pero estaban lejos de París, lejos de esta tarde de agosto, en el tiempo y en el espacio.

Tenían una impresión gris, de vieja casa de piedra construida como una fortaleza de patio de escuela, de calles estrechas en las tardes de invierno.

— ¿Qué quiere decir usted con eso de «su personaje»?

—Puedo equivocarme... Los miraba, un poco confusa.

—Creo... Supongo que es frecuente, a todos nos pasa. Llegada cierta edad nos creemos obligados a forjarnos un tipo determinado... Cuando estaba en el convento...

El pudor la contuvo.

—Comprende lo que quiero decir... Sin embargo, en los años que viví con Gastón le conocí varias personalidades sucesivas. A veces era muy cuidadoso de su elegancia y tomaba un aire de intelectual refinado.

— ¿A qué edad?

—A los quince años. Luego creo que empezó a leer novelas rusas y se negaba a limpiarse las uñas, llevaba el pelo largo y miraba a nuestro padre con ojos de odio.

— ¿Tenía amigos?

—No le duraban mucho. Y nunca íntimos. Mi madre intentaba reunir a sus amigos en casa, pero cuando le decía que los invitara, respondía:

—¡Nadie!

Y añadía, según su humor:

—¡Son unos gusanos!

O:

—¡Son marionetas!

— ¿Cuál era su ambición?

—Todas...

— ¿Qué quiere decir?

—Quería serlo todo, sin ambicionar nada en especial. Una cosa era cierta: jamás tuvo intención de ocuparse de las hilaturas, y decía de nuestro padre:

—¡Un esclavo, eso es lo que es! ¡Un esclavo! ¡Y por suerte para él, no se ha enterado!

— ¿Cuándo se fue?

—Vino a París a continuar sus estudios. Mi padre le exigió que hiciera Derecho antes de empezar su aprendizaje en la fábrica.

— ¿Le daba mucho dinero?

—Muy poco. Al principio, Gastón volvía a Roubaix todos los sábados, como papá exigía; luego, cada vez menos, y empezaron las escenas.

— ¿Había cambiado su hermano?

—Es difícil explicarlo. Yo era ya una joven y vivía en un círculo distinto que no interesaba a Gastón. No me contaba ya nada, y apenas respondía a mis preguntas con un «¡Chiquilla!», en tono protector. A veces parecía malhumorado y adoptaba lo que yo llamaba su «cara de anarquista». Otras veces, al contrario, parecía más joven y se complacía en divertirnos con sus farsas.

— ¿Sus relaciones con su padre?

—Supongo que lo que le estoy contando no va a ser publicado, ¿verdad? Tengo aún cierto sentido de la familia. En los últimos tiempos Gastón llamaba a nuestro padre «el viejo hipócrita». Debió de hacer un descubrimiento del que no nos habló sino con medias palabras. Supongo que había un secreto en la vida de nuestro padre, probablemente una aventura. Más tarde se habló en el país de una amante que tenía en Lille, una mujer bastante conocida.

Mi padre ya no se atrevía a mostrarse tan violento, y a veces bajaba los ojos ante sus hijos.

Perdone que le dé estos detalles sin interés. No es alegre el recordar aquellos tiempos. Creo que ocurre lo mismo con muchas familias. Se diría que todo lo bueno de la vida ocurre en la época en que los hijos son jóvenes y que una vez están educados, empieza la desbandada.

Ésta es quizá la razón por la que veo poco a mis hijos y nietos. No hay que mezclar a los jóvenes con los viejos.

Mamá estaba enferma. Un tío nuestro, que vivía en la ciudad, se dio a la bebida y se hablaba de él como de la vergüenza de los Lamblot.

Gastón estaba casi siempre ausente, y sus visitas resultaban molestas, casi nos alegrábamos de verlo marchar.

Entonces, un buen día, sin decir nada...

—Se fue.

—Desapareció. No volvimos a recibir noticias suyas. Mi padre envió al contable a París, a informarse, y el contable no encontró la menor huella de Gastón. Su última dirección era un hotel de la calle Monsieur-le-Prince, donde nos dijeron que vivía con una muchacha cuyo nombre no recuerdo.

— ¿Y la muchacha?

—Desapareció también. Quizá si buscan en sus archivos encontrarán informes sobre la búsqueda que se efectuó entonces. Mi padre vino también a París. Contra lo que esperábamos mi madre y yo, no se puso furioso, pero de la noche a la mañana, casi de una hora a otra, empezó a decaer.

Nuestra primera idea fue que Gastón se habría embarcado, e investigamos en los puertos.

En la Facultad de Derecho nos dijeron que hacía un año que no iba a clase. Había incluso perdido de vista a sus compañeros.

—Es decir, que no sabían nada de sus actividades en París durante el último año...

—Nada. Yo estaba prometida y me ocupaba mucho más de mí misma que de los otros. Lo que tengo más presente es el hundimiento de mi padre, que continuó viviendo como antes, siguiendo estrictamente el horario que se había impuesto, pero ahora parecía más una sombra que un hombre. Realizaba las mismas tareas, pronunciaba las mismas palabras. Supimos, más tarde, por el contable, que había hecho poner anuncios en los

periódicos, no sólo de Francia, sino de varios países extranjeros:

Gastón L. Vuelve. Ningún reproche.

Libertad asegurada.—Désiré,

Siempre creímos que mi madre, que estaba débil desde hacía tiempo, sería la primera en morir.

Aún no había nacido yo cuando ya todo el mundo decía que tenía un pie en la sepultura. El señor Guichard la conoció, pues murió a los noventa y un años, aquí, en París, en mi casa de la Plaza de los Vosgos.

Pero fue mi padre quien murió, de repente, un año y medio después de la marcha de Gastón, y hasta que mi marido pudo hacerse cargo del negocio hubo un montón de problemas con las hilaturas.

—Si no he entendido mal, la última visita de su hermano a Roubaix tuvo lugar hacia...

—Julio de 1897; puedo decírselo exactamente porque tuve tiempo de buscar la fecha. Recuerdo que hacía un tiempo radiante, como hoy.

— ¿Cree usted que él ya estaba dispuesto a marcharse, que sabía que iba a marcharse?

—La verdad es que, desgraciadamente, no puse demasiada atención en él. Yo tenía que salir al día siguiente hacia Le Touquet, donde pasábamos las vacaciones y donde iría a encontrarme mi novio. Son distracciones de las que una sólo se siente culpable cuando no tienen remedio. Para mí, se trataba sólo de una visita pasajera, como todas, una cena silenciosa, pues nuestro padre se mostraba siempre más sombrío cuando él estaba en casa.

— ¿No cree usted que hubo una explicación entre los dos?

—Juraría lo contrario. No eran tipos para andar con explicaciones. No era su estilo.

— ¿Ha considerado usted la cuestión desde el punto de vista legal, señor Guichard?

—Sólo le he dicho dos palabras a mi cliente y amiga, y ella, permítame que hable en su lugar, no quisiera que usted se engañe sobre el motivo de nuestra visita. Los periódicos han hablado de una tal señora Marsh y de su hija, que sería, pues, hija de... Gastón Lamblot.

Era curioso, todo el mundo vacilaba en el momento de pronunciar su nombre, pues no sabían si tenían que decir Lamblot, Bouvet o Marsh. Quizá inconscientemente les molestaba no utilizar el nombre de Bouvet, bajo el que había muerto el inquilino de la señora Jeanne.

¿Acaso no lo había elegido él, como había elegido deliberadamente su manera de vivir, y casi su manera de morir?

—La señora Marsh vino a verme en compañía de su abogado —dijo el director.

—Lo leí en el periódico. Legalmente, su posición es delicada.

—Recibí también, esta mañana, la visita del socio de Samuel Marsh... puesto que bajo este nombre fundó la sociedad de las Minas de Uagi.

Se volvió hacia la señora Lair.

— ¿Sabe que su hermano deja, por lo visto, una fortuna considerable?

—Le aseguro que no me interesa.

—Y, aparte, las novecientas y pico de monedas de oro encontradas en su colchón.

Esto la hizo sonreír, con una sonrisa en la que se transparentaba algo de ternura. Era la única que podía evocar,

tras la silueta del señor Bouvet, del buen hombre que había vivido tanto tiempo en La Tournelle, al muchacho y luego al adolescente que había sido.

—Es probablemente lo que más me sorprende, y, sin la cicatriz, esto es lo que me hubiera hecho vacilar...

— ¿Las monedas de oro?

— ¡En el colchón! ¡No encaja con el tipo de mi hermano!

—Aparte de esta pequeña fortuna, es rico, muy rico, a juzgar por los informes que acabo de obtener de un banco belga. Es casi el único propietario de las minas de Uagi, cuyo valor se estima en más de cien millones de francos belgas.

— ¡Eso encaja mejor!

— ¿Qué quiere decir?

—Que disponiendo de esta fortuna se haya hecho un pequeño rincón de monedas de oro y que haya dormido encima cogiendo una moneda de vez en cuando, a medida que iba necesitando dinero. ¿No comprende?

—En absoluto.

—Debía de seguir sonriendo de ladillo. Era como una farsa, ¿no?

— ¿Cree que a los setenta y seis años seguía manteniendo su gusto por las bromas?

—No creo que se cambie tanto, por viejo que uno sea.

Y sonreía como una chiquilla ante un pensamiento que guardaba para sí sola, y que debía referirse, más que a su hermano, a ella misma.

—Las pretensiones de la señora Marsh son discutibles, y no sé lo que van a decidir los tribunales. Si el matrimonio es declarado nulo, si no se demuestra la paternidad...

—Le ruego, señor director, que me entienda bien. No he venido a reclamar nada. Es justo que si esa joven es realmente hija suya...

—Esto entra en mis terrenos —dijo el abogado—. Dejen esas cuestiones a los hombres de leyes. ¡Ya les ha caído un buen trabajo encima!

La señora Lair se levantó. No había creído necesario ponerse de luto ni quitarse las joyas. Tampoco había llorado. No había dicho nada que pudiera ensombrecer esta conversación, y había casi tanta ligereza en su humor como en el aire de París.

— ¿Podría verlo?

—No sé si está aún arriba.

— ¿Por qué se lo llevaron de su casa? Parecía molesta. Su voz transparentaba un tono de reproche.

—Nos hemos visto obligados a hacerlo. ¿No sabe que la noche pasada alguien entró en el piso?

— ¿Quién?

—Eso quisiéramos saber. La verdad es que no tenemos la menor idea. Alguien entró e hizo una visita minuciosa, e incluso llegó a descubrir las monedas de oro en el colchón.

— ¿Y no se las llevó?

—Parece que no se llevó nada, y eso es lo desconcertante. La portera, que arreglaba todos los días el piso de su hermano durante los últimos años, ha sido interrogada tres veces. Sabe o cree saber todo lo que había en el piso, y hemos procurado refrescarle la memoria. Pero, nada. No recuerda haber visto ningún documento, nada que hubiera podido tentar a alguien. Esta falta de papeles, de documentos, es uno de los rasgos

particulares de este caso. A medida que uno se va haciendo viejo va acumulando un montón cada vez mayor: papeles íntimos, cartas, fotografías. ¡Qué sé yo...!

¿Por qué sonreía de nuevo?

—Pero este hombre de setenta y seis años no tenía nada. Sólo una tarjeta de identidad con un nombre que, ahora lo sabemos, no era el suyo.

—Siempre fue igual. Tenía horror al papeleo, y en cuanto a las fotografías, la única que hay en el álbum de mi madre, un álbum que ella tenía cuidadosamente al día y que trataba con todo miramiento, le ponía furioso.

—¡También son ganas de tener un cementerio en el armario! —decía cuando sólo tenía quince años—. ¡Muertos en la primera página! ¡Muertos en las páginas siguientes! Luego, un montón de gente que aún no ha muerto, pero casi, y otros que estarán muertos un día...

— ¿Cree que tenía miedo de morir?

—A los quince años, sí. También yo a esa edad, y a veces sólo de pensar en la muerte no podía dormir. Si mi padre no me lo impidiera, me habría gustado ir a la cama de mi madre y acurrucarme allí...

¿Tenía aún miedo de morir cuando vivía en I Quai de la Tournelle? Posiblemente ya no, pues, a pesar de su débil salud, vivía solo.

—¡Oiga! ¿Identidad judicial? ¿Tienen aún el cuerpo de Rene Bouvet? ¿Que se lo llevaron hace una hora? Gracias, Benoit.

Se excusó.

—Temo que si quiere verle va a tener que ir al Instituto médico-legal. No será un espectáculo agradable.

—Iré —dijo ella.

Y añadió:

—Supongo que puedo ver también su piso...

—Han puesto sellos. Pero si quiere, le diré a uno de mis hombres que la acompañe. ¿Quiere ir hoy?

—Si no le molesta demasiado... Se volvió hacia el abogado.

—Mientras tanto podría ir usted haciendo algunas gestiones, ¿no?

Y volvió a preguntar:

— ¿Es realmente tan desagradable esa señora Marsh?

— ¿Quién se lo ha dicho?

—Lo comprendí leyendo el periódico.

—Debió de ser muy hermosa —dijo el director sin comprometerse, pero con un gesto vago que podía significar un asentimiento—. ¿Van a ir ahora al Quai de la Tournelle?

—Si me lo permite...

El señor Beaupère no estaba allí, si no, hubiera sido el acompañante de la señora Lair. Había llegado a la Rue Minage e iba a empezar por el arrabal Saint-Antoine sin cuidarse de la tormenta que se anunciaba, de las súbitas ventoleras que alzaban el polvo de las calles y que, en el Sena, debían levantar pequeñas olas que golpeaban contra el casco de las barcazas.

— ¿Está usted libre, Jussiaume?

El director salió un momento para dar instrucciones al inspector mientras, asomada a la ventana, la señora Lair miraba enfrente, el muelle donde su hermano había vivido.

Se habría dicho que estaba satisfecha como una muchachita ante esta aventura un tanto maravillosa como las que le gustaban años atrás cuando su hermano le contaba que había

entrado por la ventana a las tres de la madrugada.

Había vivido una existencia apacible, la mayor parte de ella en Roubaix, siempre en los mismos escenarios, con los mismos muebles, con las mismas preocupaciones. Su marido era un buen hombre que no la había hecho desgraciada. Había educado a sus hijas y ahora era ya abuela.

¡Y el tiempo parecía tan corto! Hasta el punto de que se preguntaba si eran verdaderamente sus nietas las que estaban hoy en el convento —el mismo convento donde ella se había educado— y con la mayor, que ya pensaba en casarse.

Y ahora volvía a encontrar a Gastón, como si todo hubiera sido un sueño. Gastón, que no los había tomado en serio, que no se tomaba nada en serio, que se había burlado de todos escapándose una vez más por la ventana.

—El inspector Jussiaume la espera, señora. No creo necesario recomendarle que no toque nada...

—Se lo prometo.

No pudo evitar una sonrisa al ver los ojos de muchachita de la vieja dama. El muerto no estaba muerto, eso era lo extraordinario. Se hubiera dicho que era verdad y que no era sólo ella quien lo sabía; que todo el mundo lo había sabido desde el primer momento.

Nadie se había tomado el caso por lo trágico. El señor Bouvet había caído en la acera, entre los grabados de Epinal. El muchacho norteamericano no había dudado un momento y había tirado una fotografía porque aquello era más pintoresco que las torres de Notre-Dame. Y el periódico había publicado la foto porque era precisamente uno de esos muertos que no asustan a los lectores, que no los entristecen.

La misma señora Jeanne, al arreglar al muerto con ayuda de la señora Sardot, había hablado al cuerpo como si estuviera vivo.

—Gracias, señor director.

—Y el abogado:

— ¿Me perdona que no le acompañe? Quisiera charlar un momento con el señor Guillaume.

¿Tempestad? Acaso no. Había ventoleras cálidas, rachas más frías. El taxi estaba descubierta. El inspector, que tenía unos cuarenta años, no se atrevía a encender el cigarrillo.

—Fume, por favor.

Tenía ganas de conocer a aquella portera que arreglaba el piso de su hermano, convencida de que se iba a entender muy bien con ella.

VII

Inmediatamente después de la marcha del abogado, con quien había discutido la situación desde el punto de vista técnico, el director pidió a Lucas que fuera a verle.

—Creo que el tal Bouvet está identificado —le dijo—. O yo me engaño mucho, o es su hermana la que estaba en mi despacho hace un momento.

Luego, cuando hubo relatado la entrevista al inspector:

—Vamos a tener que ponernos en contacto con Roubaix. Desde luego, no basta que una anciana señora venga diciéndonos mientras indica una fotografía: «Es mi hermano. No lo vi desde 1897, pero tenía la misma cicatriz en la pierna derecha».

—¡Sesenta y seis años! —suspiró Lucas.

— ¿Qué quiere decir?

—Nada. Voy a telefonar a la brigada móvil de Lille para que busque, en Roubaix y en la región, a todos los viejos que en su tiempo hayan podido jugar a bolas con el chiquillo de los Lamblot. Es posible que la escuela conserve la lista de antiguos alumnos, y esto nos ayudará. Por mi parte, iré a echar un vistazo a los archivos de la Facultad de Derecho y encontraré sin duda algún viejo abogado o notario que haya sido compañero de curso de nuestro hombre. Su edad simplifica las cosas, no hay que buscar por debajo de los setenta y cinco años, digamos setenta y dos, y a esta edad ya queda poca gente.

—Esto nos daría también indicaciones sobre lo que pudo hacer entre los veintitrés y los veinticuatro años, edad en la

que parece que abandonó París, hasta los cuarenta y cinco años, edad en que, convertido ya en Samuel Marsh y poseedor de una importante fortuna, se casa en Panamá.

— ¿Cree usted que esta vieja es sincera?

—Estoy convencido, pero puede equivocarse.

—Me sorprendería mucho si dentro de unos días no tenemos varias personas más que dicen haberle reconocido. Los periódicos han hablado de piezas de oro... ¿recuerda el caso del amnésico que tenía cien mil francos en su cartera? ¡Y eran sólo cien mil francos! Cinco mujeres se lo disputaron ferozmente.

—No creo que sea éste el caso de la señora Lair. Quizá el asunto de la entrada nocturna en el piso nos dé alguna información.

—Lo dudo. Pasé toda la mañana estudiándolo y no estoy más avanzado que al principio. ¿Sabe qué impresión he acabado por tener? Que este trabajo se parece mucho a uno que hicieron en la calle Saussaies.

Guillaume sonrió. Había una vieja rivalidad, por no decir más, entre la Policía Judicial y la calle de Saussaies, es decir, la Sûreté Nationale. Verdad es que la gente de Saussaies no era exactamente como las del Quai des Orfèvres. Se ocupaban más bien de los asuntos políticos. Era el caso, a veces, de un senador o de un diputado en cuya casa había entrado alguien, y las gentes del oficio sabían lo que quería decir esto.

—Entiéndame, jefe. Se trata de un trabajo de profesional. Por una parte, el hombre ha tomado todas las precauciones para no dejar ninguna huella que pudiera permitir su identificación. Un ladrón habría hecho lo mismo, pero no

habría dejado las monedas de oro. Además, no se cuidaron de impedir que esta visita nocturna fuera conocida, cosa que hubiera resultado fácil. Fíjese que se trata sólo de una impresión, una intuición.

—Sería curioso, ¿no?

—Desde luego, no fue el vagabundo quien entró en la casa. No tendría ni con qué comprar los guantes de goma que utilizaron y que me han traído hace un rato. Los encontró un chiquillo en el muelle, a ciento cincuenta metros de la casa. Tampoco me imagino a la señora Marsh demostrando la sangre fría suficiente para realizar este trabajo. Pensé en su hija, en su yerno.

— ¿A qué se dedica el yerno?

—Vende cuadros. Sería quizá el único sospechoso posible. La pareja vive bien, gasta mucho, tienen en Passy un piso moderno cuyos muebles no han pagado. Llevan dos años de retraso en el pago de los impuestos. Deben a todo el mundo, y comen a menudo en los restaurantes de los Campos Elíseos, en los más caros, y se pasan la noche en las salas de fiestas. Ya conoce el tipo...

—Sí.

—En su galería no hay ninguna primera firma. Sólo tienen cuadros viejos más o menos auténticos, pero no telas de maestros importantes, aparte de algunos esbozos, apuntes, piezas no firmadas y dudosas. Desde hace tres años esperan la fortuna de un día al otro. Han encontrado, según dicen, un Rembrandt desconocido, y toda su actividad, todas sus esperanzas, se basan en el cuadro. No sé de dónde ha salido ni a quién pertenece realmente. Primero tuvieron que hacerlo

autenticar por expertos, y esto costó meses. Acabaron por encontrar dos que aceptaron reconocer la tela como un Rembrandt, pero son expertos de segunda fila.

Ahora andan buscando comprador. Por eso salen tanto. Van sobre todo a los lugares donde pueden conocer a millonarios americanos, y han enviado fotografías del cuadro a Nueva York, Boston y Chicago. Parece que no sé qué museo de por allá está decidido a comprárselo por cien mil o doscientos mil dólares si tres de los más destacados expertos norteamericanos se ponen de acuerdo sobre su autenticidad.

Como ya le he dicho, hace tres años que dura esto. Tres años en los que de una manera u otra viven esperando que la semana que viene sea la buena. Uno de esos expertos pasó por París y no dijo ni sí ni no. El otro va a llegar de Bruselas dentro de unos días. Fíjese que se trata de un asunto en el que no hay que hacer mucho ruido, pues, de lo contrario, el gobierno no dejaría salir el cuadro de Francia. Esto es lo que me hace pensar que quizá el marido, ese Frank Gervais, pudo ser el que entró en el piso con guantes de goma. Pero hay algo que no encaja: tal como andan de dinero, no iban a despreciar las monedas de oro...

—A menos que haya visto seguro que es su mujer la que va a heredar.

—Sí, claro. También se me ocurrió eso. De todos modos no fue él, pues Murette comprobó el empleo de su tiempo. No podía estar en el Quai de la Tournelle aquella noche. La dama que estaba hace un momento en su despacho parece que tampoco. Nos queda la vieja del señor Beaupère.

— ¿Ha dado con ella?

—Aún no. Pero la encontrará. Y otras van a aparecer por propia iniciativa. ¡Y yo que tenía que irme de vacaciones dentro de tres días! ¡Si ese maldito estudiante no hubiera tirado su foto! ¿No tiene la impresión de que ese Bouvet, o Lamblot, o como se llame, se pasó la vida burlándose de todo el mundo?

Lucas iba a irse, gruñón, quizá no muy enfadado en el fondo, aunque le gustaba poner cara enfurruñada, cuando le detuvo el timbre del teléfono.

— ¿Sí? Soy yo, sí...

Esperó cerca de la puerta a que el jefe acabara la conversación.

— ¿Está seguro? ¿En qué año? ¿En 1897...? ¡Diablos! Vea los sumarios... Que me bajen la ficha...

Cuando colgó, se quedó mirando a Lucas con ojos maliciosos.

—Ahí arriba hacen su trabajo a fondo, aunque no saben exactamente de qué se trata...

Como les habían dado un cuerpo, lo habían sometido a todas las pruebas de rutina y, contra lo que se esperaba, la comprobación de huellas digitales había dado resultado.

—Tenía ficha en nuestros archivos desde 1897. Es una de las más viejas, e incluso es posible que las huellas hayan sido tomadas por Bertillon en persona.

No tuvieron que esperar mucho. Un empleado les trajo una ficha en la que se veían tres huellas dactilares poco claras, y el señor Guillaume la volvió inmediatamente, ansioso por leer lo que ponía al dorso.

Asunto Mancelli, 28 de febrero de 1897. Huellas encontradas en el cuchillo que sirvió para cometer el asesinato. El arma ha sido depositada en él almacén.

No había nadie en la casa que pudiera recordar el asunto Mancelli. Los que habían podido conocerlo estaban muertos o jubilados desde hacía tiempo.

La ficha resultaba además bastante conmovedora, pues era de un formato que no se empleaba ya desde hacía mucho tiempo y, tal como había dicho el director, posiblemente las huellas habían sido tomadas por Bertillon en persona cuando acababan de confiarle el servicio de Identificación Judicial.

Sonó el teléfono de nuevo.

— ¿Sí...? Sí... ¿Está seguro...? Gracias...

—Lástima —dijo a Lucas—. Debió existir un dossier Mancelli, pero no está en el archivo.

—Enviaré a alguien al Palacio de Justicia.

—Y allá se pasarán ocho días revolviendo los desvanes. Creo que recibiré información más rápida mirando las colecciones de periódicos de la época.

Sonrió con una idea repentina.

—Me pregunto cuál va a ser la actitud de las mujeres ahora. La señora Lair debe de estar aún en el Quai de la Tournelle, sin pensar que su hermano, al que acaba de reconocer tan alegremente, dejó tiempo atrás sus huellas sobre un cuchillo y fue buscado por la policía.

Estaba allí, en efecto, en compañía del inspector, al que muy pronto había logrado quitarle su rigidez y su aire profesional, y que se encontraba ahora muy a gusto a su lado. Fue la señora Lair quien llamó a la portería de la señora Jeanne y le dirigió una graciosa sonrisa melancólica.

—Perdone que la interrumpa...

La frase no estaba fuera de lugar, pues acababa de cortar una

escena matrimonial en la que Ferdinand, que no se quitaba la borrachera de encima desde hacía dos días, había llevado las de perder.

—Soy la hermana de su inquilino y, sabiendo lo que hizo usted por él, me gustaría que habláramos un rato. Pensé que quizá tuviera la bondad de subir conmigo a su piso. Este señor es un inspector. Nos abrirá la puerta.

La portera cerró la cortina de la alcoba, en la que había obligado a Ferdinand a acostarse de nuevo; se puso un delantal limpio, luego cerró la puerta de su casa y se guardó la llave.

Desconfiaba aún un poco, pero esta dama no se parecía a aquella americana desencadenada y, según su propia expresión, «ésta le hablaba como a una persona humana».

— ¿Quiere que le enseñe el camino?

No le sorprendía que el señor Bouvet fuera hermano de una dama como la señora Lair, e incluso en el fondo no dejaba de halagarla.

—Es una pena, pero lo va a encontrar todo desordenado allá arriba. Estos señores no me permitieron arreglarlo. ¡Si supiera qué tristeza tuve al ver que se lo llevaban! Quizá ahora que ya saben quién es nos lo devuelvan, ¿no? Hará usted algo, supongo...

El inspector seguía, silencioso, comprendiendo que era asunto de mujeres y que a él nadie le daba vela allí. Lo mejor era, pues, quedarse lo más borroso posible. Quitó delicadamente los sellos de la puerta y se quedó cerca, sin entrar en el piso, donde el sol penetraba a oleadas.

—¡Estaba esto tan bien la semana pasada...! Pero, dígame, ¿está segura de haberlo reconocido?

—Estoy segura. Hace mucho tiempo que no lo había visto, pero la cara de la gente no cambia tanto como se cree, y recuerdo muy bien la cicatriz.

—También yo la vi, porque cuando estuvo enfermo, el año pasado, fui yo quien lo cuidó, y tenía que lavarlo todas las mañanas...

—Debía de quererla mucho, ¿verdad?

* * *

Lucas se había hecho llevar en taxi a la redacción de un gran diario de París, en el Boulevard Poissonnière. Cuando pidió que le dejaran ver las colecciones, le llevaron a una habitación totalmente cubierta de inmensos tomos encuadernados en negro, pero pronto se dio cuenta de que sólo contenían colecciones de periódicos del 1900 o más recientes.

Tuvieron que ir a buscar a un secretario, y esto exigió cierto tiempo. No encontraban la llave que necesitaban, y, al fin lo llevaron por una escalera de caracol, que daba la impresión de estar entre los bastidores de un teatro, hacia una región fría y gris del edificio.

—Debe de estar aquí. Cuidado con el polvo.

Olía gratamente a papel viejo, a moho, y los periódicos, de un formato al que ya no se está habituado, aparecían llenos de anuncios de productos que no existían desde hacía mucho tiempo, pero de algunos de los cuales Lucas había oído hablar en su juventud.

—El administrador le ruega que los trate con cuidado. El papel, con el tiempo, se ha vuelto muy frágil. Yo estaré aquí para ayudarle. ¿Qué fecha quiere?

—28 de febrero de 1897.

En el periódico de aquel día no había nada más que una interpelación en la Cámara. Se hablaba de un tal Briand y de las Congregaciones. Los sucesos estaban escritos en caracteres muy pequeños, sin titulares, uno tras otro, en la misma página que el folletín de Pierre Decourcelle.

—Mire el periódico del día anterior.

Lo encontraron. El título era también de otra época y evocaba un París que Lucas no había conocido, pero del que había oído hablar a su padre y a los viejos de la Policía Judicial.

QUERELLA DE APACHES

Un tal Pierre Mancelli, sin profesión, condenado varias veces por vagabundaje y rufianismo, ha recibido una puñalada en el pecho, ayer, a medianoche, cerca del Moulin de la Galette. La escena se desarrolló rápidamente en la oscuridad. Por lo que se puede juzgar a partir de varios testimonios, Mancelli estaba acechando a una pareja a la que se acercó en el momento en que abandonaban el célebre establecimiento. Se inició una breve disputa, seguida de lucha, y cuando los transeúntes pudieron acercarse encontraron a Mancelli con un cuchillo en el pecho, bañado en sangre. Murió media hora después, en el hospital, sin haber podido hablar.

En cuanto a la pareja, que se alejó corriendo por las callejuelas de Montmartre, no pudo ser hallada, y la policía ignora aún su identidad.

La policía cree que se trata de un arreglo de cuentas. La investigación prosigue.

En los días siguientes no había nada. El asunto era poco sensacional y apenas atrajo la atención de nadie.

Lucas dejó el periódico, salió a la calle y en un taxi se dirigió a la comisaría de policía del distrito XVIII, pero no guardaban expedientes tan antiguos.

—Quizá el viejo Louette se acuerde... —le dijeron divertidos.

— ¿Quién es ése?

—Trabajó aquí cincuenta años. Se retiró hace sólo siete y sigue viviendo en el barrio, al lado de la calle Lamarck. De vez en cuando, si no puede dormir, pues padece insomnio, viene a echar una partida de cartas con los hombres de guardia y a contarles sus historias. Muchas veces nos habla de casos como ése.

Fue a la calle Lamarck. No creía que valiera la pena, pero no quería dejar nada al azar. El viejo Louette vivía aún, y tenía más o menos la edad del señor Bouvet, pero se había marchado ocho días antes para pasar unos días en casa de su hija, en Rambouillet.

En el Quai de la Tournelle las dos mujeres acabaron por olvidarse de la presencia del inspector, que estaba charlando en el rellano con el chiquillo de los Sardot. La señora Lair había tenido el tacto de ser la primera en romper el hielo.

—Creo que era feliz —le decía la señora Jeanne—. No era lo que se puede decir un hombre alegre, ya sabe, de esos que están siempre contando chistes. Pero daba la impresión de que vivía feliz. Ni su salud parecía preocuparle. Le pregunté varias veces por qué no iba a ver a un médico, y le recomendé el nuestro, que es muy bueno, y no muy caro. Me contestó que se conocía mejor que todos los médicos del mundo y que su salud

no le preocupaba.

»El año pasado, cuando estuvo malo, quise saber si había que avisar a alguien.

»—A nadie —me contestó—. ¿Para qué?

»Mire los tres sillones. Están casi exactamente en su sitio. Siempre quería que estuvieran en su sitio, porque, según el sol, se sentaba en uno u otro. Por las mañanas, por ejemplo, se sentaba en éste.

»Tenía manías, como todo el mundo, pero que no hacían mal a nadie. Era muy exigente con el café y si había una gota en el platillo se molestaba.

»Era muy limpio, muy detallista. Jamás vi un hombre tan limpio.

»Le gustaba prepararse la comida del mediodía y cuando yo subía, no había ni una miguita de pan en el suelo.

»En cuanto a los grabados...

— ¿Nunca le dijo cómo había vivido antes de venir aquí?

—No. Pero recuerdo su angustia cuando los alemanes se acercaban. No había creído que llegaran a París. Mientras duró su avance se pasaba fuera de casa de la mañana a la noche. No sé adonde iba, pero parecía mejor informado que los periódicos.

»Una mañana, hacia las once, cuando apenas acababa de salir, volvió a toda prisa y me dijo que subiera con él para ayudarlo a preparar la maleta.

»Otros inquilinos se habían ido ya. En las estaciones había un barullo espantoso. No sé si estaba usted entonces en París, quizá se acuerde.

»No sé por qué, pero me sorprendió que se fuera así. Yo

estaba triste, la verdad, creía que se iba a quedar con nosotros.

»— ¿Pero adonde se va a ir, señor Bouvet? No le van a hacer nada a un hombre de su edad...

»Ni siquiera me contestó y le vi marchar con su maleta en la mano, pues era imposible ya encontrar un taxi.

»Durante toda la guerra no tuve noticias de él. Tampoco envié dinero para el alquiler, pero yo estaba tranquila y subía de vez en cuando para arreglar el piso, pues sólo se había llevado alguna ropa blanca y un traje.

»Una mañana, un hombre de pelo liso y con un abrigo grueso —era invierno— llegó preguntando si el señor Bouvet estaba en casa.

»No sé por qué, pero desconfié de aquel hombre. No tenía acento extranjero, pero me di cuenta de que no era francés.

»Intentó hacerme preguntas, pero le contesté con evasivas, ya sabe...

Parecía como si dijera:

«¡También usted es mujer y ya entiende cómo nos las arreglamos en casos parecidos...!»

Al oír un rumor corrió al rellano, se inclinó sobre el hueco de la escalera y gritó con una voz aguda que nadie hubiera sospechado en ella:

— ¿Qué pasa? No. No están aquí. Están de vacaciones. ¿Que cuándo van a volver...? El 28 de septiembre...

Sonrió al pasar al policía, que estaba sentado en un escalón con el chiquillo.

—Como por casualidad, tres días después, vino otro, pero éste tenía acento alemán. Y a la mañana siguiente llegó un auto de la kommandantur y se paró delante de la casa. Bajó un

teniente con tres hombres de uniforme.

»Apenas me dijeron palabra. Sabían adonde iban. Subieron a toda prisa. Yo les seguía. Cuando vi que iban a derribar la puerta, les dije que tenía la llave, y esperaron hasta que volví con ella.

»Pero no me dejaron entrar. Me dieron con la puerta en las narices. Se quedaron cuatro horas allí, haciendo Dios sabe qué, porque había tan pocas cosas entonces como ahora.

»Al fin, el teniente bajó, y entró en la portería y se sentó sin que nadie lo invitara. Hablaba algo de francés.

»Empezó a preguntarme sobre el señor Bouvet. Repetía siempre:

«— *Ya sabe usted, señora...*

»Pero aunque lo supiera, no le diría nada.

»Era alto, rubio, guapo, como si llevara un corsé, muy tieso...

»Llamó a otro, que se había quedado en el auto, y empezó a registrar mis cajones. Me llegaban cartas de la zona libre, donde se habían refugiado varios inquilinos. Se las llevó todas.

»Y, créalo o no lo crea, volvieron tres veces, como si la cosa les preocupara,

»Esto me divertía en el fondo, porque demostraba que el señor Bouvet no les tenía gran estima que digamos...

»Pero, al mismo tiempo, estaba inquieta. No sabía si había pasado al otro lado y no le vi llegar hasta tres meses después de la liberación, en un camión que venía de la Dordoña lleno de refugiados.

— ¿Y qué le dijo?

— Nada. Me preguntó si su piso seguía libre y si yo no tenía demasiada hambre.

— ¿Y cuando le dijo lo de las visitas de los alemanes?

—Se sonrió. Parecía como si le divirtiera. Me contó después que había pasado la guerra en una granja de la Dordoña, parece que les ayudaba a cultivar el campo, pues tenía las manos llenas de callos y llevaba aún unas botazas de campesino. Me habló mucho de la mujer de la granja, hasta estaba un poco celosa. Pero ahora supongo que nos lo van a devolver, ¿no? Si es su hermano, no tienen por qué quedárselo... Su mirada parecía desafiante.

— ¿No cree que estaría mejor aquí para...?

No encontraba la palabra. Le costaba decir: las exequias. Decir entierro le parecía demasiado vulgar.

—Mi abogado debe andar ocupándose de eso. No creo que las cosas vayan tan rápidas. Mi testimonio no ha bastado y habrá que buscar otros.

—¡Ah!

—El médico que lo cuidó cuando cayó del árbol ha muerto, desgraciadamente. Pero vivirán, creo yo, algunos de sus compañeros de clase.

— ¿Cree que realmente se casó con esa mujer?

—Es posible. Incluso es probable...

—Pero la ha dejado, ¿no? Entonces...

El inspector, de pie bajo el marco de la puerta, tosía más o menos discretamente, y la señora Jeanne aprovechó la ocasión, aunque no estuviera allí el cuerpo, para cerrar las ventanas y las contraventanas.

Se precipitó hacia la cama. Se conmovió al ver que la señora Lair la estaba haciendo.

—Si no hubiera sido tan charlatana... ¿Va a poner los sellos,

inspector?

—Ésas son mis instrucciones.

—Cuando pienso que fui yo quien tiró del cordón dos veces sin darme cuenta...

En el rellano, se dirigió al joven Sardot.

— ¿Sabes quién es esta señora? Pues la hermana de tu gran amigo, el señor Bouvet. Dile buenos días...

Y el chiquillo, tendiéndole la mano:

—Buenos días, señora Bouvet.

* * *

La lluvia empezó a caer a las cinco y media, con gotas anchas y pesadas que rebotaban en los adoquines antes de aplastarse como manchas negras. Al mismo tiempo, los truenos gruñían por el lado de Charenton y una ventolera alzaba el polvo y se llevaba los sombreros de los transeúntes, que se echaban a correr tras ellos y que, después de unos instantes de desconcierto, se metían al abrigo de una puerta o bajo los toldos de las terrazas.

Los frutereros del arrabal Saint-Antoine escapaban con el delantal o con un saco en la cabeza, arrastrando los carretones. Ya empezaban a formarse arroyos a ambos lados de la calzada. Cantaban las cloacas. Se veía a la gente cerrando a toda prisa las ventanas.

El señor Beaupère había encontrado abrigo en un portal oscuro, entre un frutero y un carnicero, y leía maquinalmente las placas clavadas al muro. Había en el primero un dentista, malo sin duda, en el segundo una masajista, y, en algún lugar indeterminado de la casa, alguien que hacía flores artificiales, había interrogado a más de cuarenta mujeres, pero unas eran

pequeñas y flacas, las otras no salían jamás de sus casas, otras, en fin, le miraban con estupor cuando les hablaba del Quai de la Tournelle.

— ¿Y qué es lo que iba a hacer yo allá? Hubo incluso una que le respondió en una

lengua que no conocía y que supuso que sería polaco.

Él iba tachando las direcciones de su carnet y, como la lluvia le impedía seguir circulando, se hundió en el corredor al cabo del cual había un patio, y una nueva placa de esmalte con la palabra «portero».

A causa de la tempestad, casi parecía de noche. Habían encendido una mala bombilla que daba una luz vacilante.

Entró, vio a una mujer tendida en la cama, otra que sólo era una masa negra, en un rincón, con un cubo ante ella, donde iba dejando caer las patatas que pelaba.

—Policía Judicial.

Un olor nauseabundo reinaba allí, un olor a sudor y medicamentos que le recordaba su operación de apendicitis.

—Mire a ver qué quiere, señora Blanche —dijo una voz débil desde el fondo.

Y una voz extrañamente infantil preguntó:

— ¿Qué desea?

Ni siquiera se le había ocurrido mirarla. Tenía que acostumbrarse a aquella iluminación.

—Quiero preguntarle sólo si no tiene en la casa una inquilina de cierta edad que se viste de negro y que tiene los pies malos.

En el momento en que decía esto miró los pies de la mujer, que se había quitado las zapatillas dejándolos ver enormes, informes en las medias de lana negra.

— ¿Vive usted aquí? —preguntó.

Y, como la mujer no respondiera, fue la vieja que estaba allá en el fondo, tendida en la cama, la que contestó:

—Vive aquí, sí. Desde hace treinta años. Me echa una mano de vez en cuando. ¿Qué le quiere?

Los truenos cubrían a veces las voces. La luz vacilaba. La electricidad parecía a punto de cortarse. La vieja le miraba, con miedo, el cuchillo en una mano, una patata medio pelada en la otra.

Tenía la cara como una luna llena, ojos sin brillo, labios sin color, como si toda la cara estuviera modelada en la misma materia.

— ¿Conocía usted al señor Bouvet? —le preguntó sin más.

Tuvo la sensación de que habían acabado al fin sus paseos por el barrio. Levantó la cabeza. Lo miraba, asombrada, y dijo:

—Ha muerto.

— ¿Lo conocía? Y dijo:

—Le llevé flores.

—Lo sé.

—Vi su foto en el diario y lo reconocí inmediatamente.

Jamás había oído una voz como aquélla, pálida como su rostro, impersonal. Se volvió hacia la cama como para pedir consejo, asustada de responder a las preguntas de aquel hombre.

— ¿Lo vio por última vez hace mucho?

—Mucho, sí.

— ¿Veinte años?

—Más.

— ¿En París?

—Sí.

— ¿Y lo volvió a ver en otra parte?

—Me fui a Bruselas con él, y vivimos allí un año. Quizá menos, no sé...

— ¿Se llamaba ya Bouvet?

—No. Jamás oí ese nombre. Lo leí por primera vez en el diario. Pero es él.

— ¿Cómo se llamaba cuando usted le conoció? Inquieta, miró de nuevo hacia la cama.

—Creo que será mejor que le conteste, señorita Blanche.

—Cambió de nombre.

— ¿Cuándo?

—Cuando nos fuimos de París.

— ¿Con qué nombre le conoció usted primero?

—Gastón... Gastón Lamblot...

— ¿Y luego?

—Se llamaba Pierron.

— ¿Por qué?

—No sé.

— ¿Y usted?

—En Bruselas me llamaban señora Pierron.

— ¿Estaban casados?

Vaciló. No había dejado la patata ni el cuchillo, y el señor Beaupère tenía miedo de que se cortara.

—No, pero la gente creía que sí.

— ¿Qué gente?

—La del café.

No era mala voluntad. Respondía sinceramente a las preguntas, pero las ideas le llegaban lentas, eran ideas sencillas

que no sabía expresar de otra manera.

— ¿Trabajaba en un café?

—Yo servía, y él estaba en la bodega.

— ¿Está segura de que me dice la verdad? ¿Está segura de que no se casaron?

—Sí, pero decíamos que lo estábamos.

— ¿Tuvieron algún niño?

Alzó la cabeza con aire de asombro, luego con tristeza.

— ¿Qué ocurrió luego?

—Se fue.

— ¿Por qué?

—Se fue. No sé.

— ¿Adonde fue?

—No lo sé.

Era inútil buscar un teléfono en la portería, y el señor Beaupère, preocupado, se resignó a mojarse para llegar hasta el bar más cercano.

—Tráigala —dijo el señor Guillaume.

—Es que no sé si voy a poder.

— ¿Está enferma?

—No. Es la portera la que está enferma. Elle la cuida.

—Vuelva junto a ella, y espere ahí. Le envió a alguien.

No bebió nada, se contentó con meterse en la boca un cigarrillo de mentol, y, levantando el cuello de la chaqueta, salió corriendo bajo los balcones. Tenía las suelas agujereadas y los zapatos le cogían agua.

—Van a mandar a alguien —anunció.

Y la mujer que pelaba las patatas, preguntó sencillamente:

— ¿Para qué?

VIII

Ya en el Instituto Médico-Legal, donde también estaban encendidas las luces, pareció como si no supiera dónde estaba. Probablemente creyó primero que estaba en un edificio administrativo, pues a causa de los cajones numerados aquello tenía un raro aspecto de almacén al por mayor.

La acompañaba el señor Beaupère. Habían enviado una enfermera, que se quedó con la portera. No sólo en aquella portería el día estaba casi negro, sino en todo París. Las nubes se habían amontonado, tan apretadas, de un gris tan sombrío, que parecía un anochecer de invierno. Y la lluvia, que seguía cayendo tan espesa, limpiando las calles de transeúntes, no llegaba a vaciar el cielo.

Estaban mojados los dos, aunque hubiesen llegado en taxi. Y pasaba algo curioso: la señorita Blanche se había cubierto con un sombrerito negro a la vieja moda, un sombrerito que sólo le cubría parte de la cabeza, y el pelo se le había rizado formando una aureola de una materia casi tan impalpable como la que se usa para imitar la nieve en los árboles de Navidad.

El descubrir que aquellos cajones metálicos contenían cadáveres la había dejado tan estupefacta que se quedó un momento sin reaccionar. Luego, poco a poco, fue comprendiendo, y su mirada se clavó en el rostro del señor Bouvet mientras apretaba los dedos como si tuviera en ellos un rosario.

No dijo nada. El señor Bouvet, aquí, no tenía la misma fisonomía que en el piso del Quai de la Tournelle ni en el Quai des Orfèvres. Ya no tenía siquiera fisonomía. Era sólo una

forma, rasgos vagos, y a nadie se le hubiera ocurrido ver una sonrisa en el pliegue de sus labios.

El guardián esperaba para cerrar el cajón, y la señorita Blanche seguía mirándole con sus ojos incoloros, que se llenaban lentamente de agua. Ahora debía de ver turbio, como si lo contemplara a través de las gotitas de agua que temblaban en su cabello. Sus labios se movían en el vacío.

Las lágrimas fueron resbalando, buscando su camino en el rostro y haciendo un largo zigzag antes de llegar al mentón.

— ¿Le reconoce?

Movió la cabeza afirmativamente y las lágrimas se agolparon en sus ojos. El señor Beaupère la cogió del brazo, suavemente, torpemente, para hacerla retroceder mientras volvían a cerrar el cajón.

El taxi les esperaba en la puerta, pero, antes de salir, la señorita Blanche lanzó una mirada furtiva a los otros cajones que contenían muertos también, como si esperara que los fueran a abrir todos.

Los pies dejaban marcadas sus huellas sobre las baldosas. Tuvieron que atravesar la cortina de lluvia antes de encontrarse al abrigo en el taxi, y se mojaron de nuevo en el Quai des Orfèvres.

Allí, como para desconcertarla aún más, la alejaron del hombre al que ya había tenido tiempo de habituarse y que tenía quizá algunos puntos comunes con ella.

¿Creían acaso que el señor Beaupère carecía de la sutileza necesaria para llevar el interrogatorio? ¿Se basaba la separación en el hecho de que estaba especializado en las búsquedas en interés de las familias y el asunto parecía

convertirse en algo muy distinto?

—Voy a relevarle, señor Beaupère. Vuélvase a casa y procure ponerse ropa seca.

No insistió. No tenía ganas de volver a su casa. No estaba cansado. La señorita Blanche le siguió con mirada desolada, como si la estuviera traicionando al dejarla sola con aquel desconocido.

Lucas, sin embargo, no era malo. La P.J. era ahora menos impresionante, cuando todo el mundo se había marchado ya. Por la tarde, la mayor parte de los despachos estaban vacíos y las puertas quedaban abiertas sobre el gran pasillo desierto. En una bandeja había varios vasos vacíos y otro de cerveza casi lleno que el inspector se bebió de un solo trago.

Empezó con un pequeño discurso, después de haber hecho sentar a la vieja señorita en un sillón de terciopelo rojo.

—Comprende usted que no vamos a hacerle nada malo, ¿verdad? Pase lo que pase, dentro de un rato la llevaremos a su casa, donde una enfermera, una enfermera muy competente, muy buena, está cuidando a la portera.

Ella dijo, sin mover apenas los labios, sin que pareciera que pensaba lo que decía, ni siquiera que pensara nada:

—Gracias, señor.

—Habría podido llamarla mañana, pero hay tanta gente interesada en el asunto que cuanto antes quede aclarado, será mejor. ¿Tiene hambre?

—No, señor.

— ¿Y sed? Bueno. ¿Quiere que cierre la ventana?

La ventana estaba abierta sobre el día gris, mientras la tempestad y los grandes relámpagos parecían morir sobre el

Sena, como si el rayo cada vez cayera allí, iluminando por un momento el puente por donde pasaban los taxis y los autobuses, pero de donde habían desaparecido las siluetas humanas.

— ¿No le da miedo la tempestad?

No se atrevió a decir que sí, pero él lo comprendió y cerró la ventana, corrió las cortinas, se sentó delante de ella y encendió un cigarrillo.

—Usted se llama señorita Blanche. Blanche, ¿qué? ¿Cuál es su apellido?

Tardaba en contestar, y, una vez formada la idea en su mente, tenía aún que reunir las palabras para expresarlas de manera coherente.

— ¿Mi verdadero nombre?

—El de su familia. ¿Dónde nació usted?

—En Concarneau. Mi padre se llamaba Barbelin. — ¿Y usted se llama realmente Blanche?

—No. Me llamo Charlotte. Fue él, cuando fuimos a Bruselas, quien me...

— ¿Ha estado usted casada? Movi6 la cabeza negativamente.

— ¿Qué hacía usted cuando encontró al hombre que ha muerto y que en esta época, si no me engaño, se llamaba Gast6n Lamblot?

No respondi6 inmediatamente, y 6l la ayud6. Se haba armado de paciencia, previendo que iba a necesitarla.

— ¿En qu6 barrio vivía?

—Cerca de la plaza Blanche.

— ¿Sola?

Le parecia extraordinario que vinieran s6bitamente a

remover un pasado tan lejano. ¿Acaso no lo recordaba? ¿Estaría entumecido su cerebro?

— ¿Vivía usted con un tal Pierre Mancelli? Suspiró y movió la cabeza afirmativamente.

— ¿Y se dedicaba usted a la prostitución? ¿Estaba registrada? No lloró. No protestó. Tampoco manifestó vergüenza. Continuó mirándole, aturdida, un poco asustada.

— Si digo algo que no es verdad, no le dé miedo protestar.

— No, señor.

— ¿Es exacto lo que dije?

— Sí.

— Y usted se convirtió en la amante de Lamblot.

— Sí.

— ¿Qué hacía él entonces?

— No sé.

— ¿Estudiaba aún?

— No sé.

— ¿Dónde vivía?

— Conmigo.

— ¿En los alrededores de la calle Blanche?

— En un pequeño hotel de una calle que ahora no recuerdo, no sé cómo se llama, que da sobre la calle Batignolles, cerca de la plaza Clichy.

— ¿Vivía ya allí él antes de conocerla?

— Vivía en la calle de Monsieur-le-Prince.

— Y, por él, usted dejó a Mancelli, ¿no?

Se movía inquieta. Lucas creyó comprender que lo que él decía no era exacto, que hubiera querido rectificar, que no encontraba las palabras, tampoco las ideas quizá, en su cabeza

entumecida de anciana.

—No tenemos prisa. ¿Quiere que le haga subir un café?

Vio que había dado en el blanco. Al oír la palabra café pareció como si un poco de vida iluminara sus ojos, y él descolgó el teléfono y llamó a la «Brasserie Dauphine».

—Oiga, Firmin, ¿tiene usted valor para lanzarse a la calle con esta lluvia y traerme café y cerveza? Mucho café. Y el mejor posible.

La dejó descansar. Pasó a un despacho vecino y le dijo a un inspector que fuera a rebuscar por las viejas listas de la Brigada de Costumbres.

Cuando volvió, la vieja señorita no se había movido. Debía de poderse quedar horas y horas inmóvil, en el mismo lugar, mientras una bruma de pensamientos inconexos la iba embargando. Luego, Lucas se asomó al pasillo para ver si llegaba el camarero de la cervecería. Fermín se había agenciado un enorme paraguas rojo que servía para ir a buscar a los clientes al borde de la acera, y se mostraba muy alegre, como si la tempestad lo excitara.

— ¿Un crimen?

Indicó la puerta del despacho.

— ¿Es un asesino?

—No. Una pobre mujer...

Lucas le echó el azúcar en el café; le preguntó si lo tomaba con leche, y le sirvió gentilmente.

—Quizá vale la pena que le diga que, fuera lo que fuera lo que ocurrió entonces, aquello ha prescrito ya, ¿comprende? Hay prescripción. ¿No entiende? Bueno, eso quiere decir que la justicia ya no podría hacerle nada a su amigo Lamblot si aún

viviera. Si la estoy interrogando no es por el asunto Mancelli, sino porque necesitamos, por razones muy distintas, reconstruir su vida.

Había hablado con lentitud, pero era todavía demasiado rápido, demasiado complicado y, a pesar de las cortinas corridas, la mujer continuaba sobresaltándose a cada trueno. Es posible que mientras él estaba hablando la mujer no hiciera más que concentrarse esperando el próximo relámpago.

Sostenía la taza con delicadeza, bebía a sorbitos cortos, como una dama en visita.

—Cuando Lamblot se convirtió en su amigo, ¿usted dejó a Mancelli?

Repitió la pregunta dos veces, con distintas palabras.

—No sé. No inmediatamente.

— ¿Era para usted sólo un cliente?

—No. No creo.

— ¿Le pagaba?

—Probablemente no.

— ¿Fue usted quien le propuso vivir juntos?

—Sí.

— ¿Y él quería que usted dejara de andar por las esquinas?

No era exactamente aquello tampoco. Había que estar siempre mirándola y leer sus pensamientos a medida que se iban formando, con sus vacilaciones y sus escrúpulos.

— ¿Tenía dinero Lamblot?

—No mucho.

— ¿Y qué hacía durante el día? ¿Daba la impresión de alguien que trabajaba, que va a una oficina o a un taller?

—No.

— ¿Se levantaba tarde? ¿Andaba durante el día sin hacer nada?

—Sí.

— ¿Necesitaba a veces que usted le diera dinero?

—Creo que sí.

Lucas no había conocido aquella época, pero sabía lo que le habían contado cuando entró en la policía. La plaza Clichy, Batignolles, era casi la zona roja en un tiempo en que aún se hablaba mucho de los apaches. Las mujeres llevaban faldas plisadas y moño alto. Los machos se las disputaban a cuchilladas.

— ¿Lamblot era como los otros?

—No.

— ¿Pero intentaba hacerla cambiar de vida? —No inmediatamente.

— ¿Y Mancelli quería volver a verla?

—Claro.

— ¿La llevó Lamblot al baile?

—A veces. A menudo íbamos a las tabernas donde cantaban y recitaban versos, allá al lado del Boulevard Rochechouart.

— ¿Le conocían allí? ¿Tenía amigos?

—Sí.

No recordaba, desgraciadamente, los nombres de las tabernas. Aunque en la mayoría sólo se echaban pestes de los burgueses, había una o dos donde se iba más lejos, donde se empezaba a hablar de justicia social y donde, por aquellos años, empezaban a reunirse anarquistas.

— ¿No oyó hablar nunca de bombas?

—Sí.

— ¿Hablabas Lamblot?

—Lamblot y los otros.

Llamaron a la puerta y el inspector entregó a Lucas una vieja tarjeta rosa que la mujer miró con súbito espanto.

—No tenga miedo. Esto va a quedar entre nosotros.

Había venido dos veces por semana a esta misma casa, de donde la habrían enviado, como era costumbre, a pasar una semana o dos a Saint Lazare.

— ¿Estaba enfermo Lamblot?

Con la tarjeta en la mano del inspector, ella sabía lo que esto quería decir.

—No.

— ¿Y usted?

—Tuve suerte.

— ¿Lamblot la amaba?

—No sé.

No era indispensable. Sin duda había abandonado el Barrio Latino como había abandonado Roubaix, en un movimiento de revuelta, de fatiga o de asco.

El deslizamiento hacia la plaza Clichy no era raro. Otros hijos de burgueses, por aquella época, habían ido a los confines de Montmartre para rozarse, no sólo con los artistas y los cantantes, sino también con los «duros» que ejercían allí su señorío.

Algunos de ellos habían ido más lejos, y formaron en los grupos clandestinos que conspiraban y hablaban de lanzar bombas sobre el coche presidencial o sobre los landós de los soberanos extranjeros.

— ¿Escribía? —se le ocurrió preguntar.

—Sí.

— ¿Libros?

—No sé. Escribía mucho, leía en voz alta a sus camaradas lo que escribía.

— ¿Y no lo publicaba en los periódicos? Piénselo. Recuerde...

A pesar de las zapatillas de tela, empezaban a dolerle los pies, a causa del calor y la mujer se estaba sin duda preguntando si podría descalzarse a escondidas, bajo la mesa del despacho.

Lucas, que conocía sus clásicos, le refrescó la memoria.

— ¿Frecuentaba la calle Montmartre?

Se había quitado una zapatilla. Desconcertada por lo que acababa de hacer y no por la pregunta, repitió:

—La calle Montmartre...

Y esta frase pareció iluminarla:

—Sí. Una pequeña librería...

¿Existiría aún? Sería, seguramente, un lugar de cita de anarquistas o mejor de libertarios, que venderían allí sus folletos o imprimirían un pequeño periódico.

— ¿Entró usted alguna vez con él?

—Sí.

— ¿Y qué hacían?

—Discutían. Lamblot leía.

No había entendido. No entendía tampoco nada en aquel tiempo. Su amante no le pedía que entendiera. Le pedía, porque aquello cuadraba con sus ideas, que fuera una mujer pública, la última de las últimas, y sin duda por eso, para romper aún más con las convenciones, la dejaba aún andar por las esquinas y había llegado a pedirle dinero alguna vez.

— ¿La amenazó Mancelli?

Era evidente. No creyó necesario responder.

— ¿Y estaba armado Lamblot?

Con una gran navaja de muelles, desde luego, porque entonces no estaban aún de moda los revólveres.

— ¿Fue usted con él al Moulin de la Galette?

— Fue la única vez que fuimos.

— Mancelli estaba acechándolos, a los dos, afuera. Lamblot le clavó la navaja, y ustedes huyeron. ¿Qué hicieron el resto de la noche?

— Anduvimos.

— ¿Por París?

— Por París, y luego fuera de París. Salimos de la ciudad por la Puerta de Flandes. Llegamos al campo. Luego, cuando ya hacía tiempo que había salido el sol, llegamos a una estación y tomamos un tren.

— ¿Hacia Bélgica?

— Sí.

— ¿Tenían dinero?

— Casi nada. Para pagar el hotel durante dos o tres días.

Apenas se habían escondido, y sin embargo, jamás dieron con ellos.

— ¿Cambiaron de nombre?

— Sí. Me dijo que tenía que llamarme Blanche y hacer creer que era su mujer.

— ¿Usted le amaba?

Le miró sin responder, y fue la primera vez, desde que estaba en el despacho, que se le humedecieron los ojos.

— ¿Trabajó usted en un café?

—En una cervecería, en la plaza Brouckére. Servía en la sala y él trabajaba en la bodega.

— ¿Parecía desgraciado?

Estas palabras parecieron asustarla y tardó en tranquilizarse. En su fuero interno debía de estar reuniendo y ordenando sus recuerdos.

—No creo. Cuando teníamos fiesta íbamos al campo, al Bois de la Cambre. ¿Se llama así?

Estaba casi alegre de haber dado con el nombre, que debía acompañar en su espíritu a imágenes llenas de sol.

— ¿Y la dejó por otra?

—No sé. No creo. Se fue.

— ¿Sin decirle nada?

—Dijo que iba a Inglaterra.

— ¿Y no le propuso que se fuera con él?

—No.

— ¿Le prometió volver?

Estas preguntas la asombraban, como si no cuadraran con la realidad, y ella le dijo a su modo:

—*No era así.*

Sin duda ella no se permitía preguntarle, intentar tener una influencia cualquiera en su vida.

La había recogido en el arroyo, había vivido más de un año con ella. ¿Quizá creía que era por ella, a causa de ella, por lo que había matado?

Ahora se iba, la mujer jamás había esperado que pasaran toda la vida juntos.

— ¿No le escribió nunca?

—Me envió una postal sin firma, con una vista de Londres,

una columna.

— ¿Trafalgar Square?

—Creo que decía eso. La tengo aún.

— ¿Y es todo lo que tiene de él?

—Y unos calcetines.

— ¿Volvió usted a París?

—Entonces aún no. Estuve en Anvers.

— ¿En otra cervecería?

—Una cervecería de mujeres.

Lucas conocía esto. En el norte de Bélgica estas cervecerías sustituían a las casas de tolerancia: muchachas rollizas, de piel rosada, sirviendo cerveza a los clientes y bebiendo en sus rodillas antes de irse con ellos al piso de arriba.

— ¿Estuvo mucho tiempo allí?

—Bastante.

— ¿Cuántos años?

Cerró los ojos para contar, y sus labios se movieron.

—Unos dieciséis.

— ¿En la misma casa?

¡En la misma! No tenía necesidad de cambio, como Lamblot. Sin duda perdió el puesto cuando se puso demasiado gorda incluso para los de Anyer o cuando perdió la lozanía.

— ¿Seguía usted con el nombre de Pierron?

—Sí. Luego volví a Francia. Primero a Lille. Una especie de pudor le impidió preguntarle qué había hecho allí.

—En París me cuidé de los lavabos de un café de la Bastille. Luego, cuando era ya demasiado vieja, me puse a fregar pisos.

Y lo seguía haciendo. Para los pobres, para otras pobres mujeres como ella, para enfermos que no tenían a nadie que

los cuidara.

— ¿Reconoció usted su foto en el periódico?

—Sí. Me hubiera gustado verle, pero no me atreví. Llegaba una señora cuando estaba hablando con la portera, y dejé las violetas.

Quedaba un poco de café en la jarra y se lo sirvió. Esperó a que acabara de tomarlo y terminó también su vaso de cerveza.

—Bueno. Pues voy a llevarla a su casa.

— ¿No me necesitan más?

—Creo que no. O mejor quizá sí. Iremos a hacerle firmar un informe que redactaré mañana.

— ¿Cuando lo enterrarán?

—Le prometo que la avisaré.

— ¿De verdad?

La llevó en el coche de la Prefectura, y en la portería se encontraron con la enfermera, que había intentado poner allá un poco de orden.

Lucas llevó también a casa a la enfermera, pues seguía lloviendo, y en los periódicos empapados que el viento arrastraba por las aceras y que los arroyos se iban llevando uno tras otro se veía el rostro de Rene Bouvet.

La portera del Quai de la Tournelle estaba acostada, y desde el incidente de las dos personas que habían entrado en la casa cuando ella creía haber tirado del cordel una sola vez, tenía sueños agitados, encendía la luz cuando el acordeonista volvía hacia las dos de la mañana, miraba por el cristal para estar segura de que era él.

Los Sardot se preparaban para irse de vacaciones. Tenían habitaciones reservadas en una pensión de Riva-Bella, y las

maletas estaban ya casi cerradas, los billetes de ferrocarril comprados, a pesar de las protestas del pequeño Vincent, que no quería irse sin asistir al entierro de «su amigo».

—No le enterrarán antes de que acaben las vacaciones. Ya verás...

— ¿Quién ha dicho eso?

—Tienen que acabar la investigación, tienen que ver si lo reclama alguien más.

— ¿Y si a pesar de todo lo entierran antes? Hacia las ocho, el abogado Guichard llamó a la Plaza de los Vosgos.

—Perdone que la moleste, mi querida amiga, pero creo conveniente ponerla al corriente de un hecho significativo. Le dije que tiempo atrás había tenido relaciones de negocios con el abogado Rigal. Justo antes de cenar me llamó y parecía un poco inquieto al preguntarme qué noticias tenía.

Me dijo que está solo en París, que su familia está en la costa, que le retenía un asunto en la capital y que, precisamente, acababa de enterarse de que también yo estaba metido en el caso.

Dejé que siguiera hablando, sin acudir en su ayuda. Lo que más me divertía era que oía a veces una voz de mujer tras él, la señora Marsh probablemente, que le había convencido para que me llamara.

No le repito todas sus palabras por teléfono. Pasaré a verla mañana, si me lo permite. Su preocupación mayor era conocer cuáles eran nuestras intenciones.

—Es un asunto terriblemente complicado —dijo— y que puede darnos mucho trabajo y líos para años. Dios sabe cuántas personas en los días y semanas venideros van a decir

que son parientes de Samuel Marsh o de Lamblot, por no hablar ya de otros nombres que aún no conocemos. ¿No sería mejor, en interés de las dos partes más directamente interesadas, que tomáramos contacto?

¿Comprende? Querría que no atacáramos la validez del matrimonio. Él se ha puesto ya en contacto con un colega de Panamá, dado que el matrimonio tuvo lugar allí y, en consecuencia, según las leyes panameñas.

Por mi parte, no me comprometí, pero en el último momento le hice saber lo que la policía acaba de descubrir, es decir, que el tal Samuel Marsh, o Bouvet, llamado realmente Lamblot, había cometido un homicidio en 1897.

Debía de haber un auricular suplementario, pues oí una exclamación femenina.

Y eso es todo, ¿me oye?

—Sí. Estoy pensando en esa mujer. En su hija...

— ¿Y qué piensa?

—Que va a haber entre ellas ahora una batalla en forma, ¿no cree?

—Es previsible. Ahora, le deseo buenas noches. ¿Llueve tanto en su barrio como en el mío?

—La camarera me dijo hace un momento que hay en el patio una cañería atascada y que se ha inundado...

—Buenas noches...

—Buenas noches...

* * *

Ya no llovía cuando París despertó, y el cielo, de un azul más pálido que en los días anteriores, tenía una mirada cándida. Los tejados goteaban. Las aceras se secaban a trozos. El agua del Sena estaba embarrada y la corriente, más fuerte, dibujaba grandes bigotes junto a las proas de las barcazas.

—Mañana vacaciones —había anunciado el señor Sardot al pasar ante la portería con la fiambarrera bajo el brazo—. Mañana por la tarde estaré bañándome en el mar.

La portera metió a Ferdinand en la cama y empezó a barrer el portal, siempre más sucio después de los aguaceros. ¿Estaría pensando en el señor Bouvet? ¿Quizá no pensaba en nada?

Eran poco más de las ocho. Se empezaba a ver gente que iba al trabajo, y en algunas tiendas estaban ya sacando los toldos.

Precisamente el vendedor de aparatos de música estaba levantando la puerta metálica cuando la señora Jeanne se encontraba a la puerta de la casa y dejó de barrer por un momento para cambiar unas palabras con el vecino sobre la tormenta del día antes.

—Debió de caer un rayo por aquí cerca. ¡Ojalá no haya hecho daños!

El hombre iba a responderle cuando la vio mirar hacia el muelle, al otro lado de la calzada.

Y, súbitamente, se precipitó hacia él gritando:

—¡Llame a un guardia!

El comerciante, sorprendido al verla lanzarse sobre alguien que pasaba y agarrarlo por el brazo, apenas se movió.

—¡Un guardia! —continuó gritando desde el otro lado de la calle—. ¡Rápido!...

El desconocido vestía un traje gris de corte indefinido y

llevaba un sombrero marrón como los hay a centenares.

—Por favor, señora, no me empuje —decía intentando librarse de la portera, aunque sin brutalidad y ni siquiera fuerza—. No escaparé, hombre, ni voy a pegarle...

—Pero yo sé quién es usted. Usted es un alemán. Estoy segura...

Gritaba con todas sus fuerzas para atraer a las dos o tres personas que se encontraban al alcance de su voz. Se notaba que si el hombre hubiera intentado escapar, ella no lo habría soltado, se habría dejado arrastrar por el suelo.

—¡Es un alemán! ¡Un puerco alemán! —repetía—. Fue él quien vino a preguntarme durante la guerra por el señor Bouvet, y quería detenerlo.

El comerciante de al lado había encontrado un guardia cerca del puente, y éste se acercaba a grandes zancadas.

—Rápido, señor guardia. No se sabe nunca de lo que esta gente es capaz. ¡Es un alemán! Fue él quien vino durante la guerra a buscar a un inquilino de mi casa...

El desconocido parecía desconcertado, pero no intranquilo. Cuando ella le soltó el brazo, se rehizo la corbata y ajustó la chaqueta.

— ¿Tiene usted documentos? —preguntó duramente el policía.

Varias personas se habían unido al pequeño grupo y había ahora una docena de personas en el muelle.

—Se los enseñaré en la comisaría si usted lo desea.

— ¿No ve su acento? Estoy segura de que no me engaño. Entonces llevaba el pelo cortado casi al cero.

El policía le quitó el sombrero y el hombre se echó a reír

porque en realidad estaba calvo como una bola de billar.

— ¿Admite usted que vio a esta mujer cuando la guerra?

—Responderé ante su jefe, agente.

—Espere un momento, voy a despertar a mi marido para que guarde la portería. Tengo que ir con usted. Tengo que explicarle al comisario...

Corrió a su casa, se arrancó el delantal de un golpe y reapareció unos instantes después, ya muy de sombrero y arreglada.

—¡Aleman! —repetía como si hablara para sí—. Si el señor Bouvet hubiera estado aquí, lo habrían fusilado...

IX

De camino, el hombre no intentó dar explicaciones. El policía le llevaba por el brazo y le empujaba, un poco como a un muñeco, le daba a veces una sacudida, sin razón sería en realidad, pero, quizá inconscientemente, porque era el tipo de hombre que se hace linchar por la multitud.

La portera, mucho más pequeña, iba delante, también ella con pequeños pasos precipitados, sin dejar de hablar para sí, y les seguían algunos curiosos, que en su mayor parte ni sabían de qué se trataba.

El hombre era un tipo incoloro, banal, pero de una banalidad sospechosa. Si alguien, en cualquier sitio, hubiera gritado «¡Al ladrón!», todas las miradas se hubieran vuelto hacia él.

Y se le podía imaginar mejor acechando a las chiquillas a la salida de la escuela.

¿Quizá era por su piel blanca, cortada por espesas cejas negras, por los ojos globulosos, un poco fijos, por los labios demasiado rojos, que parecían pintados?

No se le podía imaginar con una familia, como todo el mundo, volviendo a su casa, donde le esperaba la mujer y los chiquillos. Era un solitario, un triste.

Se dejaba empujar como si tuviera la costumbre de que le trataran así, y sólo en la comisaría, en la primera habitación, dividida por la balastrada, se ajustó otra vez la chaqueta, el cuello, la corbata, y pronunció con voz de autoridad inesperada:

—Quiero hablar con el comisario.

El empleado miró el reloj, abrió por si acaso la puerta de su

jefe y se quedó sorprendido al encontrarlo en el despacho. Le habló en voz baja. El comisario se levantó, pasó la cabeza por la puerta entreabierta, miró curiosamente al hombre y se encogió de hombros.

—Es un alemán, señor comisario —le gritó la portera—. Vino una vez durante la guerra para preguntar si vivía en la casa el señor Bouvet, y dos días después llegaron los de la Gestapo. Estoy segura de que es él quien entró en la casa hace dos noches y quien registró el piso. ¡Mírele! No se atreve a decir nada, ¿eh? ¿Se atreve a decir que es mentira?

La placidez del personaje la sacaba de sus casillas y tenía ganas de arañarle, de hacerle daño, para obtener de él algo que no fuera aquella mirada tranquila, indiferente, casi divertida.

—Quisiera hablar con usted dos palabras en privado, señor comisario.

Antes de dejarle entrar en el despacho, el policía se aseguró, tanteando sus vestidos, de que no llevaba armas. La puerta se cerró. Los curiosos quedaron fuera. Nadie preguntaba nada a la señora Jeanne, que empezó a contar la historia a una mujer que esperaba Dios sabe qué papeles mientras daba de mamar a su chiquillo. Tenía un hermoso seno blanco, mayor que la cabeza del niño.

El comisario, a su lado, pidió una comunicación telefónica. Luego llamó a un inspector, y la puerta se cerró de nuevo.

Al fin, al cabo de un cuarto de hora, hicieron entrar a la portera, y el hombre y el inspector ya no estaban allí.

—Hizo usted bien, señora, y le doy las gracias, puede estar tranquila.

— ¿Le han detenido? ¿Está en la cárcel?

—Haremos lo necesario, créame.

Era inútil explicarle que, a petición del desconocido, habían llamado a la P. J. y le habían repetido al director la frase que el hombre había dicho textualmente:

—Tenemos aquí al hombre del 14 de julio, que quiere hablar con usted.

Sin vacilar, el señor Guillaume había dicho:

—¡Mándenmelo!

No había dicho que le hicieran acompañar por un inspector, y el comisario tomó esta precaución personalmente.

Los dos hombres iban en un taxi descubierto. Tardarían tres o cuatro minutos en llegar. Luego subieron la escalera del Quai des Orfèvres.

El director miró al inspector con cierto asombro. Luego, comprendiendo sin duda, le dijo:

—Puede irse. Gracias.

— ¿No he de esperar?

—Es inútil.

Fue a cerrar la puerta con llave, se sentó, sonrió a su visitante al preguntarle:

— ¿Cómo le han detenido?

—Esta mañana cometí un error. Como no tenía nada que hacer, y por simple curiosidad, fui a echar un vistazo a una casa del Quai de la Tournelle, y la portera me reconoció.

— ¿Le conocía ya?

El señor Guillaume había conocido al personaje bajo el nombre de O'Brien, pero posiblemente tenía otros, aparte del suyo propio. Se había encontrado en relación con él el 14 de

julio, dos años antes, en un caso que interesaba a la vez al Deuxième Bureau y al Intelligence Service, y fue O'Brien quien participó en la conferencia por parte inglesa.

—Déme algunas indicaciones, por favor, pues la verdad es que no entiendo nada. ¿Estaba usted en Francia durante la guerra?

—No sólo estaba, sino que trabajaba como intérprete en una oficina de la policía alemana.

No tenía tipo inglés. Era irlandés, sin duda.

—Y trabajando para los alemanes se ocupó usted del caso Bouvet...

—Exactamente. Les oí hablar de él. Luego tuve ocasión de comprobar los informes recogidos.

—Un momento. ¿Fue usted quien entró en la casa hace dos noches?

—Fui yo. Hubiera debido informarle antes, pero creí que era preferible no hacerlo.

Lucas no se había equivocado cuando dijo que daba la impresión de que se trataba de un trabajo hecho por alguien de la casa.

O'Brien era de «la casa». Lo que él hacía no dependía de la Sûreté Nationale ni de la Policía Judicial, aunque, como colega, estaba a menudo en contacto con estos organismos.

— ¿Tiene usted tiempo, señor director?

—Tengo veinte minutos largos antes del informe.

Entonces, O'Brien encendió la pipa, se sentó en el reborde de la ventana. El director, pensando que durante cuatro años había logrado engañar a los alemanes, le miraba con asombro mezclado de admiración.

—Es una historia que data de la otra guerra, la del 14. Había oído hablar de ella en Londres hace años, pues es clásica de nuestro servicio, pero sólo los alemanes me mostraron toda la verdad.

»Se trata de un hombre al que llamábamos el agente Corsico y de quien no sabíamos prácticamente nada, a no ser que fue el espía mejor pagado de la guerra de 1914 al 1918.

»¿Le interesa?

— ¿Y era el señor Bouvet?

—Es el hombre que murió bajo ese nombre. Recuerde la atmósfera de la primera guerra mundial, la importancia que todos dábamos a Madrid, que, siendo España neutral, era prácticamente la última ciudad del mundo donde los representantes oficiales de los Aliados y los de los alemanes se encontraban día tras día.

»Era un centro de espionaje. Los dos campos mantenían allí una nube de agentes cuyo papel era especialmente importante dado el auge de la guerra submarina y el hecho de que la mayor parte de las bases secretas alemanas de abastecimiento se hallaban en costas españolas.

»Al cabo de unas semanas, a veces sólo días, nuestros hombres eran localizados y los encontraban muertos en un descampado, y a veces ni se les encontraba.

—Oí hablar de eso.

—Yo, desgraciadamente, era demasiado joven entonces, pero los viejos de la casa me contaron todas esas historias.

»De pronto, un hombre pequeño, sin nada especial, se presenta un día en las oficinas de la empresa que servía de tapadera al Intelligence Service.

»Se niega a dar su nombre, y anuncia que podría proporcionarnos, día tras día, la fotografía de todos los documentos que pasaran por la caja fuerte de la Embajada alemana.

»Esto parecía tan increíble que estuvieron a punto de echarlo a puntapiés, pero él había tomado sus precauciones. Llevaba con él una nota, cuya existencia conocíamos, pero de cuyo contenido nadie tenía idea.

»Entonces, tranquilamente, dijo su precio. Mil libras esterlinas oro por cada foto.

»Expuso su plan. Alguno de los nuestros tenía que estar todas las noches, en un auto, en un lugar desierto, en los arrabales, con una suma suficiente, y esperar su llegada.

»Nuestros hombres, sin éxito, intentaron seguirle. Desde aquel día el sistema funcionó perfectamente durante casi toda la guerra. Y por ese canal nos llegaron las informaciones más preciosas.

»En cuanto al hombre que nos las proporcionaba, reunió una fortuna, hasta el punto de que fue precisa una reunión del Gabinete en Londres para proporcionar a nuestro embajador en Madrid los créditos necesarios.

— ¿El Intelligence Service no sospechó entonces quién era?

— Ni siquiera su nacionalidad. Acabada la guerra, desapareció de la circulación sin dejar rastro. Yo conocía la historia, como todo el mundo en los servicios cuando, durante la guerra, entré en contacto con la gente de la Gestapo.

»Pero ésa es otra historia que por sí misma no tiene interés.

Dijo esto sencillamente, sin falsa modestia, tirando de la pipa.

—Entonces oí hablar de nuevo del agente Corsico. Me olvidé de decirle que entonces, a falta de otro nombre, le habíamos puesto ése a nuestro misterioso agente en Madrid.

»Algunos hombres de la Gestapo en París formaban parte de los servicios secretos del Kaiser durante la guerra del 14.

»Un tal Klein, que fue luego fusilado, me habló del agente Corsico, de quien estos señores tenían excelentes fotografías y a quien les hubiera gustado volver a ver.

»No sé cómo se enteraron de que andaba por París. El hecho es que acabaron por descubrir cómo se habían producido las fugas de documentos de la Embajada, y Corsico logró escapar a tiempo. Es una historia divertida.

Llenó de nuevo la pipa y echó una ojeada al Sena.

—Al hombre no le costaba casi nada fotografiar los documentos de la embajada de Alemania, pues era el criado, personal del embajador. Lo más asombroso es que no había tomado este empleo pensando en su futuro uso, sino que lo tenía ya desde antes de la guerra. No desconfiaban, pues, de él. Y en ciertos servicios era el hombre de confianza del embajador. Hablo de su vida privada. El embajador tenía una vida sexual bastante complicada, con exigencias que no siempre era fácil satisfacer discretamente y sin peligro.

»En fin, no insisto. Parece que el criado era un organizador asombroso de toda clase de orgías que se desarrollaban en una casa alquilada al efecto en un barrio lejano.

»Y eso es todo.

»No le era difícil en ocasiones apoderarse de la llave de la caja fuerte y trabajar sabiendo exactamente de cuánto tiempo disponía.

»Los alemanes pasaron tiempo y tiempo intentando descubrir dónde estaba la fuga, y Klein, por su parte, sospechaba incluso que el embajador hubiera advertido al criado con tiempo suficiente para que preparara la huida, a fin de evitar revelaciones humillantes.

— ¿Y cómo lo encontraron en París?

—No lo encontré yo. Fueron los alemanes.

»Esa gente tiene una memoria de elefante. Tenían además muchas fotos del personaje, y no sé por qué, estaban convencidos de que se hallaba en París.

»¿Querían vengarse? ¿Querían asegurarse de que no guardaba aún documentos desagradables para ellos? El caso es que acabaron por dar con sus huellas y en la oficina me enteré de que Corsico era ahora un buen burgués, conocido en su casa del Quai de la Tournelle con el nombre de señor Bouvet.

»Me anticipé, pues, a los de la Gestapo para advertirle y aconsejarle que se largara.

»Por eso me vio la portera, que me tomó por un alemán, pues llevaba el pelo cortado a la moda hitleriana.

»Quedé tranquilo al enterarme de que no estaba en París y que posiblemente se había refugiado en la zona libre.

»Dos o tres días después la Gestapo iba a la calle del Quai de la Tournelle.

—Y, terminada la guerra, ¿no tuvo curiosidad el Intelligence Service por ponerse en contacto con el señor Bouvet?

— ¿Para qué? Hice un informe a mis jefes. Tuve mucho trabajo en Alemania durante los dos años que siguieron a la caída de Hitler. Klein y algunos otros fueron fusilados o ahorcados.

»Volvía a París de vez en cuando, siempre con misiones diferentes que exigían todo mi tiempo.

»El otro día, por casualidad, vi la fotografía en el periódico. Actué por mi cuenta, creyendo preferible no meter en el asunto a los organismos oficiales.

»Se trataba, en suma, de una simple comprobación. Quería asegurarme de que el señor Bouvet no tenía en su casa papeles que pudieran dar motivo de escándalo a la prensa.

»He de confesarle que no encontré absolutamente nada, ni un documento.

Y esta mañana cometí el error de pasar por allí, y la buena mujer esa me saltó al cuello como si fuese un ladrón. Va a quedar muy decepcionada cuando no lea en los periódicos la noticia de mi detención.

Llamaron a la puerta.

—Perdone, jefe, creí que estaba solo.

—Venga, Lucas, esto es cosa suya; se trata del caso Bouvet.

Soltó una carcajada.

—Un nuevo nombre para añadir a la lista: Corsico. Y una nueva profesión: ayuda de cámara.

—Precisamente hay alguien en mi despacho que dice que le conoció en Tánger, en 1908, cuando dirigía un bar en un barrio no santo.

—Y aparecerán más. Y un montón de mujeres. A propósito, ha llamado esta mañana la señora Lair.

— ¿Hay algo nuevo?

—Ha decidido, de acuerdo con su abogado, no impugnar la validez del matrimonio de su hermano, y dejar la herencia a la señora Marsh y a su hija.

—Se van a matar entre las dos. Ya verá: dentro de quince días, un proceso.

—Es de prever. Me preguntó también cuándo podrán celebrarse las honras fúnebres.

— ¿Y qué le dijo?

—Que cuando ella quiera. Nosotros, por nuestra parte, tenemos ya fotografías de sobra para sacar al fin a ese buen hombre del cajón. ¿Quiere hacerme el favor de avisar a la portera?

No presentó a O'Brien al inspector, y el hombre del Intelligence Service se fue, salió a la calle, y allí se convirtió de nuevo en un solitario cuyo rostro y andares no gustaban a los transeúntes.

X

No ocurrió exactamente como la portera había esperado, pero la señora Lair fue tan discreta que no dio la impresión de que aquél fuera su muerto.

La portera tuvo tiempo, antes de que trajeran el ataúd, de limpiar a fondo el tercer piso y de ventilarlo. Por culpa del chico, que no atendía a razones, los Sardot habían aplazado la marcha y el padre tuvo que ir a la estación a cambiar los billetes.

— ¿No cree —había dicho la señora Jeanne— que una capilla ardiente resultaría algo demasiado rico para el barrio? Creo que con una colgadura negra en la puerta...

Había una, con una enorme inicial en plata y franjas. El ataúd era magnífico, y la señora Jeanne había reemplazado las pequeñas velas por verdaderos cirios de gran tamaño, y habían llegado montones de flores que ya no sabían dónde poner, hacía un tiempo hermoso, tan hermoso como cuando el señor Bouvet murió mientras ojeaba los grabados de Epinal que habían caído a su alrededor, sobre la acera.

La señora Marsh quiso poner dificultades, organizar los funerales a su manera, pero su abogado la disuadió con discreción.

Ni siquiera fue la primera en llegar, demasiado nerviosa sin duda, había perdido mucho tiempo arreglándose y, cuando bajó del taxi, la señora Lair estaba ya en la cámara mortuoria, donde acababan de entrar los Gervais.

Ninguna de las mujeres saludó a las otras. La madre y la hija hicieron como que no se conocían, y el yerno fue el único que

dirigió a la suegra un ligero signo de reconocimiento al que ella ni siquiera se molestó en responder.

Ya no se podía ver al señor Bouvet, encerrado en su pesado ataúd, aplastado por el peso de las flores y de las coronas.

Una vez más, la señora Jeanne había tenido que encerrar los zapatos de Ferdinand, e incluso las zapatillas, dejándolo en calcetines, y haciéndole jurar que no saldría de casa, pues una vez había ido hasta la taberna descalzo.

La señora Jeanne estaba muy atareada. Se había comprado un sombrero nuevo y la preocupaba la cuestión de los coches. Empezaba a llegar gente a quien ella no conocía, gente de Roubaix y de los alrededores, el señor Costermans y su abogado, curiosos, periodistas, fotógrafos.

— ¿Cree que va a haber bastantes coches?

—insistía ante el representante de la casa de pompas fúnebres.

A las diez, exactamente, se oyeron ruidos sordos en la escalera y pronto aparecieron los de la itineraria llevando el ataúd.

Esta vez, el señor Bouvet dejaba la casa en forma conveniente y un sollozo se ahogó en la garganta de la señora Jeanne mientras a su lado una buena ancianita de rostro lunar empezaba a llorar suavemente.

Fue la señora Marsh quien, llena de autoridad, subió la primera al primer coche, donde el maestro de ceremonias intentó en vano hacer que subieran también la hija y el yerno y donde, al fin, se instaló tranquilamente el señor Clostermans después de haber hecho subir a De Greef.

— ¿Quiere usted venir, señora?

La señora Lair vaciló, miró a su propia hija y a sus dos yernos que la seguían. Por error la pusieron junto a los Gervais, y no protestó. ¿Para qué?

¿Acaso su hermano habría establecido distinciones?

Sólo había allá algunas, y había muchas otras en su vida, comprendidas todas las negritas de Uelé a las que había llenado de hijos.

Las había ido dejando, una tras otra. Se había ido. Había pasado su vida marchándose siempre, y ésta era su última partida, que se había organizado no sin esfuerzo y que había estado a punto de fracasar clamorosamente.

Cuando se puso en marcha el último vehículo, quedaban tres personas en la acera, y estas tres personas no se cuidaban de protocolos.

La portera hizo pasar a la gorda señorita Blanche. Luego iba a subir ella, pero cambió de opinión y le dijo al viejo, que se había quedado atrás:

—Ahora usted.

Quizá esperaba esta invitación, pues se había afeitado y llevaba un traje limpio. Llevaba incluso un lazo negro a modo de corbata.

Los Sardot y el acordeonista estaban en el coche que rodaba delante del suyo.

En el último coche, todos vacilaban en acomodarse en los sillones mullidos. La señorita Blanche ya no lloraba.

—¡Decir que vivía tan cerca y que yo no lo sabía!... —suspiró—. Habría podido encontrarlo en la calle, aunque no me habría reconocido, y quizá no le hubiera gustado verme.

Entonces la señora Jeanne miró al Profesor con una mirada

en la que había muchas cosas sobreentendidas. Ellos eran los últimos de la fila, pero sin duda eran los únicos con quienes contaba el señor Bouvet para su entierro.

No había huido de ellos, los había elegido. Los ojos del vagabundo brillaban aún, más que los de la portera. Sabía que había faltado muy poco para que, antes de marcharse para siempre, el señor Bouvet hubiera ido a charlar un rato con él, en la plaza Maubert o en los muelles.

Era como el último eslabón. Los de los primeros coches, a los que ya no se podía ver, representaban épocas pasadas ya, olvidadas, y no tenían más importancia que la que les daban sus papeles.

¿Se dio cuenta de esto la señorita Blanche? ¿Comprendió que ocupaba un lugar que no le correspondía, que habría tenido que estar en los coches que recogían su pasado más lejano?

Las lágrimas volvieron a sus ojos mientras los baches hacían vacilar su pesada cabeza de luna; y el Profesor, príncipe gentil, le sonrió amablemente.

— ¡Le conocía muy bien yo! Estoy seguro de que habría dicho que usted tenía que venir con nosotros...

La señora Jeanne vaciló un segundo, sacó el pañuelo del bolso, pues no podía ver lágrimas sin que se humedecieran sus ojos, y dijo con voz torpe:

— Estoy convencida...

Pasó a su lado un camión rojo, se alineó en la fila ante ellos y, casi hasta el cementerio, fueron separados de los otros coches, como si no siguieran el mismo entierro.

28 de febrero de 1950

SOBRE EL AUTOR



GEORGES SIMENON (Lieja, Bélgica, 1903). De una familia de escasos medios, estudia sólo hasta los 15 años porque tiene que buscarse la vida. Tras vivir un año de toda suerte de trabajos, no siempre legales, entra, en 1919, como reportero en *La Gazette de Liège*. En 1921, publica su primera novela, *Le Pont des Arches*. Al año siguiente, parte hacia París, donde empieza a colaborar en *Le Matin*. Tras diez años de intensa vida bohemia, durante la que escribe por encargo más de mil novelitas populares, reportajes y artículos, consigue, en 1931, firmar su primer contrato con una editorial literaria y escribe la primera de las **117 novelas** que finalmente le llevarán a la fama. Curiosamente, ese mismo año concibe al hoy célebre personaje del comisario Maigret que protagonizará una serie de 76 novelas policíacas, clásicas ya del género.